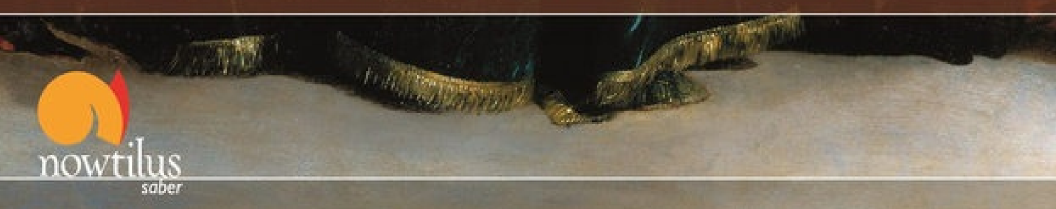


BREVE HISTORIA de los...

NACIONALISMOS

Iván Romero

Desde el nacimiento de los estados-nación europeos hasta la Guerra de los Balcanes pasando por el imperialismo, los nacionalismos en América, el auge de los fascismos y las dos guerras mundiales. Una visión histórica rigurosa de los nacionalismos en el mundo actual y su incidencia en la realidad política y social



Breve historia de los nacionalismos

BREVE HISTORIA DE LOS NACIONALISMOS

Iván Romero



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com
Título: *Breve historia de los nacionalismos*
Autor: © Iván Romero
Director de la colección: Luis E. Íñigo Fernández

Camino de los Vinateros 40, local 90, 28030 Madrid
www.nowtilus.com
Elaboración de textos: Santos Rodríguez
Diseño y realización de cubierta: On Off Imagen y comunicación
Imagen de portada: The Ratification of the Treaty of Münster, 15 May 1648. Gerard ter Borch, 1648. Oil on copper



ISBN edición digital: 978-84-9967-969-3
Fecha de edición: noviembre 2018
Depósito legal: M-32923-2018

Para Juliana, que nos lo has dado todo
menos el brillo de tus ojos.

Índice

Introducción. Teoría filosófica sobre el nacionalismo y sus variantes

Antes de comenzar la exposición sobre el nacionalismo como práctica política a lo largo de la historia, es necesario llevar a cabo una breve introducción teórica para aclarar el origen y las variantes de los términos «nación» y «nacionalismo». El nacionalismo nace como una ideología fundamentada en el derecho de las naciones a la autodeterminación y al mantenimiento de una identidad propia que puede caracterizarse por rasgos comunes en la cultura, la lengua, la raza o la religión. No se puede limitar la

definición del nacionalismo a la defensa de la soberanía nacional, si bien el trabajo de los teóricos parte de la asunción de dicho principio. Esta definición, pues, se fundamenta en que el nacionalismo no puede ser posible sin una idea previa de lo que es una nación.

NACIÓN DESDE UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

El problema, según Ernest Gellner en *Naciones y nacionalismo*, radica en que no podemos acceder a una definición de nación en términos ajenos a la propia era del nacionalismo tras la Revolución francesa. Son varios los enfoques que desde el siglo XIX han procurado dar respuesta a la pregunta: «¿Qué es una nación?». El primer teórico que trató de responder fue Ernest Renan en 1882, quien mediante un enfoque empirista sostiene que las naciones son hechos objetivos, es decir, que a través de la recolección y clasificación de datos se pueden establecer una serie de elementos con los que se podrían describir.

Así, Renan sostiene que se deben analizar, una a una, las características empleadas a la hora de definir la identidad propia de una nación: cultura, etnia, religión, lengua… Sin embargo, llega a la conclusión de que es imposible encontrar un rasgo común a todas las naciones, es decir, no encuentra un hecho esencial para definir lo que es una nación. De esta forma, Renan concluye que el único rasgo objetivo a partir del cual se puede distinguir una nación es interno a los propios individuos que la componen, pues es el deseo que los mismos tienen de vivir juntos. La forma empírica de comprobar este rasgo sería la consulta electoral.

Desde entonces, son muchos los autores que han seguido la línea teórica de Renan a la hora de explicar en qué consiste una nación, si bien no cabe duda de que son varios los problemas a los que se enfrenta esta postura. En primer lugar, el hecho de limitar la definición de nación a la voluntad de un conjunto de personas supone que dentro de esta misma definición puedan incluirse distintas asociaciones, que incluirían desde clubs a sectas religiosas. Además, con el desarrollo de los nacionalismos del siglo XX,

numerosos líderes de estos movimientos han apelado a aspectos que van mucho más allá de la cuestión de la voluntad, por lo que se ha hecho evidente que el concepto de Renan se halla anticuado y desfasado respecto al propio desarrollo de la ideología nacionalista.

En 1944, Guido Zernatto publicó «Nation: the History of a Word», un artículo en el que a través de una perspectiva lingüística pretendía analizar la evolución de la palabra nación a lo largo de la historia, con el fin de acceder a un significado completo de la misma. Partía de la antigua Roma, donde el término *natio* poseía un cariz despectivo y se usaba para designar a los grupos de extranjeros no ciudadanos procedentes de una misma región geográfica y que habitaban en las ciudades coloniales del territorio bajo dominio romano.

Durante la Alta Edad Media, Zernatto reduce el uso del término nación al ámbito universitario, donde se utilizaba para separar a los estudiantes según sus regiones de origen. De esta forma, perdió su connotación negativa y comenzó a asociarse a aquellos grupos con una opinión y finalidad común. Sin embargo, era todavía impensable el uso de «nación» fuera del ámbito universitario, aunque por extensión comenzó a aplicarse en los concilios ecuménicos, es decir, las asambleas celebradas por la Iglesia en las que eran convocados los obispos para debatir sobre la teoría y práctica religiosa. Se denominaba, entonces, nación a las secciones entre las que se dividía el voto en dichos concilios, lo cual suponía dotar al término de un carácter elitista, ligado a un grupo selecto de hombres.

Rápidamente este sistema de representación territorial fue imitado por los príncipes y monarcas europeos, que acumulaban en sus manos un poder cada vez más centralizado. De esta forma, nos encontramos ya en el siglo XIV cómo, en algunas Cortes y otras asambleas, los estamentos llamados a las mismas comenzaban a denominarse naciones. Esto mantuvo la concepción de nación como una comunidad de élites con un mismo origen geográfico hasta el siglo XIX, sin que la Revolución francesa alterara en su momento esta característica del término.

La propia Revolución francesa, de hecho, quiso distinguir entre los conceptos «pueblo» y «nación» desde sus inicios. Su objetivo era que las altas clases burguesas pasaran a engrosar las filas de la nación, pero no el pueblo llano. La forma de llevar esto a cabo era el sufragio censitario, que impedía que todo el pueblo francés pudiera ser considerado como nación en tanto que la gran mayoría no poseían derecho a la participación política y, por lo tanto, no formaban parte de la soberanía nacional.

De esta forma, hasta el siglo XIX la nación no adquirió su último significado, el que hace referencia al pueblo soberano. Así, la palabra «nación» pasa a significar un grupo de personas diferenciado y único, procedente de un mismo origen y portador de la soberanía. La nación pasa a convertirse, en la vida política, en base de la solidaridad y objeto supremo de lealtad. Sin embargo, esto supone que el pueblo soberano que compone la nación solamente aparece en un estadio muy reciente de la historia de la humanidad y debido a unos cambios impensables antes del siglo XIX.

No es posible, pues, concebir la nación en este término sin tener en cuenta la secularización del pensamiento político que deja de lado la legitimación divina del poder característica de la Edad Media. Para atraer a la totalidad de los habitantes de un territorio hubo que desafiar a la sociedad estamental, fundar una lealtad común y dignificar a todos aquellos miembros del pueblo que hasta el momento se habían visto apartados de la participación en la vida pública. Además, esta soberanía popular debía componer un poder estable sobre un territorio grande y definido con fronteras claras. Por lo tanto, autores como Hans Kohn sostienen que es imposible hablar del nacionalismo sin la creación del Estado moderno, centralizado y definido, que aparece en Europa entre los siglos XVI y XVIII.

Por otra parte, el surgir de la nación en su concepción moderna no puede desligarse de un contexto socioeconómico particular. Otto Bauer publicó en 1907 *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia*, donde expone que es imposible concebir el nacimiento de la nación alemana sin hacer referencia al contexto de expansión del capitalismo en el siglo XIX. Es decir, no podemos pensar que

una gran extensión del territorio sea accesible a la mayoría de la población sin tener en cuenta el desarrollo de la prensa, los transportes, la ampliación de los mercados y la sustitución de una sociedad estamental por una sociedad de clases que permita cierta movilidad.

Diferentes tesis sobre el origen de los nacionalismos

Una vez hecho este breve recorrido sobre la evolución teórica que ha sufrido el término nación y las distintas perspectivas desde las que se define en la actualidad, es el momento de exponer de forma sucinta las diferentes tesis que explican el origen del nacionalismo como ideología. Estas tesis han sufrido una evolución paralela a la de la propia idea de nación, por lo que en algunas ocasiones pueden llegar a contradecirse según la definición que tomemos de cada término.

Son tres los principales paradigmas que han servido para explicar los orígenes del nacionalismo a lo largo de la historia. El primero sería el primordialismo o perennialismo, cuyos orígenes se encuentran en el romanticismo alemán, en particular en los trabajos de Johann Gottlieb Fichte y Johann Gottfried Herder. Se basa en la idea de que las naciones son fenómenos antiguos y naturales, presentes prácticamente desde el inicio de la historia. Herder vincula el término nación con un grupo lingüístico, de forma que el lenguaje genera una forma de pensamiento común a un grupo de personas. Así, cada comunidad de lenguaje presenta un pensamiento distinto. Esta teoría se halla prácticamente en desuso desde la Segunda Guerra Mundial, puesto que no tiene en cuenta la necesidad de recurrir al contexto socioeconómico de la modernidad a la hora de conseguir definir lo que es una nación.

El segundo paradigma se denomina etnosimbolismo y ofrece una visión complementaria, pero más compleja, del primordialismo. El etnosimbolismo intenta explicar el nacionalismo que lo contextualiza a través de la historia como un fenómeno dinámico que evoluciona de forma progresiva. Examina la fuerza del nacionalismo como resultado de los lazos subjetivos que los miembros de una

nación tienen sobre los símbolos nacionales imbuidos de significado histórico. Hace especial hincapié, por lo tanto, en el papel de los símbolos, los mitos, los valores y las tradiciones en la formación de las naciones modernas. Defiende la larga persistencia de las naciones en el pasado frente a los que mantienen su origen moderno. Los principales partícipes de esta teoría son John A. Armstrong, Anthony D. Smith y John Hutchinson.

El tercer paradigma, quizá el más generalizado hoy en día y vinculado con las circunstancias expuestas a la hora de definir qué es una nación, es el paradigma modernista. El paradigma modernista, a diferencia de los dos anteriores, sostiene que son necesarias las estructuras de la sociedad moderna para la definición de una nación y, por lo tanto, para la consecuente aparición de movimientos nacionalistas. De este modo, no se puede concebir el nacionalismo sin la formación de los Estados nación modernos en un contexto socioeconómico desarrollado.

TEORÍAS Y PRÁCTICAS DEL NACIONALISMO

Cabe, por último, finalizar este apartado introductorio estableciendo una breve relación de las principales formas teóricas y prácticas que el nacionalismo ha adoptado a lo largo de la historia. Es muy difícil encontrar formas puras de los apartados de esta clasificación, puesto que muchas de ellas son complementarias, ya que, como se ha comentado con anterioridad, la idea de nación y el desarrollo del nacionalismo tienen en cuenta numerosos factores.

La primera forma, y quizá la más relevante, sería el nacionalismo liberal, ligado a la idea de nación como un conjunto de personas que se identifican con la misma y comparten iguales derechos políticos, es decir, a las tesis de Renan expuestas previamente. De esta forma, el nacionalismo liberal no presta especial atención a los orígenes étnicos, por lo que presenta una postura no xenófoba basada en los valores liberales de libertad, tolerancia, igualdad y defensa de los derechos individuales.

Defiende que las políticas democráticas requieren una identidad nacional para funcionar y que, por lo tanto, el nacionalismo es necesario para que los ciudadanos puedan vivir de forma autónoma en función de sus deseos individuales.

En sus primeros estadios, el nacionalismo liberal tomó la forma de nacionalismo territorial. Autores como Athena S. Leoussi o Anthony D. Smith sostienen que la Revolución francesa defiende una suerte de nacionalismo territorial y no étnico basado en la idea de que los habitantes pertenecen a la nación en la que han nacido o que los ha acogido, es decir, a aquella compuesta por el territorio sobre el que se encuentran y que impone las leyes a las que están sujetos. Para ello es esencial la consecución de la igualdad legal. Así, cada ciudadano debe pertenecer a una nación, pero tiene el derecho de elegir a cuál. Encontramos, sin embargo, casos en los que esta teoría, junto a otros factores, ha provocado el desarrollo de limpiezas étnicas, con el fin de eliminar del territorio a todas aquellas otras naciones que convivían en él.

El nacionalismo integral, por su parte, rechaza en gran medida lo propuesto por el liberal y es característico de Estados como la Italia fascista o la Alemania nazi. De esta forma, se caracteriza por una postura antiindividualista y proestatista; todos los ciudadanos deben subordinar sus deseos individuales a las necesidades de la nación. Sumado a esto, suele presentar un extremismo radical que se plasma en un expansionismo militar agresivo. Además de en los países fascistas, este modelo de nacionalismo es común en aquellos países que han obtenido su independencia a través de un conflicto bélico, puesto que en ellos su inestabilidad lleva a que estas posturas radicales sean consideradas necesarias para asegurar la seguridad y viabilidad del nuevo Estado.

Opuesto, en cierta medida, al nacionalismo liberal, encontramos el nacionalismo étnico, que basa la existencia de la nación en una herencia común del lenguaje, la religión y, en general, de una cultura compartida con los ancestros. Esta postura no tiene por qué suponer la supremacía de una etnia sobre otra, si bien rechaza la idea de asimilación

cultural, es decir, el hecho de depender de una cultura ancestral evita la inclusión de nuevos miembros en la composición de la nación. Esta idea se halla detrás de los derechos de autodeterminación de numerosos grupos étnicos.

Existen ciertos ejemplos en los que el nacionalismo étnico, con otros factores añadidos, ha desembocado en teorías de pureza nacional que suponen la exclusión de las minorías y buscan el retorno a una patria ancestral mítica, como sería el caso de algunas posturas ideológicas que sustentaron el nazismo alemán. En cierta medida, esta clase de nacionalismo étnico puede vincularse con un nacionalismo racial, que busca la definición de la nación en función de la raza, intentando preservar la limpieza de la misma a través de la prohibición de la mezcla con otras y el rechazo a la inmigración.

En muchos casos, el nacionalismo se encuentra ligado con las creencias religiosas que agrupan a la población de un territorio. El nacionalismo religioso es una forma de contribución a los sentimientos de unidad y crea vínculos comunes entre los ciudadanos de una nación. Es evidente, por otro lado, que la religión forma parte esencial de la cultura y que, por lo tanto, está ligada al nacionalismo cultural y étnico. Generalmente, el nacionalismo religioso suele servir de soporte a un sentimiento nacional más complejo, si bien encontramos casos como el del sionismo judío en el que se halla en el mismo núcleo del deseo de consecución de una nación independiente.

Por otra parte, el nacionalismo siempre ha sido tema de discusión entre los teóricos de la izquierda. Son muchos los casos, en particular en movimientos nacionalistas de liberación colonial, de unión entre teorías nacionalistas y socialistas. Esto se debe a la idea de emancipación que se encuentra detrás de dichos movimientos, que buscan la liberación nacional frente al opresor y, en consecuencia, la posibilidad de ejercer su derecho a la autodeterminación. Ejemplos de estos movimientos son la Cuba de Fidel Castro o el Sinn Féin en Irlanda.

Sin embargo, no siempre el nacionalismo anticolonial estuvo vinculado a la izquierda, puesto que en los casos de los países bajo el yugo de la URSS encontramos movimientos nacionalistas que se oponen a su imperialismo y buscan la autodeterminación desde posturas conservadoras, como sería el ejemplo del catolicismo en Polonia.

Finalmente, una forma particular de nacionalismo es el denominado pannacionalismo, cuya principal característica es la intención de unir bajo una misma nación un extenso territorio sobre el que no existen vínculos políticos, pero sí étnicos y culturales. Esto implica que los miembros pertenecientes a una nación por cuestiones étnicas están dispersos en distintos Estados que, en teoría, deberían unirse. Ejemplos relevantes son el paneslavismo, el pangermanismo o el panarabismo, cuya puesta en práctica ha acabado, generalmente, en fracaso. El experimento más exitoso fue el de Yugoslavia, aunque las fricciones entre los Estados miembros desembocaron en una cruenta guerra y en su desintegración.

1

El origen del nacionalismo

El nacionalismo antes del siglo XVIII

Como ya se ha comentado en la introducción, hoy en día la gran mayoría de teóricos sostienen que no se puede concebir el nacionalismo sin la presencia de una sociedad moderna y desarrollada, puesto que sin la misma no podemos aplicar los términos de autonomía política y autodeterminación. Esto no quiere decir, sin embargo, que a lo largo de la historia no se hayan dado algunos ejemplos de movimientos que, generalmente ligados a una etnia o una religión, han buscado la independencia política de una entidad superior en una suerte de nacionalismo arcaico.

Un ejemplo de estas características podría encontrarse en las guerras entre los judíos y el Imperio romano que se sucedieron entre el 66 y el 136 d. C. Estos conflictos, encabezados por la comunidad judía de Judea, provincia del Imperio romano desde el año 6 d. C., tenían como objetivo la independencia de dicho territorio, debido a los conflictos religiosos y a los elevados impuestos que los habitantes del mismo se veían obligados a pagar. Las distintas rebeliones fueron, sin embargo, aplacadas con dureza y su final supuso una intensísima persecución del pueblo judío.



Triunfo de Tito. Relieve del arco de Tito (Roma) que representa la victoria de dicho emperador, cuando era solo el delegado militar de su padre Domiciano, contra los judíos rebeldes en el año 70 después de Cristo.

Casos similares son innumerables a lo largo de la Edad Antigua y no cabe mencionar todos ellos. Sí que hay que añadir que el nacionalismo comenzó a tomar cierta forma en los siglos bajomedievales, cuando algunos monarcas europeos apelaron a un sentido de unidad con el fin de acaparar el poder frente a los señores feudales. Este sentimiento de unidad, sin embargo, hacía referencia a un sector minoritario y elitista de la población, dejando de lado a la gran mayoría de habitantes del territorio.

En este sentido, es pertinente realizar un breve recorrido de los que suponen, según Benedict Anderson, los dos principales antecedentes culturales al nacimiento de la conciencia nacional: la comunidad religiosa y el reino dinástico. Esto no significa que el nacionalismo suceda y sustituya directamente a ambos fenómenos, sino que entre

sus características se encuentra el germen cultural, que no tanto político, del mismo. No podemos, por lo tanto, reducir la aparición de los sentimientos nacionales al declive y la transformación de las comunidades religiosas y los reinos dinásticos.

En lo referido a las comunidades religiosas clásicas, todas ellas, desde el cristianismo al budismo, se han concebido desde su origen como centro del universo, ligadas por una lengua sagrada común y bajo el poder de un ente o entes ultraterrenales. Se caracterizan, generalmente, por una idea negativa del que es ajeno a la comunidad, lo que ha dado lugar a innumerables persecuciones religiosas a lo largo de la historia. Por supuesto, esto tiene todavía poco que ver con lo que hoy entendemos como conciencia nacional, si bien son evidentes ciertas semejanzas con la vertiente cultural de la misma en estas concepciones.

A pesar del innegable poder e influencia que estas comunidades religiosas mantuvieron durante toda la Edad Media, con el final de la misma llegó también su declive. Esto se suele atribuir generalmente a dos factores. El primero es el efecto de las exploraciones del mundo no europeo, lo cual supuso una ampliación del horizonte cultural y geográfico que chocó con la concepción centralista de la religión. En segundo lugar, la degeneración de las lenguas sagradas, como sería el caso de la derivación del latín en las distintas lenguas romances, privó a las religiones de esa supremacía cultural que había poseído a lo largo de los siglos anteriores.

Por su parte, la monarquía hereditaria fue, durante muchos siglos, el principal sistema de organización política. La legitimidad de una dinastía y, por lo tanto, el origen de su poder, proviene de un origen divino y no de los individuos que se hallan bajo su control. Esto supone que no podamos hablar de ciudadanos, sino de súbditos que no forman parte de la soberanía nacional. Estos Estados monárquicos se definían esencialmente, por su centro, la corte, y la vaguedad de sus fronteras permitía que sostuvieran un dominio continuo sobre poblaciones muy heterogéneas. Ya

desde el siglo XVII, sin embargo, asistimos a una progresiva pérdida de la legitimidad divina que caracterizaba las dinastías. El principal ejemplo de este proceso es la decapitación de Carlos I de Inglaterra en 1649, acusado de alta traición.

Un hecho clave para conseguir la simultaneidad de ideas en un territorio, lo cual es imprescindible para el desarrollo del nacionalismo, es la invención de la imprenta en 1440. La imprenta permitió una expansión sin precedente de la cultura y que esta alcanzara a capas medias de la sociedad estamental. Además, las redes de comercio impulsadas por el incipiente capitalismo supusieron un creciente negocio editorial que favoreció la generalización del uso de las lenguas vernáculas, esenciales para el desarrollo de la conciencia nacional. En este sentido es también importante la progresiva burocratización y centralización de los Estados, cuyos funcionarios comenzarán a utilizar de forma oficial dichas lenguas.

Estas lenguas vernáculas impresas unificaron los campos de intercambio sociocultural y económico, lo cual supuso que miles de personas tomaran progresiva conciencia de su pertenencia a un campo lingüístico particular y, en consecuencia, comenzaran a desarrollar un sentimiento de exclusividad. El hecho de que las lenguas fueran impresas, además, suponía la fijación del lenguaje, por lo que esta nueva comunidad lingüística estaba supeditada a unas normas comunes. Por último, ese proceso conllevó la imposición de ciertos dialectos más cercanos a la lengua impresa sobre otros minoritarios en un factor más a tener en cuenta en la unificación.

La Ilustración y el nacionalismo

La expansión de las ideas liberales es fundamental para comprender el auge del nacionalismo que posteriormente estallaría tras la Revolución francesa y las conquistas napoleónicas. A esto debemos sumar un proceso iniciado con anterioridad, el de la centralización de los Estados de la mano de un poder personalizado en la figura del monarca absoluto.

La centralización del poder estatal a lo largo de la Edad Moderna supuso que aquellos súbditos más cercanos a las altas esferas comenzaran a identificarse con el proyecto de unidad política que comprendían las monarquías absolutas. En este proyecto se unían los intereses tanto de los propios monarcas como de la creciente burguesía capitalista, puesto que ambos pretendían socavar la autoridad de la nobleza feudal. De esta forma, asistimos a la configuración de unos Estados caracterizados por la posesión de unos territorios relativamente estables, asegurados mediante un ejército regular y regidos por una administración unificada cuyo grado de burocratización era cada vez más elevado. Además, cabe destacar una tendencia generalizada hacia la secularización política.

En lo referido a los aspectos ideológicos ligados al nacimiento del nacionalismo, juegan un papel fundamental las ideas ilustradas expuestas por diversos autores que defendían la igualdad entre los hombres. A pesar de las salvedades que puedan hacerse a estas ideas, puesto que estaban dirigidas prácticamente en exclusiva a los varones blancos y burgueses, estas sirvieron para debilitar los cimientos de las jerarquías de la sociedad estamental y los poderes locales heredados del feudalismo.

Además, las ideas ilustradas de igualdad eran, evidentemente, opuestas a las bases de una monarquía absolutista. De esta forma, asistimos con el paso de los siglos a una progresiva separación entre los monarcas absolutos y la emergente clase burguesa. Muchos miembros de esta clase, imbuidos de las ideas ilustradas, se alzaron como representantes del progreso social y económico, rechazando las estructuras anticuadas de poder y buscando una nueva forma de organización estatal que favoreciera su desarrollo social y económico. En este sentido, dos de los principales autores del siglo XVIII que sentarán las bases del nacionalismo posterior son el suizo Jean Jacques Rousseau y el prusiano Johann Gottfried von Herder.

Jean Jacques Rousseau (1712-1778) es, sin duda, uno de los filósofos más reconocidos del siglo XVIII. Sus teorías ayudaron a componer la base del pensamiento político y educacional del mundo moderno. A pesar de la innegable relevancia de sus aportaciones pedagógicas, es pertinente

para la obra centrarnos en exclusiva en su pensamiento político, de gran influencia para los protagonistas de la Revolución francesa y, como veremos, para el desarrollo del nacionalismo posterior.



Michał Wielhorski (c. 1730-1794). Aristócrata, jurista y diplomático, el polaco Michał Wielhorski se preocupó por estudiar una constitución para su país, la mancomunidad lituano-polaca, aunque al final dicho Estado sería dividido en 1795 entre las potencias vecinas.

La base del pensamiento sociopolítico de Rousseau queda recogida en su obra de 1762 *El contrato social*. En ella sostiene que la sociedad se construye mediante el deseo de asociación de un conjunto de individuos libres e iguales que llevan a cabo un pacto para la aparición del Estado, compuesto por un órgano soberano en el que están integrados todos los pactantes y que denomina «voluntad general». Esta teoría, sin embargo, presenta un planteamiento vago a la hora de definir un Estado y esto quedará patente en las *Consideraciones sobre el Gobierno de Polonia y su proyecto de reforma*, publicada en 1771 tras la petición del noble polaco Wielhorski al propio Rousseau de que escribiera una suerte de proyecto constitucional.

En este sentido y tras la amplia definición que Rousseau había hecho de la sociedad en *El contrato social*, este recomienda a Polonia un proceso de singularización del pueblo que sirva para separarlo de los demás, en lo que claramente supone la aparición de lo que posteriormente

será la idea de nación. Para que la nueva legislación sea aceptada por el pueblo polaco, Rousseau recomienda apelar a su particularidad y unidad a través de instituciones y tradiciones que generen vínculos colectivos relacionados con la idea de la patria ancestral.

Así, en este proceso juega también un papel fundamental otro de los principales asuntos trabajados por Rousseau, el de la educación. El polaco debe ser educado en la historia y las leyes de su país, para así asumirlas y seguirlas sin dudar. De esta forma, la historia y los símbolos de la nación pasan a convertirse en valores insuflados en la escuela que permiten la aplicación de la ley a todos los ciudadanos polacos que se identifican con su patria.

Johann Gottfried von Herder (1744-1803), por su parte, es reconocido por su labor de filósofo, teólogo, poeta y crítico literario como uno de los principales representantes de la Ilustración en el ámbito germano que sentó las bases del Romanticismo posterior. Su labor de investigación histórica, cultural y lingüística le permitió sentar las bases teóricas para el posterior desarrollo del nacionalismo alemán. Herder instó a los germanos a sentir orgullo de sus orígenes, en particular del período medieval, y para ello recogió numerosos poemas, mitos y tradiciones folklóricas de gran relevancia para la formación de la conciencia nacional.

En el aspecto teórico, Herder defiende la influencia del lenguaje a la hora de dar forma a los patrones de pensamiento y actuación de cada comunidad lingüística. Esto no quiere decir que el lenguaje determine el pensamiento de forma directa, sino que la cultura asociada a dicho lenguaje conforma una serie de pensamientos, sentimientos y tradiciones que sirven a grupos e individuos para expresarse, lo que supone un factor fundamental para comprender la formación de lazos colectivos.

Herder es uno de los principales contribuyentes a la asociación de la idea de patriotismo con el nacionalismo. Para Herder, el pueblo o *volk* es la única clase que conforma la nación, en una postura que adelanta la idea de la nación como un cuerpo jerárquico compuesto por masas, pero carente de clases sociales. Cada nación se distingue por su

clima, su educación, sus tradiciones y su herencia. Herder, por lo tanto, rechazaba el absolutismo y el protonacionalismo prusiano, puesto que su teoría histórica sobre el *volk* alemán tenía como ambición una unión mucho mayor del pueblo germano.

EL NACIONALISMO EN LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Como ya hemos adelantado, la Revolución francesa de 1789 supuso la emergencia del nacionalismo moderno, cuyas premisas, anticipadas en las teorías de los pensadores ilustrados, fueron a su vez una de las causas del estallido de la propia revolución. La retórica y los términos utilizados en discursos y documentos evidencian la importancia que las ideas nacionalistas tuvieron en el proceso revolucionario. De gran relevancia fue la mitificación de los símbolos nacionales, tales como la bandera tricolor o el himno de *La Marsellesa*, que sirvieron para expandir la idea de unidad entre todo el pueblo francés al que los revolucionarios apelaban como elemento fundamental para conseguir sus objetivos de cambio.

La sociedad de la Francia prerrevolucionaria carecía de un sentimiento general de unión, en particular, debido a las fuertes divisiones provocadas por el sistema estamental. Era muy complicado, por ejemplo, que miembros de la alta nobleza se sintieran parte del mismo grupo que los campesinos y lo mismo ocurría en el sentido opuesto. En cierta medida encontramos un protonacionalismo elitista que se limitaba al sentimiento de unidad entre las altas esferas subordinadas a la Iglesia y la monarquía, en la línea de lo expuesto por Benedict Anderson. En cualquier caso, este sentimiento tenía mucho más componente de clase que de nación.

Son muchas las causas, a largo y corto plazo, que propiciaron el estallido de la revolución, pero no es objeto de esta obra tratarlas en profundidad. No obstante, cabe destacar entre ellas unas prácticas financieras injustas por parte de la monarquía, un Gobierno inseguro, el estallido de una crisis agraria y la influencia de las ideas ilustradas. El

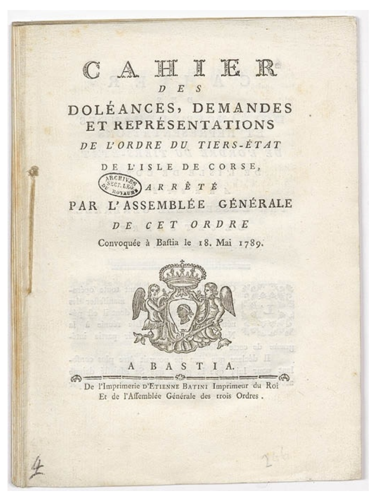
equilibrio de poder se balanceaba, puesto que aunque Luis XVI era considerado un monarca absoluto, se seguía encontrando con la oposición no solo de los focos de fuerza herederos del feudalismo, sino también de otros de más reciente creación.

Entre estos últimos encontramos los Parlamentos, una suerte de cortes de justicia provinciales, pero con el derecho de certificar edictos reales y ordenanzas. El primer Parlamento fue el de París, instituido en el siglo XIII, pero desde el siglo XV se fueron creando muchos otros en las principales ciudades francesas. Con el paso del tiempo, los Parlamentos fueron adquiriendo un poder de influencia sobre las leyes estatales cada vez mayor, hasta que en 1771 Luis XV decidió abolir el Parlamento de París. La oposición generalizada de numerosos franceses, que veían los Parlamentos como su única forma de oposición ante los crecientes impuestos, obligó a Luis XVI a reponer dicho Parlamento en 1774.

Ante la creciente inestabilidad política y económica, la nobleza y el clero pidieron la convocatoria en 1787 de los Estados Generales, esto es, una asamblea extraordinaria convocada por el monarca a la que acudían representantes de cada estamento. Ante la actuación de Luis XV, que hizo oídos sordos a la propuesta, muchos miembros de los Parlamentos regionales incitaron a la protesta violenta, lo cual supuso un aumento de las dificultades del Estado para recaudar los impuestos. Además, el clero, en su mayoría, se mostró partidario de la actuación de los Parlamentos. Ante esta situación, en agosto de 1788 el rey llevó a cabo una convocatoria para los Estados Generales, que se reunirían en mayo de 1789.

Encontramos ya en estas protestas tempranas la sombra de un creciente sentimiento de unión nacional que alcanzaría su mayor desarrollo durante la Revolución y serviría a los revolucionarios para acceder al poder. Este sentimiento queda reflejado en los cuadernos de quejas de 1789. Los cuadernos de quejas recogían las peticiones de cada circunscripción del territorio francés encargada de elegir a sus representantes en los Estados Generales y se redactaban desde el siglo XIV. En los de 1789 destaca la

semejanza de las demandas de todas estas circunscripciones, lo cual simboliza la unidad de los objetivos y deseos de los habitantes del territorio francés, puesto que las principales diferencias se encuentran en las ideas defendidas por los representantes de los distintos estamentos.



CAHIER
DES
DOLÉANCES, DEMANDES
ET REPRÉSENTATIONS
DE L'ORDRE DU TIERS-ÉTAT
DE L'ISLE DE CORSE,
ARRÊTÉ
PAR L'ASSEMBLÉE GÉNÉRALE
DE CET ORDRE
Convoquée à Baſtia le 18. Mai 1789.

A BASTIA.
De l'Imprimerie d'Etienne Batini Imprimeur du Roi
Et de l'Aſſemblée Générale des trois Ordres.

Ejemplar de los cuadernos de quejas de la isla de Córcega. Estos cuadernos, recogidos por todo el reino de Francia, se elaboraron con motivo de la convocatoria de los Estados Generales en Versalles para mayo de 1798.

De gran relevancia es la publicación, previa a la reunión de los Estados Generales, de la obra del Abad Sieyès *¿Qué es el tercer estado?* En ella apela a que el tercer estado, es decir, aquel carente de privilegios y representado esencialmente por miembros de la burguesía, se podía constituir como una nación completa y que no necesitaba para ello a los otros dos estados: el clero y la nobleza. De esta forma surge la idea de que fue el tercer estado el que, en el fondo, fundó la nación moderna.

En los Estados Generales, además, este tercer estado contó con el apoyo de una parte importante del clero y, ante la insistencia de Sieyès, en junio se proclamó el fin de los Estados Generales y la constitución de una Asamblea Nacional que, como su propio nombre indica, representaba a toda la nación, instando a los otros dos estados a unirse. El uso del término «nacional» supone la asunción de que la autoridad de la Iglesia, la monarquía y la nobleza, debía proceder de los representantes de la nación todopoderosa.

El 20 de junio de 1789, los representantes del tercer estado se comprometieron, a través del denominado Juramento del Juego de Pelota, a unirse y no retirarse hasta que no comenzara la redacción de una nueva constitución para Francia. La respuesta de Luis XVI fue la de llamar al ejército para disolver la Asamblea Nacional y sofocar los distintos tumultos que se habían ido formando en París al calor de los acontecimientos. Ante esta situación, los habitantes de París asaltaron la cárcel de la Bastilla el 14 de julio de 1789 en busca de armas. Este acto ha sido considerado tradicionalmente el momento de inicio de la Revolución francesa.



Juramento del Juego de la Pelota. Pintura de Jacques-Louis David realizada entre 1791 y 1792. Óleo sobre lienzo. Palacio de Versalles.

Desde este suceso, el nacionalismo propio de la revolución se debatió entre el cambio y la continuidad. A pesar de apelar a numerosas tradiciones francesas en pos de lograr un sentimiento de unidad, los revolucionarios construyeron una serie de símbolos que representaban la ruptura de la nueva sociedad con el Antiguo Régimen. Una particularidad de esta nueva corriente cultural era la intención de aunar tradiciones tanto urbanas como rurales.

Las tertulias en los salones, los periódicos y los panfletos comenzaron a reflejar el ambiente de agitación política y la creciente ideología nacionalista. La idea de soberanía nacional y la necesidad de redactar una nueva constitución para Francia se hicieron comunes en el lenguaje de los revolucionarios. Estos comenzaron a darse cuenta de que

para conseguir un nuevo orden social era necesaria la generalización de una conciencia ciudadana que actuara al unísono. Esta conciencia, representada por el tercer estado, en particular el residente en París, comenzó a hacer llamamientos de un cambio fundamentado en las necesidades de la nación por delante de cualquier otro factor.

En agosto de 1789, la Asamblea Nacional proclamó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que defendía la igualdad en derechos de todos los hombres desde su nacimiento, aboliendo de esta forma el sistema feudal. Sin embargo, lo más importante para el tema que se trata es la defensa de la soberanía nacional. Este documento sostenía que la nación era un ente todopoderoso del que emanaba toda autoridad y privilegio, una idea que acababa con el origen divino del poder y lo ponía en manos de la propia ciudadanía.

En la línea de la Declaración de derechos del hombre y del ciudadano, encontramos la importantísima Constitución de 1791, que proclamaba la división de poderes entre legislativo, ejecutivo y judicial; lo que suponía la supresión del absolutismo real. De esta forma, la nación francesa se ponía por delante del poder regio. Además, eliminaba las diferencias legales entre estamentos. Sin embargo, para que alguien se convirtiera en ciudadano se requería un juramento. Los ciudadanos de Francia debían ser leales a la nación por encima de cualquier otra cosa.

Un punto de inflexión para el nacionalismo revolucionario fue la declaración del Edicto de Fraternidad del 19 de noviembre de 1792. En este edicto la Convención Nacional ofrecía ayuda a todos aquellos ciudadanos de otros países que estuvieran luchando por su libertad. Así, los líderes revolucionarios expresaron su voluntad de expandir la libertad de la que se había hecho consciente el pueblo francés. Esto, sin embargo, fue tomado como una amenaza por numerosos Gobiernos europeos en los que el absolutismo era el sistema vigente.

Un segundo edicto semejante se proclamó el 15 de diciembre de 1792. Este aportaba una visión más práctica y exponía que las zonas liberadas por el ejército republicano serían defendidas por el mismo y sus habitantes informados de su nueva situación. De esa forma, la Convención se otorgaba el poder de decidir los términos del destino de los territorios ocupados en otros países sin el consentimiento de sus habitantes, en lo que es una muestra del componente de superioridad con el que contaba el sentimiento nacionalista francés de la época.

La retórica y los discursos proclamados por los líderes revolucionarios y posteriores políticos republicanos como Georges Jacques Danton o Maximilien Robespierre son una prueba más del auge de la ideología nacionalista durante el proceso revolucionario. En estos discursos se apelaba constantemente a la grandeza y a las virtudes de Francia y sus ciudadanos. Conforme la revolución se fue radicalizando, el bien de la nación se convirtió en una excusa cada vez más recurrente a la hora de aplicar las medidas drásticas tomadas por el Gobierno.

El juicio del rey Luis XVI es un gran ejemplo de cómo la soberanía nacional se convirtió en referente para todos los actos políticos de los nuevos Gobiernos. Esto queda reflejado en el discurso del girondino Pierre Victurnien Vergniaud, del 31 de diciembre de 1792, en el que muestra su deseo de llevar al rey a juicio no solamente ante la Asamblea Legislativa, compuesta por unos pocos ciudadanos, sino ante todo el pueblo francés. El juicio al rey era de vital importancia y, como tal, debía hacerse al servicio de la nación. Finalmente, el monarca sería guillotinado el 21 de enero de 1793.

El 4 de diciembre de 1793 se proclamó una nueva Constitución que ponía al conocido como Comité de Salvación Pública a la cabeza del Gobierno, con el fin de implantar nuevas leyes y reforzar las existentes; además de controlar a políticos y funcionarios. Esta política se justificó con la necesidad de un Gobierno fuerte y decisivo durante un período de guerra, lo cual era vital para el bien de la nación.

En relación con la guerra contra las absolutistas Austria y Prusia, declarada ya en abril de 1792, encontramos el 23 de agosto de 1793 el establecimiento de la leva en masa por parte del Gobierno francés. De esta forma, todo el pueblo se ponía a disposición de las fuerzas armadas, tanto para combatir en ellas como para proporcionar apoyo logístico o moral. La patria estaba en peligro y toda la ciudadanía francesa debía defenderla en la medida de sus posibilidades, sin distinciones de clase ni de ningún otro tipo. Esta medida fue fundamental para que el Gobierno revolucionario francés obtuviera la victoria ante sus enemigos absolutistas.

Como consecuencia de esta medida, numerosos oficiales aristócratas renunciaron a sus cargos y Francia llenó su ejército de reclutas y voluntarios sin entrenar. A pesar de que numerosos ciudadanos franceses vieron ciertos tintes tiránicos en la leva en masa, su éxito fue indiscutible, más allá de las victorias militares. Se idealizó el servicio militar y aquellos que servían en el Ejército eran glorificados como héroes nacionales. La leva en masa potenció la ideología revolucionaria, impregnada de nacionalismo, que hacía hincapié en la igualdad de todos los franceses y en la creación de un sentimiento de comunidad.

La simbología militar revolucionaria jugó a su vez un papel muy importante a la hora de fomentar la ideología nacionalista y la integración de todos los franceses. Se introdujeron el lema «Libertad, igualdad y fraternidad», el uso de la bandera tricolor y el himno de *La Marsellesa* (aunque este no sería el himno nacional hasta 1879). Todos estos iconos los utilizaban por igual los militares y los civiles, lo cual sirvió para simbolizar la unidad del pueblo francés.

El 22 de agosto de 1795 se proclamó una nueva Constitución para los franceses, con un marcado giro conservador después de los agitados años previos de Gobierno jacobino. El nuevo Directorio publicó la Declaración de Deberes, que complementaba y limitaba la Declaración de Derechos del Hombre y del Ciudadano. Sin embargo, el objetivo esencial de la revolución, es decir, la consecución de una nación en la que todos los hombres fueran libres e iguales ante la ley, permanecía. Cabe

mencionar, sin embargo, la aclaración que realiza al respecto, puesto que esta Constitución sostiene que los ciudadanos deben su libertad a la nación y, en consecuencia, deben prestar sus servicios a la misma siempre que lo requiera.

NAPOLEÓN Y LA EXPANSIÓN DE LAS IDEAS LIBERALES

Si para el pueblo francés la revolución supuso el despertar del nacionalismo, el impacto que tuvo sobre Napoleón, nacido en Córcega en 1769, fue algo distinto, puesto que le instó a abandonar el patriotismo corso y a abrazar la causa del liberalismo. Napoleón entendió con rapidez el enorme potencial de la revolución, su dinamismo, energía y ambición. El momento era propicio para un personaje con su personalidad, extremadamente individualista y dispuesto a aprovechar cualquier ocasión que se le cruzara en su camino.

Tras lo acontecido durante los años más radicales de la revolución, existía una corriente generalizada en la política francesa que deseaba la presencia de una figura fuerte que salvaguardara los objetivos básicos obtenidos durante el proceso revolucionario y asegurara y estabilizara las nuevas fronteras. De entre todas las instituciones, la más prestigiosa y propicia para conseguir estos fines era el Ejército, en el cual Napoleón Bonaparte despuntaba como uno de los generales más ambiciosos.

Cabe, sin embargo, anticipar que Napoleón nunca tuvo como objetivo la consecución de un ideal nacionalista que uniera las nuevas fuerzas populares que componían el Estado francés. Este Estado era un mero vehículo que lo llevaba hacia su destino personal. Ese Estado debía, según él, estar dirigido desde arriba de forma eficiente y racional. Sus objetivos no eran el bienestar de los sujetos o la razón del Estado francés, al menos no primordialmente, sino que era poseedor de una ambición personal sin límites.

De hecho, Napoleón suprimió muchas de las libertades defendidas por las constituciones proclamadas desde 1789. En realidad privó de cualquier derecho de participación política a la ciudadanía francesa. A pesar de ello, en sus declaraciones procuró siempre enfatizar su deseo de representar los intereses de todos los componentes de la nación, de la cual emanaba su autoridad. No dudaba, por lo tanto, de que en el fondo su voluntad era la máxima expresión de los objetivos que debía conseguir la nación francesa.

De gran relevancia para el desarrollo del nacionalismo sí que fueron las medidas educativas de corte centralizador del Gobierno napoleónico, cuyo fin era la consecución de un grupo de funcionarios civiles capaces y leales que formaran parte de la maquinaria política del imperio. A través de esta legislación se reforzó en gran medida el espíritu nacional, si bien el objetivo esencial era conseguir, desde un punto de vista paternalista, una ciudadanía compuesta por sujetos buenos y útiles. Las bases de la organización universitaria napoleónica consistían en la enseñanza de la religión católica, la lealtad al emperador y, en el aspecto que más nos afecta, la preservación de la unidad de Francia y de todas las ideas liberales proclamadas por las constituciones.

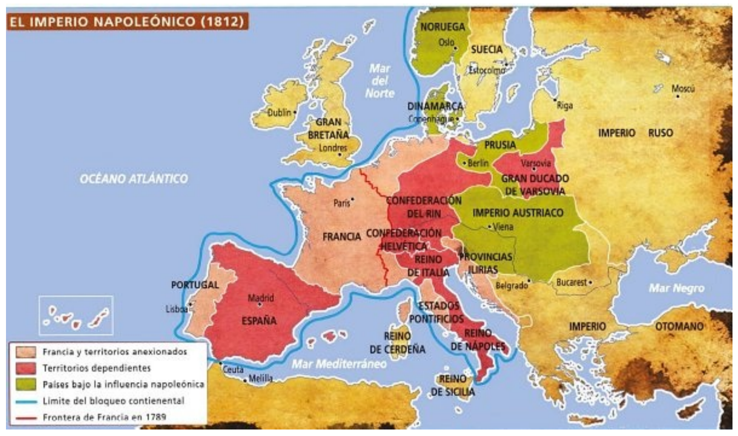
La asunción de Napoleón del título de emperador en 1804 supuso para muchos una traición a los ideales de la revolución. Sin embargo, no cabe duda de que Napoleón nunca cesó de encarnar una de las bases de la misma: su deseo de convertirse en un movimiento universal. El hecho de adquirir el título de emperador y no de revivir el de rey ejemplifica su intención tanto de favorecer a la nación y mantener su soberanía como de ampliar su gloria personal. Además, de esta forma intentaba no hacer incompatible su Gobierno con los éxitos republicanos.

En 1812 el imperio superaba en extensión al de Carlomagno, con sus fronteras en el Ebro, el Elba y el mar Adriático. Además, incluía las provincias de Iliria y la península itálica. A esto hay que sumar una serie de Estados vasallos como España, Nápoles, la Confederación del Rin, la Confederación Helvética y el ducado de Varsovia. En estos

territorios las leyes napoleónicas impusieron nuevos conceptos que, en muchos casos, revitalizaron y dinamizaron las estructuras gubernativas preexistentes. Allí donde llegaba Napoleón, traía consigo reformas racionales y progresistas en la administración de los territorios.

Un ejemplo que se puede poner de este hecho es el de la ocupación de Bélgica por parte de las tropas napoleónicas. Allí los lazos feudales tradicionales y la división estamental de la sociedad, tan fuertes hasta el momento, se rompieron de forma que fue imposible volver a la situación previa una vez terminó el dominio de Napoleón. Esto, sin embargo, no supuso un auge directo del nacionalismo belga, puesto que cualquier sentimiento nacional existente estaba todavía ligado con el ya desaparecido Antiguo Régimen. Sin embargo, los belgas reconocieron las bondades de la nueva administración, que aseguró un sentimiento de emprendimiento y avance en los individuos, si bien pervivió la sensación del Gobierno francés como algo ajeno e impuesto que limitaba las libertades civiles. Así, lo que se puso fue la semilla de un nacionalismo moderno en el territorio belga.

Como ya se ha avanzado, Napoleón no tenía especial interés en el auge de un ideal nacionalista, si bien estuvo en todo momento preparado para usar esa aspiración siempre y cuando le sirviera para expandir su poder. De esta forma, animó en cierta medida el independentismo polaco e italiano, aunque no cesó de crear y disolver Estados y fronteras a su antojo en los territorios que dominaba. En cualquier caso, generalmente las poblaciones descontentas con su Gobierno se movían más por el rechazo a la presencia de tropas extranjeras y la lealtad a la religión y las tradiciones que por el sentimiento nacionalista entendido en su término moderno.



El imperio napoleónico en 1812

Esto cambió durante el cautiverio de Napoleón en Santa Elena, que comenzó el 15 de julio de 11815. Desde allí intentó expandir una suerte de leyenda sobre sus intenciones de promover la libertad de las naciones europeas, exponiendo sus deseos de la unidad de los pueblos de Francia, España, Italia y Alemania en naciones que a su vez compondrían una Europa sustentada por los mismos principios y leyes liberales. Sin embargo, esto respondía más a sus intereses estratégicos que a sus ideales, puesto que pretendía consolidar una Europa del sur fuerte frente a la amenaza de Rusia e Inglaterra.

Una vez que finalizó el Gobierno napoleónico sobre Francia y dio inicio su primer exilio en Elba el 11 de abril de 1814, el sentimiento nacionalista en dicho país había perdido gran parte de su fuerza. Los ciudadanos franceses estaban cansados de la guerra y decepcionados por la derrota. El Gobierno provisional, formado en abril de 1814 y encabezado por Talleyrand, instó a la población francesa a reconocer los límites de la nación, porque esta era la única forma de que Francia encontrara su grandeza. La cooperación entre los ciudadanos, la búsqueda del interés general, y no el belicismo, tenían que ser la base sobre la que se debía construir el nuevo nacionalismo francés.

Sin embargo, sus esperanzas no se cumplirían en un primer momento. Napoleón volvió a hacerse con el poder galo el 20 de marzo de 1814 con el apoyo de numerosos franceses, pero también con falta de entusiasmo y desconfianza por parte de otros. El apoyo venía de la mano, sobre todo, de todos aquellos que rechazaban la vuelta de los Borbones al trono en la persona de Luis XVIII y pretendían preservar lo alcanzado durante la revolución. Además, la invasión de territorio francés por parte de tropas extranjeras supuso la vuelta a un cierto nacionalismo belicista.

La derrota en Waterloo el 18 de junio de 1815 acabó con las esperanzas de los partidarios de Napoleón y, finalmente, supuso la vuelta de los Borbones al poder. A pesar de que Francia mantuvo sus fronteras de 1791, la caída del imperio resultó un duro golpe en el orgullo francés, cuyo sentimiento nacionalista se redujo durante muchos años a un mero odio hacia Inglaterra. El ideal liberal de una nación fundamentada en una serie de leyes igualitarias y racionales todavía tendría que esperar unos años para su generalización en Europa.

LA RESPUESTA EUROPEA

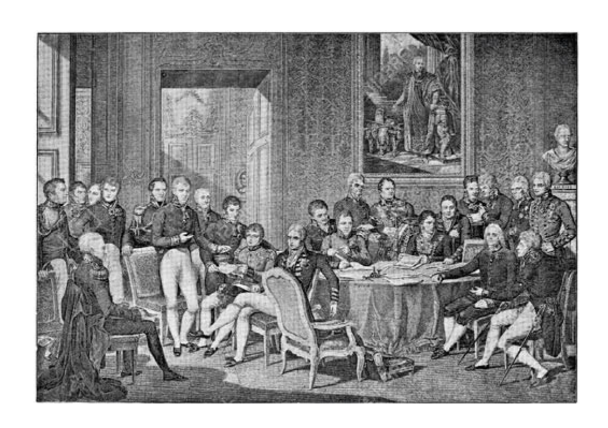
La reacción de las poblaciones de los territorios ocupados por las tropas napoleónicas fue muy dispar. En algunas zonas, como Holanda o Suiza, los ejércitos fueron bienvenidos y aclamados como portadores de la libertad. Sin embargo, la falta de libertad política pronto hizo cambiar el ánimo general hacia la hostilidad, aun a pesar de las reformas administrativas favorables introducidas. El incremento de los impuestos, la censura y el reclutamiento forzoso en los ejércitos franceses resultaron inaceptables para muchos.

El mapa europeo que encontramos en época napoleónica es muy distinto al de hoy en día. Alemania, Italia y Suiza estaban divididas en reinos, ducados y cantones, mientras que el resto de Europa Central y del Este se encontraban bajo el Gobierno de monarquías autocráticas, en cuyos

territorios vivían gentes muy diversas que no se veían como parte de una identidad colectiva que compartiese una cultura o un origen común. En muchos casos hablaban lenguas distintas y pertenecían a grupos étnicos diferentes.

La aristocracia era la clase social y políticamente dominante en el continente. Su forma de vida unía a los miembros de esta clase más allá de las divisiones regionales. Eran, sin embargo, un porcentaje muy reducido del total de la población, en su mayoría compuesta por campesinos. El crecimiento de la producción industrial y del comercio, aunque todavía incipiente, había permitido el desarrollo de clases medias burguesas y de una cada vez mayor clase trabajadora. Sin embargo, estas clases serían minoritarias hasta bien avanzado el siglo XIX. Fue entre las clases medias educadas donde las ideas de liberalismo, unidad nacional y abolición de privilegios feudales tuvieron más acogida.

Tras la derrota napoleónica de 1815, la gran mayoría de Gobiernos europeos tenían en mente una recuperación de la política conservadora tradicional. Pretendían la recuperación y el mantenimiento de la monarquía, la Iglesia y la división estamental de la sociedad, si bien en muchos casos no se buscaba un retorno total a la situación previa a la invasión de Napoleón. Era evidente que las reformas iniciadas por la administración francesa podían modernizar los países, pero también ayudar al mantenimiento de las instituciones tradicionales, puesto que permitían la creación de un Estado más fuerte y efectivo. La concepción moderna del Ejército, la burocracia y el dinamismo económico podían servir para reforzar las monarquías autocráticas en Europa.



Escena del Congreso de Viena. Grabado del retratista y miniaturista francés Jean-Baptiste Isabey realizado en 1819. En este congreso, que se desarrolló entre 1814 y 1815, las potencias europeas introdujeron un sistema de equilibrio vigente hasta 1914.

Ya el 18 de septiembre de 1814 se reunieron en Viena representantes de los principales poderes europeos al amparo del ministro de exteriores austriaco, el príncipe Klemens von Metternich. A este congreso acudieron diplomáticos desde Gran Bretaña, Austria, Prusia, Rusia e incluso desde la derrotada Francia. El resto de países europeos y Estados germánicos tuvieron en su mayoría representación, aunque su relevancia en las negociaciones fue mucho menor.

El objetivo esencial era deshacer los cambios acometidos en Europa durante las guerras napoleónicas, restaurar las monarquías derribadas y consolidar un nuevo orden conservador. La dinastía borbónica fue restituida en Francia, que además perdió todos los territorios anexionados al Gobierno de Napoleón. Además, se formó el reino de Holanda, que incluía el territorio de Bélgica; y Génova fue añadida al Piamonte. Prusia recibió importantes territorios en el oeste y Austria obtuvo el control del norte de Italia. La Confederación Germánica mantuvo su división en 39 Estados. Por su parte, Rusia recibió el control de parte de Polonia.

Los nuevos regímenes instaurados en 1815 se caracterizaron por sus tintes autocráticos. La disensión y la crítica no fueron toleradas, por lo que se generalizaron las medidas de censura en la prensa, los libros, las obras de teatro, las canciones... Se rechazaba todo aquello ligado con las ideas de libertad asociadas con la Revolución francesa. Este evento, sin embargo, perduró en la memoria y siguió inspirando a numerosos políticos y pensadores liberales, cuya ideología se mostraba cada vez más cercana a la concepción moderna del nacionalismo.

2

El nacionalismo en las independencias latinoamericanas

Causas y antecedentes

A finales del siglo XVIII encontramos cómo, entre una parte de la población criolla de Latinoamérica, es decir, aquellos descendientes de españoles nacidos en las colonias, comenzaron a calar las nociones de libertad y una suerte de protonacionalismo proveniente de la corriente del pensamiento ilustrado desarrollada en Europa. Poco a poco los habitantes de Latinoamérica fueron tomando conciencia de su situación de inferioridad respecto a la metrópoli y con ello se generalizó un sentimiento colectivo de identidad nacional.

En este sentido, la búsqueda de la libertad en su concepción liberal estuvo muy ligada al nacionalismo incipiente en Latinoamérica. Ambas tendencias fueron parte del sustento ideológico, aunque no de forma exclusiva, en el que se basaron los movimientos que comenzaron a cuestionar el sistema colonial. El rechazo por parte de la metrópolis de esta ideología todavía naciente no hizo sino agrandar las divergencias y contribuir al desarrollo del pensamiento independentista.

Por otra parte, durante todo el proceso de lucha por la independencia, se sucedieron figuras y momentos históricos que dejaron su impronta en la mentalidad colectiva de Latinoamérica, contribuyendo de forma fundamental a la conformación de una identidad común. Esta identidad, aunque en un primer momento estuviera vinculada esencialmente con la población criolla, pronto fue acogida por mestizos, mulatos, indios y afroamericanos que pretendían también la sustitución de los poderes metropolitanos que tan poco hacían por la consecución de sus derechos fundamentales.

Entre las causas que desencadenaron los procesos independentistas no se puede obviar la enorme influencia de las ideas liberales de la Ilustración, puestas en práctica durante las revoluciones americana y francesa. Estas ideas tuvieron especial incidencia sobre la clase burguesa criolla, que veía en las posturas defensoras de la igualdad, libertad, progreso y soberanía nacional un instrumento esencial para la consecución de un mayor desarrollo e independencia tanto política como económica. Por contra, desde la metrópoli se fortaleció la censura contra todo aquello que implicara una amenaza para el sistema vigente, pero esto no impidió la expansión de estas nuevas tendencias entre las clases más intelectuales.

En el caso de la guerra de Independencia de los Estados Unidos es evidente la influencia de las ideas ilustradas durante el proceso, el cual se convirtió en un ejemplo a seguir para los movimientos independentistas latinoamericanos, ya que logró un impacto

inconmensurable. Un ejemplo de este hecho es la Constitución de Venezuela de 1811, inspirada en la Declaración de Independencia y la Constitución de Estados Unidos, evidente por su marcado influjo del republicanismo liberal heredero de la Ilustración.

En lo referido a la influencia de la Revolución francesa, el caso es distinto, puesto que su impacto fue mucho más negativo sobre los ideólogos de los procesos revolucionarios. Los intereses económicos de la burguesía criolla chocaban con los postulados de igualdad entre todos los ciudadanos, que en el caso latinoamericano incluían a los indios, los negros, los mestizos y los mulatos. Además, en la colonia francesa de Santo Domingo el ambiente revolucionario llegado desde la metrópoli instigó una revuelta de esclavos que llegó desde Haití hasta Venezuela y fue percibida con gran temor por parte de los criollos burgueses que, en consecuencia, rechazaron el radicalismo francés.

A pesar de que el papel de las ideas ilustradas en el proceso independentista es el que más nos interesa en esta obra, no podemos obviar otros desencadenantes importantes. Entre ellos cabría destacar el férreo control de la metrópoli, que limitaba en gran medida las libertades en la colonia. Este control se efectuaba mediante una burocracia centralizada que impedía la actuación independiente de los municipios. Además, el control económico y los elevados impuestos tenían como fin último el beneficio de la metrópoli, lo que impedía el desarrollo de la economía en las colonias. Por último, a finales del siglo XVIII nos encontramos un Imperio español en decadencia, con escasos recursos económicos y militares que no permitían mantener el control y asegurar la subsistencia en los territorios dominados.

En último lugar, debemos mencionar el papel de una serie de revueltas previas al gran estallido independentista y que en algunos casos comenzaron a mostrar tintes protonacionalistas muy ligados al indigenismo. La primera, sin embargo, se aleja de este modelo. Es la denominada

revuelta de los comuneros de Paraguay, acontecida entre 1717 y 1735. Se debió a la protección que los indios guaraníes recibían por parte de los jesuitas frente a los abusos de los criollos terratenientes, quienes se rebelaron y fueron finalmente derrotados.

En 1730, en Cochabamba (Perú) se produjo un nuevo alzamiento protagonizado por los mestizos habitantes de las ciudades. Este se debió a una medida del Gobierno colonial que equiparaba los impuestos que debían pagar los mestizos y los indios, aunque estos últimos recibían tradicionalmente una carga mayor. Así, los mestizos urbanos se levantaron de forma violenta, en un ejemplo de segregación, según el origen de cada individuo. Finalmente, el alzamiento fracasó por falta de organización y recursos militares.

La más importante de las revueltas previas fue, sin duda, la protagonizada por el indio José Gabriel Túpac Amaru, iniciada en 1780. Su origen radica en los abusos padecidos por los indígenas en los trabajos obligatorios. Túpac Amaru se proclamó emperador en Perú y abolió este tipo de trabajos. Decretó además la abolición de la esclavitud negra, medidas que le granjearon un gran número de seguidores, pero al final la carencia de recursos y la organización de los ejércitos metropolitanos supusieron la derrota de la sublevación.

LAS GUERRAS DE INDEPENDENCIA

El evento que haría saltar la chispa del proceso independentista fue la invasión napoleónica de España y el estallido de la guerra de Independencia de 1808. En la península ibérica, las Cortes de Cádiz se proclamaron como garantes de la unidad de la nación y del poder real, pero esto no sirvió para calmar los ánimos en las colonias americanas. Estas dudaban sobre si mantenerse bajo la autoridad española representada por Cádiz, lo que podría acabar convirtiéndolas en una colonia francesa, o, por el contrario, dar comienzo a un proceso constitutivo para obtener su propio Gobierno. La administración española de las colonias

mantuvo su fidelidad a Cádiz, pero se multiplicarán los movimientos revolucionarios partidarios de la autonomía. Comienza entonces un proceso en el que, evidentemente, los sucesos de la península ibérica jugarán también un papel fundamental.

El Virreinato del Río de la Plata ocupaba los actuales territorios de Argentina, Uruguay, Paraguay y Bolivia, más algunas zonas de Brasil, Chile y Perú. En 1808 era Santiago de Liniers el gobernador militar de Buenos Aires, ciudad que había sufrido un intento de ocupación de los ingleses en 1807, repelido por el propio Liniers. Esto supuso que su figura fuese mitificada y causó el desprestigio del virrey y el resto de la administración española, que apenas participaron en la defensa ni se interesaron en la posterior reconstrucción de la ciudad. La situación llevó a los criollos a tomar conciencia de su fuerza, ya que habían sido ellos los principales combatientes frente a la invasión británica y no los peninsulares.

La llegada de noticias sobre la invasión napoleónica de España provocó un levantamiento en Buenos Aires en mayo de 1810 que consiguió la deposición y el encarcelamiento del virrey. El cabildo de la ciudad tomó el poder de forma temporal hasta que a finales del mismo mes de mayo se instituyó una Junta Patriótica, que sería la encargada de dirigir el proceso independentista. Sin embargo, no todos los territorios del virreinato aceptaron esta decisión. Montevideo y Paraguay se opusieron, de manera que comenzaron caminos diferentes. Algunos territorios del virreinato se mostraron recelosos, pero fueron sometidos a través del envío de tropas bajo las órdenes de la Junta.

En un primer momento Paraguay no confió en las posibilidades de éxito de la Junta de Buenos Aires, por lo que sus autoridades prefirieron reconocer la regencia de Cádiz. Mantuvieron, pues, su apoyo a las autoridades españolas y se vieron obligadas a defenderse frente a una ofensiva militar de las tropas independentistas. Un año después del levantamiento, en mayo de 1811, la situación dio un giro radical cuando un grupo de criollos encabezó un levantamiento que acabaría con la proclamación de la

independencia de Paraguay. En 1814 la inestabilidad de las nuevas estructuras de Gobierno provocó la deriva hacia una dictadura, a manos de uno de los principales ideólogos del independentismo uruguayo, el político José Gaspar de Francia.

En el caso de Uruguay, el rechazo al poder de la Junta de Buenos Aires no supuso su apoyo a la metrópoli, sino que devino en una declaración de su propia independencia. Sin embargo, la debilidad del proyecto y las disensiones internas provocaron el estallido de un conflicto bélico. Los dirigentes de ambos bandos fueron, por un lado, Francisco Javier de Elío, general español de ideología absolutista y presidente de la Junta de Montevideo; por otro lado, en el bando independentista, fue José Gervasio Artigas la figura que se alzó como líder. Este último obtuvo finalmente la victoria en el conflicto, lo que permitió la consolidación del proyecto independentista de Uruguay al margen de Argentina. Sin embargo, la situación duraría poco tiempo, puesto que Portugal se haría con el control del territorio. No sería hasta 1829 cuando Gran Bretaña, con importantes intereses comerciales en la zona, convencería a los Gobiernos de Argentina y Brasil para permitir la existencia de Uruguay como nación independiente.

La vuelta de Fernando VII al trono español y, en consecuencia, el retorno al absolutismo, provocó una normalización de la situación en la península ibérica que permitió el envío de tropas a América, con el obstáculo que esto supuso para el desarrollo de las independencias. En Chile, en 1810, las instituciones españolas habían sido destituidas y se había declarado la independencia, pero las tropas absolutistas españolas recuperarían el control de la zona en 1814. El principal impulso al independentismo vino desde las instituciones argentinas que tenían como objetivo la reunificación del Virreinato de la Plata como un territorio autónomo.

Con este fin, las autoridades independentistas convocaron un congreso en Tucumán (Argentina) en el que se propuso la necesidad de liberar Chile. Para ello fue enviado un destacamento dirigido por José de San Martín, general nacido en Argentina que había combatido a las órdenes del ejército español en la guerra de Independencia.

San Martín logró la independencia de Chile respecto a España en el año 1817. Un año después, el militar Bernardo O'Higgins proclamó la separación de Chile de Argentina y su definitiva autonomía, con lo que se ponía fin a la posibilidad de unión de los territorios del antiguo Virreinato de la Plata.

El proceso de independencia del Virreinato de Nueva Granada, que ocupaba los territorios de las actuales Colombia, Panamá, Ecuador, Costa Rica, Venezuela y partes de Perú, Brasil y Guyana, tiene un inicio parecido al de Río de la Plata. Su origen se encuentra en una sublevación en Caracas que depone a las autoridades coloniales y forma un cabildo revolucionario con el objetivo de gobernar el virreinato. Posteriormente será convocado un Congreso Nacional en el territorio de Venezuela, en el que se conformará un Gobierno que proclamará la independencia de dicho territorio el 5 de julio de 1811.

Con respecto al resto de territorios, se convocó un congreso para intentar alcanzar un acuerdo, pero surgieron disensiones entre las intenciones de Quito, Venezuela, Panamá y Cartagena, cuyos Gobiernos independientes no se pusieron de acuerdo a la hora de delimitar las fronteras. Esta situación permitió el avance de las tropas españolas, que acabaron retomando el control del territorio. Por su parte, en Ecuador los revolucionarios establecieron una Junta que autorizó la independencia, reflejada en la Constitución aprobada en febrero de 1812. Sin embargo, las autoridades realistas enviaron desde Perú un destacamento militar que supuso el fin de la intentona independentista.

Al igual que en Río de la Plata, la derrota francesa en la península ibérica y la vuelta al poder de Fernando VII permitieron a las tropas españolas la recuperación del control sobre el territorio de Nueva Granada. En el proceso contaron con el soporte de un elevado porcentaje de la población blanca y criolla que, ante la inestabilidad provocada por el independentismo, habían visto amenazados sus intereses.

Simón Bolívar, militar oriundo de Caracas que había encabezado las revueltas previas, dirigió un nuevo levantamiento en 1819. Ese mismo año se convocó el Congreso de Angostura, en el que se nombró a Bolívar como presidente y quedaron patentes los importantes apoyos al independentismo. Así, Bolívar conquistó en primer lugar Nueva Granada y posteriormente Venezuela, territorios que unió bajo la República de Colombia. La resistencia realista pervivió hasta 1821, confinada en la zona de Maracaibo, en Venezuela. Tras su derrota se procedió a la anexión de Panamá y Cartagena. De forma paralela a las conquistas, se procedió a la redacción de la Constitución de la Gran Colombia, publicada en 1821 bajo el signo del liberalismo. Recogía la unión de los territorios de Nueva Granada, esto es ,Colombia y Panamá; y Venezuela en un Estado independiente, el de la Gran Colombia.

El virreinato de Perú, por su parte, contaba con el mayor número de tropas españolas, por lo que fue el centro desde el cual la administración colonial se encargó de combatir el independentismo. Así, la liberación del territorio del dominio español no se consiguió hasta la colaboración entre Bolívar desde el norte y San Martín desde el sur. De esta forma garantizaban que la administración colonial no pudiese recuperar los territorios independizados.

Las tropas de San Martín fueron las primeras en actuar, al desembarcar en 1820 en la ciudad de Pisco, en Perú. Esto provocó que numerosas ciudades peruanas se sumasen al movimiento independentista, que obligo al virrey a abandonar Lima. San Martín aprovechó entonces la situación para dirigirse a la capital del virreinato y ocuparla, cesando entonces su acción frente a las tropas españolas.



Mapa de las independencias hispanoamericanas

Así, ya en 1822, tras reunirse con Bolívar en la ciudad de Guayaquil, en Ecuador, San Martín le cedió al venezolano la tarea de finalizar la expulsión de los españoles. La retirada de San Martín provocó que Lima fuese recuperada por las tropas realistas, si bien en este mismo año Bolívar iniciará la ofensiva. Con el apoyo de su lugarteniente, el político y militar, Antonio José de Sucre, se dirigió hacia Quito para terminar la conquista del territorio pretendido. La derrota definitiva del ejército español se produjo en la batalla de Pichincha en mayo de 1822, la cual permitió la anexión de Ecuador a los territorios independizados.

El sueño de Bolívar, sin embargo, duró poco. Las disensiones entre los territorios que componían la Gran Colombia —Colombia, Venezuela, Ecuador y, posteriormente, Perú y Bolivia— provocaron una progresiva disgregación. El primer territorio en separarse en 1830 sería Venezuela, que contaba con una importante presencia de población blanca que había mantenido el predominio sobre los asuntos políticos y económicos. Posteriormente ese

mismo año lo haría Ecuador bajo el liderazgo de Juan José Flores, un militar que había combatido a las órdenes de Bolívar. Así, la República de Nueva Granada, actual Colombia, se convertiría a su vez en independiente por la separación del resto de territorios.

Los primeros años de independencia de Perú y Bolivia se vieron marcados por la inestabilidad y las luchas internas entre los aspirantes a hacerse con el poder. Finalmente, Andrés de Santa Cruz, presidente de Bolivia, se hizo con el control de la situación y procedió a la unificación de ambos territorios, efectiva entre 1836 y 1839 bajo el nombre de Confederación Peruano-Boliviana. Esta entidad fue disuelta tras un ataque desde Chile y Argentina, países temerosos de la competencia que podía suponer una unión de esa magnitud. Así, a partir de 1839, Perú y Bolivia separarían sus caminos y se convertirían en países definitivamente independientes.

El caso del proceso de independencia de la zona centroamericana presenta una serie de características particulares. Su origen se encuentra en 1810 con el estallido de unas revueltas populares que se extenderían hasta 1815. Los sublevados estaban, en su mayor parte, compuestos por población indígena y a su cabeza se encontraban dos sacerdotes rurales. El jesuita Miguel Hidalgo sería el primer líder de los levantamientos hasta su fusilamiento en 1811. El mando pasaría entonces a manos de su comisionado, José María Morelos, que acabaría igualmente capturado y fusilado en 1815. Los principales puntos sobre los que se sustentaban las protestas eran el reparto de tierras, la igualdad de derechos y el cuestionamiento del dominio español. Esto era inaceptable para las élites económicas y políticas que, en alianza con la administración española, aplastaron las revueltas con el fin de mantener sus privilegios.

Estas mismas élites criollas vieron con recelo las políticas llevadas a cabo desde la metrópoli tras la proclamación en 1820 de un Gobierno liberal con el levantamiento de Riego. El rechazo a las mismas fue canalizado por Agustín de Iturbide, un militar nacido en México que había combatido para las tropas realistas frente a las sublevaciones de Hidalgo y Morelos. El 24 de febrero de 1821, Iturbide

proclamó el denominado Plan de Iguala, que defendía un Gobierno monárquico que garantizase la defensa de la religión y mantuviese los derechos, las propiedades y los privilegios de las clases altas del territorio colonial. El plan contó con el soporte de las élites mexicanas y forzó al Gobierno español a reconocer la independencia de México, establecida en el Tratado de Córdoba del 24 de agosto de 1821.

Iturbide fue nombrado presidente de la nueva nación independiente hasta 1822, cuando el Congreso mexicano aprobaría la transformación de México en una monarquía bajo el reinado del propio Iturbide, con el nombre de Agustín I. Sin embargo, Iturbide se vio incapaz de hacerse con el control del nuevo Estado y se vio obligado a abdicar el 19 de marzo de 1823. Posteriormente se exilió a Europa y el Congreso mexicano lo declaró un traidor a la patria, lo que suponía la pena de muerte. A pesar de ello, fue convencido por sus partidarios y regresó en julio de 1824, siendo inmediatamente arrestado y ejecutado.

Durante la mayor parte del proceso independentista de México, el resto de territorios pertenecientes a América Central habían mantenido su lealtad a España. Sin embargo, a partir de 1820 y con los ejemplos cercanos de México y Nueva Granada asistimos a un crecimiento del sentimiento independentista que acabaría desembocando en la formación en 1821 de las Provincias Unidas del Centro de América, que agrupaba los territorios de Guatemala, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Sin embargo, la inestabilidad de la unión se hizo patente desde el primer momento, en particular debido a la existencia de dos tendencias, una partidaria de la unión a México y otra de la autonomía total.

Finalmente, los territorios de las Provincias Unidas del Centro de América, a excepción de Costa Rica, aprobaron su anexión a México, que se hizo efectiva en 1822. Sin embargo, el devenir político de México al convertirse en monarquía provocó que ya en 1823 las repúblicas centroamericanas retornaran a su independencia. De esta manera, asistimos a lo largo de la década de 1830 a una progresiva separación de

las naciones que componían las Provincias Unidas del Centro de América. Nicaragua sería la primera, el 30 de abril de 1838. Honduras lo haría el 6 de octubre y Costa Rica el 14 de noviembre. Por último, Guatemala se separaría el 17 de abril de 1839.

En cuanto a la independencia de Brasil, debemos partir del hecho de que era una colonia portuguesa y no española, por lo que su proceso se desarrolló de forma distinta. Este comenzó en 1808 con la ocupación de Portugal por parte de las tropas napoleónicas, lo que provocó la huida a Brasil del rey Juan VI junto a su familia ayudados por la Armada inglesa. La instalación del trono en Brasil provocó un cambio administrativo, ya que la colonia se convirtió en sede del Gobierno, se abrieron sus fronteras comerciales y se establecieron allí las distintas instituciones estatales.



Grito de Ipiranga. Cuadro titulado *Indipendência ou Morte*, del pintor brasileño Pedro Américo, realizado en 1888. En él se recoge la proclama del regente Pedro en favor de la independencia de Brasil, lanzada el 7 de septiembre de 1822, conocida como Grito de Ipiranga.

La retirada de las tropas francesas de Portugal supuso el retorno de la familia real y la instalación en Brasil de una regencia, lo que provocó el rechazo popular y desencadenó una revuelta de corte liberal que reclamaba la vuelta del monarca. Con el fin de solventar la situación, Juan VI decidió dejar a su hijo Pedro la regencia de Brasil, pero esto no arreglaba el descontento ante la vuelta de dicho territorio a su estatus de colonia. Finalmente, las protestas desembocaron en la creación de un movimiento nacionalista que acabó proclamando la independencia tras el denominado Grito de Ipiranga de 1822, después del cual se

procedería a la expulsión de las tropas portuguesas. El príncipe Pedro se había aliado tanto con los independentistas brasileños como con los sectores más progresistas de la metrópoli, lo que supuso que fuera nombrado emperador del Brasil independiente.

Consecuencias sociales y políticas

El fin de los conflictos independentistas no supuso el cese de las guerras civiles ni de las tensiones sociales y políticas, vinculadas en muchos casos a cuestiones raciales. En lo referido a las consecuencias sociales, el principal cambio es, sin duda alguna, la equiparación legal de los ciudadanos y la abolición de las diferencias basadas en la raza. De esta forma, frente a las castas típicas del dominio colonial, pasamos a un sistema de clases capitalista en el que el principal elemento de distinción radica en la riqueza económica.

Sin embargo, este cambio no supuso una alteración de las divisiones reales, más allá del hecho de que ahora serían los criollos ricos los que acapararían los puestos de control estatal. Asistimos a una pervivencia de las antiguas élites sociales y económicas a la cabeza de la sociedad. Sí que es relevante el hecho de que, durante el dominio colonial, la oligarquía urbana fuera el sector dominante, si bien con la independencia los grandes terratenientes pasaron a conformar el grueso de la clase privilegiada.

Asistimos, por otra parte, a una progresiva desaparición de la esclavitud. En ciertos países este proceso se desarrolló de forma paralela al de su independencia, pero en otros las leyes abolicionistas no llegaron a ser aprobadas hasta mediados del siglo XIX. En lo referido a la población indígena, a pesar de su conversión en ciudadanos de pleno derecho, vieron cómo sus posesiones comunales eran progresivamente expropiadas por los poseedores de las grandes haciendas. Esto provocó que gran parte de los indígenas se vieran expulsados de sus tierras y comenzaran un proceso de proletarización ante la despreocupación de los Gobiernos independientes.

Es evidente que la principal consecuencia política de la consecución de las independencias fue la aparición de nuevos Estados dotados de autonomía. Sin embargo, a pesar del signo liberal de gran parte de los movimientos independentistas, muchos de los sistemas políticos de los nuevos Estados giraron hacia el autoritarismo. Entre los principales motivos de este hecho encontramos los continuos enfrentamientos bélicos que justificaban la necesidad de una autoridad fuerte que concentrase todos los esfuerzos en la consecución de la victoria. No podemos olvidar, por otra parte, que los principales líderes de los movimientos independentistas y posteriores presidentes de los nuevos Estados procedían del ejército.

Vemos, además, cómo la posibilidad de que el ambiente revolucionario diese alas a las clases populares asustaba a las élites políticas y económicas de los nuevos Estados. Ante esta situación, dichas élites abogaron por la instauración de políticas autoritarias que garantizasen la pervivencia de sus privilegios y la consecución de sus intereses.

El autoritarismo acabaría desembocando en el denominado caudillismo, es decir, la toma del poder por parte de líderes carismáticos mediante mecanismos al margen del sistema político tradicional, justificados por el apoyo que reciben por parte de gran parte de la población. Los caudillos se consideraban representantes de los deseos de la nación y los únicos capaces de solventar los problemas de la misma. Estos movimientos tenían su sustento en las élites políticas y militares y son clave para comprender el posterior establecimiento de dictaduras y el desarrollo de continuas luchas entre los distintos partidos políticos.

EVOLUCIÓN DEL NACIONALISMO TRAS LAS INDEPENDENCIAS

De forma gradual, y con importantes diferencias entre regiones, los pactos entre los distintos bandos políticos permitieron la construcción de Estados modernos, generalmente bajo la bandera del liberalismo moderado, partidario de la soberanía nacional legitimada a través de la redacción de una constitución. Sin embargo, en muchos aspectos sociales y culturales como la religión, las

tradiciones o el trato a los indígenas, el conservadurismo y el mantenimiento del sistema colonial fueron la tónica dominante ante el miedo de subvertir el orden social. En el caso de los indígenas se procuró apartarlos de la participación política mediante la adopción de sistemas de sufragio restrictivo.

Durante todo el siglo XIX se sucedieron las obras históricas y políticas que analizaban el pasado de las nuevas naciones, sus procesos de independencia y su evolución. A esto hay que sumar el desarrollo de reformas educativas y nuevas instituciones que buscaban la conformación de una conciencia nacional en un marco de liberalismo moderado, partidario del consenso y la estabilidad. El principal punto de debate oscilaba entre el rechazo de la herencia del sistema colonial y la apreciación de alguno de sus puntos positivos.

Con el paso del tiempo, la expansión de las ideas positivistas supuso la adopción del método científico como forma exclusiva de gobernar y modernizar las sociedades. Se comienzan a rechazar algunos postulados tradicionales vinculados con el enorme poder que la Iglesia todavía poseía en el subcontinente y con la herencia colonial española. Además empiezan a aparecer grupos de intelectuales que denuncian que la oligarquía dominante no poseía intereses nacionales, sino meramente particulares. Se critica a su vez la explotación y marginación de indígenas y mestizos, que comienzan a ser considerados como parte de la ciudadanía por ciertos sectores de la sociedad.

El positivismo, sin embargo, trajo también consigo un punto de vista opuesto a este último aspecto, pero basado en los mismos fundamentos. Algunos autores, especialmente en Argentina, usaron el método científico para el análisis de la conformación de la sociedad sudamericana. De sus investigaciones, que siguen la etnología, la psicología, la biología y la sociología del momento, extrajeron la idea de que la raza blanca era la única capaz de llevar el progreso a sus países y que indios, negros y mestizos suponían un lastre para este proceso, en una suerte de nacionalismo racial.

Este modelo se empezó a poner en duda a finales del siglo XIX y principios del XX. Numerosos autores comenzaron a ver la nación no como fruto de la exclusión, sino de unas raíces y unas especificidades comunes. Creen, de este modo, que la nación nunca se construirá por completo sin la participación igualitaria de blancos, mestizos e indios. Comenzó entonces un proceso de recuperación de las culturas indígenas. Se reivindican los valores propios de Latinoamérica frente al legado español y al neocolonialismo británico y estadounidense. En este sentido tiene gran relevancia la influencia del pensamiento socialista, partidario de un concepto de nación abierto e incluyente.

3

La construcción de los Estados nación en la Europa del siglo XIX

Nacionalismo en las revoluciones liberales

El liberalismo y, ligado a él, el nacionalismo se van a convertir en las ideologías triunfantes en la Europa del siglo XIX de la mano, esencialmente, de una burguesía cuyo poder económico y político va a ir en ascenso, lo cual a su vez supone una práctica hegemonía cultural dominada por esta clase. En este proceso tienen gran relevancia una serie de oleadas revolucionarias eminentemente burguesas y liberales acontecidas en 1820, 1830 y 1848, que sacudirán gran parte del territorio europeo.

Como hemos apuntado, el Congreso de Viena había restaurado el poder del absolutismo en Europa y había reconstruido, de forma arbitraria en algunos casos, las fronteras alteradas por las conquistas napoleónicas. Estas medidas fueron rechazadas por la burguesía, que veía cómo se alejaba la posibilidad de acceder al poder que les había mostrado la Revolución de 1789. Además, como ya se ha explicado anteriormente, la expansión de las ideas liberales y las conquistas napoleónicas habían despertado la conciencia nacionalista de algunos Estados europeos, hechos a los cuales debemos sumar el rechazo a las fronteras impuestas en Viena. De esta forma, liberalismo y nacionalismo son las dos bases ideológicas fundamentales sobre las que se sustentan las oleadas revolucionarias iniciadas en 1820.

Para comprender la magnitud del problema de las nacionalidades en la Europa posterior al Congreso de Viena es pertinente hacer un breve repaso al mapa del continente. Nos encontramos en primer lugar dos nacionalidades latentes divididas de la mano de Alemania e Italia. Por otro lado, son nueve los grupos nacionales sometidos a otros. Este es el caso de Irlanda, sometida a Gran Bretaña; Noruega, a Suecia; Bélgica, a Holanda; los ducados alemanes de Schleswig y Holstein, a Dinamarca; y, por último, Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania y Polonia, a Rusia. A esto hay que sumar los dos imperios multinacionales: el austrohúngaro incluía a pobladores alemanes, húngaros, checos, polacos, eslovacos, eslovenos, croatas, serbios, rumanos e italianos; y el otomano, por su parte, aglutinaba a turcos, griegos, búlgaros, serbios, albaneses y rumanos.

Una vez expuesto este panorama, es fácil comprender por qué el latente nacionalismo sufrió un enorme auge durante el siglo XIX. Este auge provocó conflictos y enfrentamientos violentos que se incluyen dentro de las mencionadas oleadas revolucionarias, si bien el éxito de los levantamientos eminentemente nacionalistas fue relativamente escaso hasta entrada la segunda mitad del siglo. Cabe, por último,

recordar que, aunque en un primer momento el nacionalismo decimonónico estaba ligado con el liberalismo y sus ideas de libertad de los ciudadanos y los pueblos, con el paso del tiempo comenzó a virar, en general, hacia el conservadurismo y el expansionismo imperialista.

La oleada revolucionaria de 1820 se extendió por la Europa mediterránea, afectó especialmente a España y sus colonias, pero también a Portugal, Nápoles, Piamonte, Francia, Rusia y Grecia. No es objeto de esta obra analizar en profundidad las características particulares de cada proceso, si bien cabe mencionar que tienen como protagonista a la burguesía liberal y que, como principal causa inmediata encontramos una crisis económica que se inicia en 1816 y se alarga hasta 1819, con el descontento social que esto conlleva. Estos conatos fueron aplastados por las todavía poderosas fuerzas de la Restauración, a excepción del caso de Grecia, que alcanzó su independencia y al que prestaremos especial atención por su eminente componente nacionalista.

En Grecia encontramos desde finales del siglo XVIII movimientos de carácter nacionalista frente al dominio otomano, azuzados por Rusia, que los apoyaba tanto por compartir el cristianismo ortodoxo como para debilitar el Imperio otomano y así ampliar su propia influencia en los Balcanes. El éxito de la Revolución francesa y la propagación de las ideas liberales y nacionalistas supusieron un importante impulso para el desarrollo de estos movimientos. Uno de los más relevantes fue la organización secreta Philiké Hetairía ('Asociación Amistosa'), fundada en 1814 con el fin de preparar la incipiente revolución y compuesta esencialmente por comerciantes enriquecidos.

Ya en 1820, el gobernador encargado de regir los territorios griegos en nombre del sultán otomano se negó a enviarle los impuestos recaudados, lo que supuso el envío de tropas imperiales en su contra. Después, en 1821 se produjo un levantamiento revolucionario con una particularidad, y es que estaba protagonizado eminentemente por campesinos, si bien rápidamente los burgueses griegos, muchos de ellos miembros de la Philiké Hetairía dirigida en

ese momento por Alexander Ipsilantis, se pusieron en la cabeza de la revuelta. El aprecio por la cultura helénica provocó que el levantamiento recibiera apoyo de aristócratas, burgueses e intelectuales provenientes de toda Europa e incluso de Estados Unidos.

El carácter liberal de l nacionalismo de Ipsilantis, encargado de dirigir la revolución desde la zona cercana al Danubio, supuso que en sus planes entrara la unión de todos los griegos bajo una misma nación, lo que conllevó el rechazo del patriarca ortodoxo Gregorio V y el enfrentamiento entre los propios independentistas. Esto sumado a las desavenencias entre griegos y rumanos revolucionarios y a la tibia intervención rusa supuso que la revuelta fracasara en su primera fase, tras su derrota a manos otomanas en la batalla de Dragashani en junio de 1821. La represión turca fue brutal e incluso Gregorio V fue ejecutado, a pesar de su oposición a la revuelta, lo que supuso que los rebeldes griegos obtuvieran más apoyo desde el resto de Europa.

A pesar del apoyo militar de Inglaterra, Francia y Rusia, el movimiento independentista combatió prácticamente en solitario, lo cual, unido a sus desavenencias internas, supuso que fuera derrotado en varios encuentros con los turcos y perdiera una parte importante de su fuerza. Además, el Imperio otomano contó con el apoyo de su principal aliado, el valí de Egipto, Mehmet Alí. La situación cambió en 1827, año en el que los dirigentes helénicos nacionalistas acercaron sus posturas, aprobaron una Constitución republicana y nombraron al conde Ioannis Kapodistrias como primer presidente de la nueva República de Grecia.

Sin embargo, las disputas internas entre los revolucionarios continuaron y no sería hasta la intervención armada de Francia e Inglaterra cuando acabara el conflicto. El 20 de octubre las flotas de estos dos países acabaron con los barcos turcos en la batalla de Navarino. Además, un ejército francés desembarcó en la Grecia continental, lo cual supuso una ayuda mayúscula para los grupos rebeldes, hasta el punto que obligó al Imperio otomano a pedir un acuerdo de paz.

A finales de 1828, embajadores de Rusia, Francia y Gran Bretaña se reunieron en Poros para discutir las fronteras de la nueva Grecia y la creación de un nuevo Estado monárquico, lo que suponía el rechazo a la Constitución republicana proclamada por los rebeldes. La creación del Estado independiente, pero bajo la protección de las tres potencias, se consumó el 3 de febrero de 1830. En 1832, tras un largo período de deliberaciones y enfrentamientos internos, la Asamblea Nacional aprobó una nueva constitución y ratificó al príncipe de Baviera, Otón de Wittelsbach, como monarca. Grecia se convertía en un Estado monárquico e independiente.

En lo referido a la oleada revolucionaria de 1830, a pesar de que en su origen, Francia tuvo un carácter eminentemente liberal, en muchas de las zonas en las que se extendieron las revueltas, el nacionalismo comenzó a cobrar un papel protagonista. En Francia la revolución estalló en el verano de 1830 debido al autoritarismo de Carlos X de Borbón. Tras varios días de barricadas este fue sustituido por Luis Felipe de Orleans, representante de una monarquía liberal moderada que estaba arropada por la gran burguesía francesa.



Otón de Wittelsbach. Hijo del rey Luis II de Baviera, Otón fue rey de Grecia de 1832 a 1862, año en que fue depuesto debido al rechazo cada vez mayor de la población griega hacia su figura. Murió en Bamberg (Alemania) en 1867.

De mayor relevancia para el tema que nos ocupa es el contagio revolucionario en Bélgica, que recordemos que se hallaba unida a Holanda tras el Congreso de Viena. Allí el levantamiento tuvo un claro componente nacionalista, pero también religioso, puesto que el clero católico belga se alió con los liberales nacionalistas frente a los protestantes holandeses. El mismo verano de 1830, alentados por lo acontecido en Francia, se inició en Bruselas un proceso revolucionario frente al dominio holandés que no pudo ser sofocado por el ejército. Así, los sublevados consiguieron constituir un Gobierno provisional que proclamó la independencia de Bélgica en octubre de 1830. Su Constitución, que instauraba una monarquía parlamentaria, tuvo un marcado carácter liberal.

En Polonia asistimos, a su vez, a un levantamiento liberal nacionalista, pero con un resultado muy distinto al de Bélgica. Además, el caso polaco presenta unas características particulares, puesto que las revueltas fueron iniciadas en Varsovia en noviembre de 1830 por parte de un grupo de jóvenes oficiales del Ejército que conspiraban para sacudirse el dominio ruso y alcanzar una Polonia independiente. Rápidamente buena parte de la sociedad polaca respaldó el levantamiento que en la práctica acabó convirtiéndose en un verdadero enfrentamiento militar contra el ejército ruso. La superioridad de este, sin embargo, supuso la derrota de los sublevados y el inicio de un proceso represivo de gran dureza. A pesar del latente nacionalismo, Polonia no obtendría su independencia hasta después de la Primera Guerra Mundial.

En el Imperio alemán asistimos al enardecimiento de las aspiraciones liberales y nacionalistas de algunos Estados que lo componían. En Hambach, en 1832, se llevó a cabo un acto reivindicativo a favor de la liberalización política y la unificación nacional alemana que acabó desembocando en una manifestación en la que se produjeron disturbios y detenciones. Fueron varios los sucesos de estas características que se sucedieron en el territorio alemán durante este período, generalmente protagonizados por jóvenes estudiantes liberales y normalmente reprimidos con dureza. Este sentimiento nacionalista liberal fue, sin embargo, canalizado por Prusia hacia la constitución de una Unión Aduanera o Zollverein en 1834, a la que se fueron sumando los distintos Estados y que sirvió de base para los movimientos que reivindicaban la unidad nacional.

También alrededor de 1830, e inspirados por lo acontecido en Francia, tomaron fuerza los movimientos liberales nacionalistas partidarios de la unificación italiana que emprendieron una serie de rebeliones en distintos territorios de la península. Estos movimientos estaban además apoyados por el duque de Módena, Francisco IV, que desde 1826 había dejado clara que su ambición era la de ampliar su territorio y reinar sobre el norte de Italia. Las principales revueltas se dieron en 1831 en la zona de los Estados centrales (Parma, Módena y Romaña), donde se

enfrentaron al papado y proclamaron un Gobierno provisional que establecía la unificación de la nación italiana. Estas revueltas fueron sofocadas con la ayuda de Austria, pero dejaron un poso nacionalista que facilitó la posterior unificación definitiva.

La oleada de 1848, también conocida como Primavera de los Pueblos, es, quizá, la más relevante de las tres. En ella, junto al liberalismo y al nacionalismo, aparecen las primeras muestras de manifestaciones obreras, las cuales, si bien en un principio compartirán barricadas con la burguesía, pronto serán vistas con rechazo y temor por dicha clase social. En su origen, más allá de las reivindicaciones liberales frente al absolutismo y la carencia de libertades, encontramos también una importante crisis económica. Cabe mencionar, además, la importante fractura que sufre el liberalismo entre sus vertientes conservadora y progresista.

Una vez más, el inicio de la oleada revolucionaria se ubica en Francia, donde la monarquía de Luis Felipe de Orleans había aupado en el poder a la gran burguesía y apartado a la pequeña, ahora aliada de una clase obrera miserable, pero cuyo número de miembros no paraba de crecer. La revuelta estalló en febrero de 1848 y consiguió la caída de Luis Felipe I, cuando instauró la Segunda República, un nuevo régimen de carácter democrático y con un marcado interés social. Sin embargo, este sistema tomaría un cariz marcadamente moderado tras las revueltas obreras de junio de ese mismo año, que fueron duramente reprimidas. En diciembre, Luis Napoleón Bonaparte sería elegido presidente y acabaría convirtiendo la República en el Segundo Imperio, de carácter nacionalista autoritario.

En los territorios que componían la Confederación Germánica, las revueltas estallaron en marzo de 1848. Se proclamaron una serie de Gobiernos liberales en los distintos Estados y el Parlamento federal concretó la preparación de un texto constitucional para la unión del territorio, fin para el que, asimismo, instó a los Estados a la convocatoria de elecciones. El Parlamento constitucional, reunido en Fráncfort, redactó una constitución destinada a la consecución de una Alemania unificada bajo un Gobierno monárquico constitucional. Sin embargo, los príncipes soberanos de los territorios alemanes no aceptaron dicha

constitución y disolvieron el Parlamento. En este contexto asistimos, además, a una serie de revueltas nacionalistas protagonizadas por los alemanes habitantes de los ducados daneses de Schleswig y Holstein, y que desembocaron en una intervención militar de Prusia, que analizaremos con más profundidad en el apartado dedicado a la unificación alemana.

De gran relevancia para esta obra son las revueltas acontecidas en el Imperio austriaco y sus territorios dependientes, debido a su marcado componente nacionalista derivado de las múltiples minorías étnicas que componían el Imperio. Estas minorías (alemanes, italianos, húngaros, serbios...) se hallaban en muchos casos en proceso de formación de sus propios Estados nación y contaban con reivindicaciones de independencia, autonomía o hegemonía que chocaban tanto entre sí como con el ente superior que conformaba el Gobierno imperial. En este apartado no mencionaremos las revueltas vinculadas con el proceso de unificación italiano, ya que cuenta con su propio epígrafe posterior.

De todas las revueltas sucedidas en el seno del Imperio austriaco, la más relevante es la que tuvo su núcleo en Hungría, puesto que en la práctica desembocó en una guerra por la independencia de este territorio. Este proceso revolucionario, iniciado el 15 de marzo de 1848, se convirtió en uno de los referentes del nacionalismo húngaro. Su origen se encuentra en un grupo de intelectuales, liderados por el poeta Sándor Petöfi, que redactaron un texto de 12 puntos para conseguir mayor independencia respecto al Imperio y fueron rápidamente apoyados por burgueses liberales en su mayoría.

De forma poco violenta, el levantamiento permitió la constitución de un Gobierno autónomo húngaro dentro del Imperio, dirigido por el reformista Lajos Kossuth y con Lajos Batthyány como primer ministro. Esto no fue aceptado por el Gobierno imperial de Francisco José I y dio comienzo una guerra por la independencia. En ella, los húngaros no solo se enfrentaron contra las tropas austriacas, sino que además contaron con la oposición de las minorías serbias, croatas, eslovacas y alemanas que habitaban en el territorio de

Hungría y poseían sus propias reivindicaciones nacionales frente a un presumible dominio de la etnia magiar. La guerra finalizó con la victoria imperial a finales de 1849 y conllevó un importante proceso represivo y de germanización en el territorio húngaro.

Por su parte, en la región de Voivodina, también bajo dominio austriaco, encontramos un levantamiento protagonizado por los nacionalistas serbios habitantes de la zona. En mayo de 1848, estos organizaron una asamblea que, si bien no poseía un carácter independentista, envió una solicitud de autonomía al Gobierno de Viena. Dicha solicitud fue aceptada de forma pacífica y desembocó en la fundación de una nueva provincia en el Imperio, bajo la denominación de Voivodato de Serbia y Banato de Tamis. Cabe mencionar, sin embargo, que la gran mayoría de serbios se hallaban todavía bajo el dominio del Imperio otomano.

La última de las revueltas inscritas en la oleada de 1848 que vamos a abordar es la acontecida en el territorio de Valaquia, al sur de la actual Rumanía. Esta zona se hallaba bajo un Gobierno impuesto por el Imperio ruso, contra el cual se llevó a cabo un levantamiento nacionalista liberal liderado por jóvenes intelectuales y bajos cargos militares. A pesar de sus primeros éxitos y de conseguir la proclamación de un nuevo Gobierno el 9 de junio de 1848, los sublevados comenzaron a mostrar importantes disensiones internas entre conservadores y radicales. Rusia se negó a reconocer el nuevo ejecutivo, que sería disuelto prácticamente sin violencia en septiembre. A pesar de su aparente fracaso, sin embargo, este suceso permitió la conformación de una conciencia política nacional que permitiría la posterior consecución de la independencia rumana tras la unión de Moldavia y Valaquia en 1859.

La unificación alemana

Sin duda alguna, los éxitos más destacados del nacionalismo europeo en el siglo XIX se sucedieron entre las décadas de 1850 y 1870, cuando asistimos a la conformación de dos Estados nación unificados, Alemania e Italia, cuyos territorios estaban previamente ocupados por un grupo de

Estados independientes. El caso alemán presenta la particularidad de que existía una cierta concepción de unidad nacional previa, que tiene sus orígenes en el Sacro Imperio Romano Germánico de época medieval. Los territorios alemanes presentaban a mediados del siglo XIX un panorama de expansión económica generalizada y disponían, además, de un Ejército moderno que favoreció el proceso de unificación.

La primera fase de la unidad alemana se extiende entre 1815 y 1848, aunque ya antes la ocupación francesa por parte de las tropas napoleónicas había favorecido el desarrollo de una incipiente conciencia nacional aglutinada en torno a Prusia. Tras el Congreso de Viena (1814-1815), el territorio alemán se encontraba dividido en treinta y nueve Estados que componían la Confederación Germánica. Encontramos cinco reinos (Baviera, Hannover, Sajonia, Wutemberg y Prusia); veintinueve ducados, grandes ducados o principados; cuatro ciudades libres y, por último, los territorios del Imperio austriaco. Como ya se ha avanzado, estos territorios alcanzaron, generalmente, un elevado grado de expansión demográfica y económica, plasmada esta última en la construcción de numerosas líneas de ferrocarril y en la creación de bancos.

Asistimos ya desde finales del siglo XVIII a una exaltación generalizada del sentimiento nacional alemán por parte especialmente de intelectuales, artistas y políticos. El dramaturgo y poeta Friedrich Schiller (1759-1805) expuso en sus dramas una reivindicación directa de la emancipación de la nación alemana. El filósofo Ernst Morlitz Arndt (1769-1860) se encargó de defender un nacionalismo basado en la unidad lingüística y los límites geográficos. El también escritor dramático Heinrich von Kleist (1778-1811) fundó un diario en 1810 para reivindicar el nacionalismo alemán frente a la ocupación francesa. Son, por último, de gran relevancia las figuras de Fichte y Herder.

Cabe recordar lo expuesto en el apartado anterior con respecto al carácter nacionalista con el que contaron las revueltas de 1830 en los distintos Estados germánicos. Durante este período, además, asistimos a la propagación del liberalismo y el nacionalismo por parte de algunas de las

principales universidades alemanas, como las de Bonn, Jena, Heidelberg o Kiel, que acogieron a un gran número de intelectuales partidarios de dichas ideologías.

El territorio austriaco había contado con el predominio del movimiento nacional alemán desde 1815, pero va a ser progresivamente desplazado por parte de Prusia, cuya burguesía y élite política se va a mostrar como firme partidaria del progreso y la unificación. Asistimos a un potente desarrollo económico encabezado por Prusia que se fundamenta en la industrialización, especialmente en las zonas del Ruhr, Silesia y Berlín y sus alrededores; en el aumento de las líneas de ferrocarril y en el inicio en 1834 del desarrollo de la Unión Aduanera o Zollverein, garante del libre comercio entre los distintos Estados alemanes.

Tras la Unión Aduanera asistimos a la segunda fase del proceso de unificación, que abarca los años comprendidos entre 1848 y 1862. Se inicia con una serie de movimientos revolucionarios ya adelantados en el apartado anterior, pero en los que conviene profundizar brevemente. Estos tienen su momento de partida en marzo de 1848 y rápidamente se extenderían por los Estados de Baviera, Baden, Hannover, Sajonia y Prusia. Sus primeros éxitos radicaron en la obtención de ciertas concesiones y, sobre todo, en la aparición de Ministerios de corte liberal. Poco después, en el mes de mayo, se consigue la reunión del Parlamento de Fráncfort, compuesto por representantes procedentes de los Estados que componían la Confederación Germánica y, en su mayor parte, de ideología nacionalista liberal moderada.

Sin embargo, desde el primer momento se hicieron patentes las disensiones internas entre los partidarios de la unidad, en particular entre los defensores de una Gran Alemania que contaría con Austria y los que optaban por una Pequeña Alemania que excluyese a Austria y estuviese encabezada por Prusia. A su vez, encontramos discusiones respecto a la forma del nuevo Estado entre autoritarios, liberales, demócratas, centralistas o federales. De esta forma, el Parlamento se reveló como un órgano infructuoso a la hora de organizar el proceso de unificación alemán y a finales de año dejó patente su incapacidad de imponer su autoridad sobre los distintos Estados.

A lo largo de los meses finales de 1848 vivimos el estallido de una nueva oleada revolucionaria, esta vez con un marcado carácter popular tanto en las ciudades como en el campo. A principios de 1849 se realizan, incluso, reclamaciones democráticas de corte obrerista basadas en las ideas de Karl Marx y Friedrich Engels, que en febrero de 1848 habían publicado el *Manifiesto Comunista.* Ante esta situación, el Parlamento de Fráncfort se vio incapaz de reaccionar, ya que sufría las presiones tanto de los movimientos revolucionarios como de los sectores más reaccionarios del Estado. La situación desembocaría en su disolución en mayo de 1849.

Se imponen entonces las fuerzas de la reacción, lo que no impidió que los territorios alemanes vivieran hasta 1862 un período de importante desarrollo económico e industrial. Austria se mantendrá como principal representante de las tradiciones y defenderá el conservadurismo, pero Prusia acogerá a las fuerzas defensoras de la unificación nacionalista y liberal, a las cuales intentará desproveer de sus componentes demócratas e incluso socialistas. Durante los años 1851 y 1852 se completó la Unión Aduanera entre todos los Estados de la Confederación y en 1861 llegó al trono de Prusia Guillermo I, firme partidario de la unificación, que nombró a Otto von Bismarck como su canciller.

Comienza entonces una tercera fase del proceso de unificación que llega hasta 1870. Estará marcada por las directrices políticas de Bismarck, cuyo objetivo era alcanzar la unidad alemana bajo el predominio de Prusia y excluyendo a Austria. Para ello establecerá un Gobierno fuerte que hará oídos sordos a las peticiones de la oposición liberal. Además, reorganizará y modernizará el Ejército prusiano, al convertirse en uno de los más poderosos del continente. En el campo diplomático, se encargó de garantizar que Francia y Rusia se mantuvieran neutrales, pero favorables a Prusia y así aislar a Austria, a la que además quería comprometer a ojos de la sociedad alemana con el fin de justificar su exclusión del proceso de unificación.



Mapa de la unificación alemana

Para conseguir cumplir los objetivos de sus políticas, Bismarck se vio obligado a participar en tres conflictos bélicos que se sucederían entre 1864 y 1871. El primero sería la denominada guerra de los Ducados, desarrollada entre 1864 y 1865, en la cual Prusia y Austria como aliados se enfrentarían a Dinamarca para conseguir la anexión al proceso de unificación de los ducados de Schleswig y Holstein, como así consiguieron. Al año siguiente, Prusia se enfrentó a Austria ante la neutralidad de Rusia, Francia e Inglaterra y el apoyo de los territorios italianos deseosos de librarse del dominio austriaco sobre Venecia. Bismarck usó como excusa la proposición de crear un Parlamento alemán que se elegiría mediante sufragio universal, algo a lo que Austria evidentemente se negó y procedió a abandonar las negociaciones referentes a los ducados daneses obtenidos en el conflicto previo. Así, Prusia respondió mediante la ocupación militar de Holstein, bajo control austriaco, lo cual desembocó en una declaración de una guerra que duraría menos de un mes, hasta la derrota austriaca en la batalla de Sadowa.

El último de los conflictos sería la guerra franco-prusiana desarrollada entre los años 1870 y 1871, en la que participaron de forma unida todos los Estados alemanes de la Confederación bajo el liderazgo prusiano. Los franceses fueron derrotados en las batallas decisivas de Gravelotte y Sedan, que provocaron la caída del imperio de Napoleón III en Francia y la anexión de los territorios de Alsacia y Lorena.

Tras el fin de los conflictos, la unificación alemana se culminó en 1871 con la proclamación del Segundo Imperio alemán y la coronación como emperador de Guillermo I. Además, la victoria sobre Francia permitió la anexión alemana de los territorios franceses de Alsacia y Lorena. Como consecuencias de este proceso encontramos una aceleración de la industrialización alemana, una cultura y educación unificadas y una hegemonía europea del nuevo Estado basada en complejos sistemas de alianzas, en el aislamiento de Francia y en la conformación de un potente ejército.

La unificación italiana

En Italia nos encontramos, a diferencia del caso alemán, con un problema añadido y es que parte del futuro territorio nacional se hallaba bajo el dominio de poderes extranjeros. En particular, los Estados de Lombardía y Venecia estaban sometidos al Imperio austrohúngaro que, a su vez, mantenía una importante influencia sobre los ducados independientes de Parma, Módena y Toscana. Aparte de estas entidades, en la geografía italiana aparecen: el reino de Piamonte-Cerdeña al norte como principal director del proceso de unificación, los Estados Pontificios regidos por el papa y, por último, el reino de las Dos Sicilias, independiente y bajo la soberanía de los Borbones.

Otra diferencia de gran relevancia entre el proyecto unificador alemán y el italiano radica en que este último parte de un concepto puramente geográfico, puesto que nos tendríamos que remontar a la antigua Roma para encontrar una suerte de unidad política en la península itálica. Sin embargo, al igual que en Alemania, el impacto de la

Revolución francesa y las invasiones napoleónicas, con la generalización de las ideas nacionalistas que esto conlleva, favorecieron ya desde 1815 el desarrollo de una corriente de pensamiento partidario de la unión del territorio italiano en una sola nación.

El origen del proceso de unificación italiano se encuentra, pues, en una fase que parte de 1815 y se extiende hasta 1849. En ella se suceden las distintas revoluciones liberales que serán reprimidas por las fuerzas de la reacción encabezadas por Austria, como miembro de la Santa Alianza. Esto provocó el exilio de numerosos republicanos italianos, sobre todo hacia las ciudades de París y Londres, donde se refuerza el sentimiento nacionalista de la mano de un movimiento cultural que llevaría el nombre de Risorgimento. Así, asistimos a una toma de fuerza de la idea de una Italia unida. En este momento jugaron un papel importante para la expansión del nacionalismo una serie de sociedades secretas liberales cercanas a la masonería y formadas en general por medianos y pequeños burgueses.

En los años treinta y cuarenta se formulan los diversos proyectos para lograr la unidad. En 1830, el periodista y político Giuseppe Mazzini fundó una organización paramilitar denominada Joven Italia. Mazzini era partidario de una república unitaria, democrática y centralista que se liberase del dominio austriaco. Entre sus partidarios encontramos a Giuseppe Garibaldi, que con el tiempo se convertiría en uno de los principales protagonistas de la unificación. El sacerdote Vincenzo Gioberti, por su parte, defendía la unidad de Italia bajo una república federal liderada por el papa. Por último, el rey del Piamonte, Victor Manuel II, y su súbdito Camillo Benso, conde de Cavour, fueron los principales partidarios de la unión de Italia en una monarquía constitucional.

Como ya hemos avanzado al hablar de los nacionalismos en la revoluciones liberales, en 1831 se produjeron una serie de revueltas protagonizadas por el duque de Módena en alianza con los Estados centrales, que se enfrentaron al Papado y al Imperio austrohúngaro, pero que fueron

rápidamente sofocadas. El verdadero motor del proceso de la unificación se encuentra en el reino de Piamonte-Cerdeña, donde el liberalismo había calado profundamente y en el que además se contaba con una burguesía en expansión.

En 1848 se produjo una sublevación nacionalista en los territorios de la Lombardía y el Véneto contra el dominio austrohúngaro que fue duramente reprimida. El entonces rey de Piamonte-Cerdeña apoyó la sublevación y, en defensa del liberalismo, proclamó en su reino ese mismo año un estatuto que dividía el poder entre el monarca y dos cámaras parlamentarias. Las derrotas frente al Imperio austrohúngaro, sin embargo, le obligaron en 1849 a abdicar en su hijo, Víctor Manuel II, que se convertiría desde entonces en el principal protagonista del proceso de unificación. En los Estados Pontificios y en el reino de Nápoles también fracasaron una serie intentos revolucionarios llevados a cabo durante el mismo período de tiempo.

Entre 1849 y 1859 asistimos a una fase de preparación encabezada por Víctor Manuel II de Saboya, apoyado por su ministro, el conde de Cavour. Se caracteriza por la aplicación de una política realista fundamentada en la necesidad de expulsar a los austriacos si se pretendía alcanzar la unificación. Para ello se recurrió a la alianza con Francia y al impulso económico basado en la construcción de líneas de ferrocarril y en la adopción de políticas librecambistas.

Tras este período de relativa calma, la unificación se completó en prácticamente dos años, hasta su consecución en 1861. Son tres los sucesos más importantes que marcarán el devenir de esta última etapa del proceso que llevaba a la unidad.

El primero es el conflicto contra Austria de 1859, en el que los piamonteses contaron con el apoyo de Francia. Las derrotas austriacas en Magenta y Solferino permitieron la anexión de la Lombardía a la soberanía piamontesa, pero Venecia todavía se mantuvo bajo dominio austriaco.

El segundo de los sucesos fue la anexión al Piamonte de la zona central de Italia, conseguida en 1860. Esta fue aprobada por los ducados de Parma, Módena, Toscana y la Romaña mediante la celebración de plebiscitos. Con el fin de asegurar la neutralidad de Francia, se firmó ese mismo año

el Tratado de Turín, que suponía la soberanía francesa sobre Niza y Saboya. Tras la unión de los territorios, que tomarían el nombre de reino de la Alta Italia, se eligió un Parlamento común a los mismos.

El mismo año de 1860 se produce el último de los sucesos relevantes, la anexión del sur de Italia. Cavour apoyó al republicano Garibaldi en su expedición a Sicilia al mando de un grupo de voluntarios, en su mayoría burgueses, para ayudar a los venecianos en su oposición a Francisco II, entonces rey de Nápoles. Garibaldi conseguiría entrar en Nápoles en septiembre, dando fin así al dominio borbónico del reino de las Dos Sicilias. Mientras tanto, un ejército piamontés se encaminaba hacia el sur a través de los Estados Vaticanos. La unión de Nápoles y Sicilia al Piamonte se realizó mediante la celebración de un plebiscito. Garibaldi reconoce entonces a Víctor Manuel II como rey legítimo de Italia. Por último, en noviembre se segregarían de los Estados Pontificios y se unirían al Piamonte los territorios de las Marcas y Umbría.

Así las cosas, se reuniría por primera vez en marzo de 1861, en Turín, el Parlamento italiano, compuesto por diputados procedentes de todas las regiones del recientemente unificado reino. En él Víctor Manuel II sería proclamado rey de Italia, que quedaba unida como una monarquía bajo el control de la dinastía Saboya. El ministro Cavour sería el encargado de encabezar un nuevo Gobierno que se enfrentaba a los desafíos de consolidar el nuevo Estado, tanto en cuestiones internas como ante las potencias externas. Comienza entonces un período basado en la búsqueda del reconocimiento diplomático, la unificación de las entidades administrativas de las distintas regiones y la toma de medidas para el desarrollo económico generalizado.

La conclusión del proceso de unificación no llegaría hasta 1870, en un período plagado de dificultades. La anexión de Venecia se obtendría mediante el apoyo de Italia a Prusia en la guerra frente a Austria en 1866. Tras la victoria prusiana, los austriacos se vieron obligados a abandonar de forma definitiva la península itálica y Venecia pasó a formar parte del reino de Italia.

Todavía más compleja es la cuestión romana. El nuevo reino italiano tenía como objetivo convertir Roma en su capital, pero el entonces papa Pío IX no estaba dispuesto a ceder la soberanía de Roma y la región del Lacio. Además, en el contexto internacional, contaba con el apoyo de Napoleón III, deseoso de ganarse el apoyo del catolicismo francés. El estallido de la guerra franco-prusiana en 1870 obligó a Napoleón III a retirar las tropas francesas que guardaban Roma. Su derrota, sin embargo, lo obligó a abdicar en septiembre de ese mismo año. Esta situación fue aprovechada por el Gobierno italiano, que contaba además con el apoyo de gran parte de la opinión pública. Procedió entonces a enviar su ejército a Roma que sería ocupada a pesar de las protestas de Pío IX, quien intentó dar una imagen de prisionero en el propio Vaticano. Finalmente, el 2 de octubre de 1870 se realizó un plebiscito mediante el cual se aprobó la anexión de Roma y en 1871 fue proclamada como capital de Italia. Se da por concluida entonces la unidad territorial de la península itálica.



Mapa de la unificación de Italia

Sin embargo, la cuestión romana seguirá siendo fuente de controversias hasta el acuerdo de Letrán, firmado por el papa Pío XI y Mussolini en febrero de 1929 y por el que se establecía la situación actual de la Ciudad del Vaticano. Pero este no fue el único problema al que tuvo que hacer frente el nuevo Estado. Nos encontramos, a excepción de en la zona norte, con un Estado atrasado política y económicamente en comparación con las grandes potencias europeas. La clase burguesa, gran protagonista del siglo XIX, apenas tenía presencia en el sur de Italia. La instauración del nuevo sistema liberal fue en extremo complicada y acabó desembocando en un sistema caciquil y corrupto que protagonizó la política italiana hasta bien entrado el siglo XX.

INCIDENCIA DEL NACIONALISMO EN LOS CONFLICTOS BÉLICOS DE LOS BALCANES DURANTE EL SIGLO XIX

Cuando hablamos de nacionalismo contemporáneo, los Balcanes son una de las zonas que, seguramente, primero se nos viene a la cabeza. La diversidad étnica, cultural y religiosa de esa zona ha provocado continuos conflictos nacionalistas que han enfrentado a las distintas zonas que la habitan, tanto contra enemigos comunes como entre sí. Los territorios de la zona de los Balcanes estaban sometidos desde la Edad Media al Imperio turco, que los sojuzgaba sin concederles apenas derechos.

En primer lugar, ya hemos comentado el desarrollo de la guerra de Independencia de Grecia como primer gran triunfo de un movimiento nacionalista en Europa. Sin embargo, ya en 1804 encontramos en Serbia una primera insurrección frente al dominio otomano y que no fue reprimida, con gran dureza, hasta 1813. Dos años después, el príncipe Milos Obrenović encabezó un nuevo levantamiento, aplacado en 1817, pero este supuso que se le ofreciera a Serbia una cierta autonomía bajo la soberanía turca. Nuevas protestas conllevaron la ampliación de dicha autonomía mediante dos decretos en 1830 y 1833.



Milos Obrenović. El príncipe Milos (1780-1860) fue el primer mandatario de una Serbia autónoma después de dirigir dos sublevaciones contra los otomanos. Sin embargo, su carácter autoritario provocó a su vez el rechazo, en diversas ocasiones, del pueblo serbio.

Desde entonces asistimos al crecimiento de poderosas fuerzas nacionalistas y separatistas en el resto de los países eslavos de los Balcanes. Estos movimientos fueron alentados por Rusia y Austria, con el fin de socavar la influencia del Imperio otomano en la zona, si bien la desconfianza y la tensión entre las tres potencias instaba a actuar con prudencia. La inestabilidad política y los conflictos de intereses marcarán desde entonces el devenir de los Balcanes, siempre bajo una vigilancia estrecha de las potencias europeas.

Como ya hemos avanzado, los serbios de la Voivodina llevaron a cabo una sublevación frente al dominio austriaco en 1848, mediante la cual lograron la autonomía, que volvió a desaparecer en 1860, cuando pasaron a formar parte del reino de Hungría. En la Serbia autónoma dentro del Imperio otomano encontramos nuevas revueltas en 1862 que,

auspiciadas por las potencias europeas, consiguieron la expulsión de los soldados turcos en 1867. Los políticos serbios proclamaron una nueva constitución que suponía la independencia del país, reconocida finalmente por las potencias internacionales en el Congreso de Berlín de 1878.

En el territorio búlgaro, por su parte, se consolidó durante el siglo XIX un movimiento nacionalista contra el dominio turco. El primer levantamiento, en 1876, sufrió una terrible represión, pero la intervención rusa permitió que se consiguiese la independencia en el Congreso de Berlín. Esta independencia, sin embargo, implicaba todavía la soberanía nominal otomana y la división del país en dos partes; al norte un principado autónomo (Bulgaria danubiana) pero tributario de Turquía y al sur una provincia otomana (Rumelia Oriental), que finalmente se reunificaron en 1885.



Veliko Tarnovo, la antigua capital del reino búlgaro medieval, donde en 1879 se aprobó la primera Constitución del nuevo reino

La Constitución monárquica, después de cinco siglos de dominio otomano, fue aprobada en Veliko Tarnovo en el año 1879. Fue coronado príncipe el alemán Alejandro de Battenberg, sobrino del zar ruso Alejandro II. La proclamación de monarcas conservadores patrocinados por las potencias europeas pero carentes de legitimación histórica fue una tónica común en los nuevos países independientes, lo cual supuso, en muchos casos, su debilidad e inestabilidad política y la insatisfacción de los movimientos nacionalistas.

Dentro del plano político búlgaro había dos bandos. Los liberales eran partidarios de las reformas, de una política democrática, de la expansión territorial y de una política antirrusa. Los conservadores, por su parte, eran defensores de mantener el orden social anterior, de la estabilidad territorial y de la colaboración con Rusia. Alejandro I se apoyó primero en los liberales y, como ya se ha anticipado, consiguió la anexión pacífica de Rumelia (1885) y vencer a los serbios, temerosos del expansionismo búlgaro, en Slivnitsa (1885), pero su política antirrusa provocó una conspiración conservadora. Tras varios conflictos internos fue depuesto en 1886. Para sustituirlo se eligió a otro príncipe alemán, Fernando de Sajonia-Coburgo, apoyado por los conservadores. En 1908 Fernando I declaró la independencia total respeto a Turquía y se autoproclamó zar.

En el siglo XIX se consolidó en Rumanía un movimiento nacionalista contra el dominio nominal turco, ya muy débil desde 1829, cuando los rusos vencieron a los turcos en la zona y establecieron una administración militar. En 1848 asistimos por parte de los rumanos de Valaquia a una sublevación frente a ese dominio, explicada en mayor profundidad en nuestra reflexión sobre los nacionalismos y las revoluciones liberales. En los decenios siguientes Rusia, Austria y Turquía mantuvieron el *statu quo*, en contra de los deseos unitarios de los rumanos y en la paz de París de 1856, que puso fin a la guerra de Crimea tras la derrota rusa, las grandes potencias impusieron la división en dos Estados. Los rumanos sortearon dicha división porque eligieron como príncipe en los dos a Alejandro Cuza en 1859, que unió ambos territorios en 1862 sin oposición por parte del resto de naciones europeas.

Cabe, por último, finalizar este apartado haciendo referencia al movimiento nacionalista del pequeño territorio de Montenegro, cuyos habitantes llevaban desde el siglo XVII luchando frente al dominio turco, que nunca consiguió el control total de la región. En 1861, al calor del nacionalismo imperante en todos los Balcanes, el príncipe montenegrino

Nicolás I declaró la guerra al Imperio otomano. Los primeros años del conflicto fueron complicados para los independentistas, pero el apoyo ruso y serbio permitió que en el Congreso de Berlín de 1878 se reconociera la nueva nación independiente de Montenegro.

4

Nacionalismo e imperialismo

El nacionalismo detrás del imperialismo

A pesar de las dificultades a la hora de encontrar una definición precisa del término «imperialismo», este concepto se suele referir a la dominación por parte de naciones o pueblos sobre otros considerados más débiles. El proceso de expansión imperial global llevado a cabo desde fines del siglo XIX, esencialmente, por las potencias europeas y, más adelante, por Estados Unidos y Japón se debe a varios motivos. Quizá el considerado más relevante por los investigadores es el económico, puesto que Europa necesitaba nuevos mercados y recursos para continuar con la expansión productiva provocada por la Revolución Industrial.

Sin embargo, en este proceso imperialista jugaron también un papel importante cuestiones ideológicas entre las cuales se encuentra la influencia del nacionalismo. No es objeto de esta obra analizar en profundidad las causas y consecuencias de la expansión imperialista, por lo que nos centraremos en la relevancia del nacionalismo en la misma.

Desde un primer momento, imperialismo y nacionalismo se retroalimentaron, de forma que los sentimientos nacionalistas de las grandes potencias europeas instaban a la búsqueda y conquista de nuevos territorios, cuya consecución volvía a impulsar en la metrópoli los ánimos nacionales. Además, las conquistas coloniales supusieron la aparición de nuevos héroes y mitos; aventureros y conquistadores que pasaron a formar parte del folclore nacional de los países europeos.

El imperialismo está muy ligado a la idea nacionalista de que cada nación tiene su misión, un objetivo por el cual tiene un lugar en la Tierra. En este caso, el objetivo del imperialismo es llevar la civilización y el progreso a aquellas naciones que carecen de ellos, aunque como es bien sabido esto resultó al final una mera excusa para la expansión económica de las potencias y el saqueo de los territorios colonizados. De esta forma, las naciones europeas trazaron una línea muy marcada entre ellos, la nación civilizada, y los nativos y aborígenes «sin civilizar», llegando muchas veces a extremos de violencia racial terrible como en el caso de Leopoldo II de Bélgica y su actuación sobre el Congo.

Este proceso de expansión imperial sirvió para, a través de la propaganda, alentar a las masas a identificarse con unos Estados que se mostraban en expansión y superiores a cualquier otro. Así, el imperialismo y el nacionalismo justificaban y legitimaban el sistema social y político liberal conservador que primaba en la Europa del momento. El propio Hobsbawm en *La era del Capital, 1848-1875* sostiene que la idea de superioridad que sostiene la expansión imperial y que se vincula con las creencias nacionalistas tuvo una muy buena acogida entre el tercer estado y, en particular, entre las clases medias.

Encontramos pues, en conclusión una competencia entre los países europeos: si unos tienen colonias, otros también las quieren. La emulación en la época de los nacionalismos llevará a las naciones europeas a una carrera nacionalista. Un país sin colonias no tiene prestigio y por eso los políticos defienden el colonialismo. Los estadistas europeos asociaron el estatus de gran potencia a la posesión de un gran imperio colonial.

Las naciones cuya expansión europea fue cortada buscarán extenderse por otros continentes. Por ejemplo, Francia desde la derrota ante Prusia en 1870 busca recuperar su posición y prestigio en África y Asia, mientras que Rusia, frenada su expansión balcánica en 1878, mira hacia el oriente. El nacionalismo europeo tiene, pues, en el imperialismo una forma de demostrar la superioridad de su pueblo sobre otros.

La Conferencia de Berlín

Entre el 15 de noviembre 1884 y el 26 de febrero 1885 se celebró en la ciudad de Berlín una conferencia convocada por el canciller alemán Otto von Bismarck con el fin de solucionar los problemas surgidos debido al interés de las grandes potencias europeas sobre el territorio africano. A la conferencia acudieron catorce países, aunque no todos ellos tenían una tendencia imperialista marcada. Entre los más interesados encontramos Reino Unido, Francia, el Imperio alemán, Portugal, la Asociación Internacional del Congo (el gobierno de Leopoldo II de Bélgica sobre el territorio del Congo) y los Países Bajos. Menos relevantes fueron las participaciones del Imperio austrohúngaro, Bélgica, Dinamarca, Italia, España, Rusia, Suecia, Imperio otomano y Estados Unidos. Cabe destacar el hecho de que, más allá de la representación del Gobierno del Congo en manos de Leopoldo II, ningún líder político africano fue invitado a la conferencia.

La Conferencia de Berlín puso las normas de un proceso de expansión colonial ya empezado en años anteriores. El punto principal del acuerdo era la necesidad de una ocupación física efectiva del territorio para su reclamación, lo que supuso la generalización de la conquista militar y, en consecuencia, de la violencia sobre las poblaciones indígenas. Durante el debate de los términos no se tuvieron en cuenta cuestiones clásicas de soberanía nacional, sino que se primó la mera supremacía militar.

Esto provocó un elevado grado de competitividad entre las potencias europeas en los años posteriores, con los consecuentes enfrentamientos y nuevos tratados. En este sentido cabe destacar la vinculación del honor nacional de la metrópoli al proceso de expansión colonial. En muchos casos los enfrentamientos entre potencias coloniales eran considerados afrentas a la nación y el uso propagandístico de los mismos buscaba enardecer a la opinión pública con el fin de conseguir su apoyo para los intereses expansionistas de los Gobiernos. Encontramos en esta circunstancia una de las causas esenciales a la hora de comprender el estallido de la Primera Guerra Mundial.

Ideológicamente la Conferencia de Berlín justificó sus decisiones con la aprobación de la abolición de la trata de esclavos procedentes de África. Sin embargo, esto era una mera formalidad, puesto que en la práctica los trabajos forzados a los que eran sometidos los indígenas no distaban mucho de las antiguas explotaciones esclavistas. El principal objetivo de la conferencia era, en el fondo, económico, puesto que expresaba la necesidad del capital de obtener nuevos mercados más rentables, al anexionar territorios como medio de garantizar el dominio económico. Además, el auge del nacionalismo en Europa había traído también consigo el proteccionismo económico, por lo que era necesario abrir nuevas vías de comercio.

La expansión imperialista

A pesar de no ser uno de los temas centrales de esta obra, conocer el proceso de expansión imperialista es imprescindible para comprender algunos de los enfrentamientos entre las naciones europeas que posteriormente tendrían una relevancia esencial para comprender el estallido de la Primera Guerra Mundial. Además, el dominio imperial supuso a su vez el paulatino crecimiento de movimientos nacionalistas en los países ocupados, hecho al cual prestaremos más atención en el capítulo dedicado a la descolonización.

En África encontramos un primer período, iniciado a mediados de los años 1870 y completado hacia 1885, en el que se conquistaron casi todas las costas y comenzó la penetración hacia el interior a través de los ríos y con la construcción de ferrocarriles. La Conferencia de Berlín marca un segundo período, entre 1885 y 1914, en el que se completó la ocupación del territorio interior, al vencer la resistencia de los pueblos indígenas. Por lo general, hubo un reparto pactado, pocas veces conflictivo y que permitió el comienzo de la explotación intensiva.

La exploración del río Congo por el británico Henry Stanley en 1871 despertó las apetencias coloniales de las potencias europeas. Leopoldo II de Bélgica pretendía conseguir colonias en África para su país, pero la opinión pública belga no le era favorable, así que reunió en Bruselas un congreso de geógrafos y exploradores, a través del cual se creó un Comité de Estudios del Alto Congo (transformado luego en Asociación Internacional Africana o AIA en 1876) cuyo presidente era el propio rey. Se organizó una nueva expedición de Stanley para remontar el río Congo y tomar posesión del territorio, mediante la firma de acuerdos con los reyes indígenas entre 1874 y 1877. Aunque Francia ya había ocupado una amplia zona de la desembocadura al norte, la mayor parte de la cuenca del Congo se convirtió en un Estado independiente, bajo la soberanía de la AIA. En 1885 Leopoldo II logró que la Conferencia de Berlín le reconociera soberano del Congo, que a su muerte legó a Bélgica. La explotación del territorio fue durísima y resultó un verdadero genocidio, debido a un terrible régimen de trabajos forzados y violencia represora

Aparte del caso del Congo, las primeras ocupaciones comenzaron a inicios de los años 1880. Francia las empezó en 1881, con la toma de Túnez en el norte y del puerto de Cotonou, en Benín, en 1882 y con el desembarco en Madagascar en 1882, que se convertiría en protectorado en 1885. Gran Bretaña ocupó Egipto en 1881, asegurándose así el control del canal de Suez y el del bajo Nilo. Alemania, por su parte, se había introducido en 1883 en África del Sudoeste y en 1884 en las costas de Togo, Camerún y Tanzania, y preparaba su posterior expansión hacia el interior.

Las disputas respecto al territorio africano se discutieron, aunque no quedaron zanjadas totalmente, en la Conferencia de Berlín desarrollada entre 1884 y 1885, cuyos acuerdos ya hemos explicado. Tras la misma, las potencias se arrojaron sobre África para ocuparla, lo que aceleró de esta forma el proceso imperialista.

El reparto africano siguió claras estrategias de crear imperios continuos. Gran Bretaña ansiaba ampliar sus territorios africanos, mediante un imperio continuo de norte a sur. De esta forma ocupó por el norte desde el Egipto hasta Sudán (1885), mientras en el sur conquistó Botswana (1885), Rhodesia (actual Zimbabwe, en 1888) y Zambia (1891). En el centro, entre 1884 y 1895, se toman el norte de Somalia, Kenia y Uganda. Su proyecto estratégico chocó con los de Portugal y Francia, y esta rivalidad estuvo a punto de originar conflictos bélicos, si bien Gran Bretaña salió vencedora de la mayoría de las negociaciones mediante ultimátums a Portugal para que se retirase, así como a Francia tras el incidente de Fachoda, un encontronazo entre tropas francesas y británicas sucedido en 1898. En cambio, no logró evitar que Alemania se apoderase de Tanzania en África Oriental, lo que rompía por la mitad la línea El Cabo-El Cairo.

En el tratado de Heligoland de 1890, Gran Bretaña y Alemania se repartieron la zona oriental, quedando Kenia y Uganda para la primera y Tanzania para segunda. Gran Bretaña también se consolidó en la costa atlántica con la conquista de Gambia, Sierra Leona, Costa de Oro (actual Ghana) y, sobre todo, de la rica Nigeria, cuya zona interior fue ocupada en 1895-1898, a fin de dominar mejor el tráfico del Níger e impedir la expansión francesa.

Francia intentó crear su imperio continuo de oeste a este, desde el Atlántico al mar Rojo, con el dominio del Sáhara y venciendo la resistencia de varios Estados desde Senegal a Chad, lo que logró hacia 1900; aunque fracasó en tomar el valle del Nilo y no pudo hacerse con su parte de Marruecos hasta 1912. En el África Occidental se apoderó de Costa de Marfil y Benín, mientras que en África Central tomó el norte del río Congo, con los territorios de Gabón, Congo y la actual República Centroafricana. Por último, en la costa del Índico conquistó totalmente la importante isla de Madagascar, así como el enclave de Yibuti en el mar Rojo.

Alemania llegó tarde al reparto, pues Bismarck no era partidario de tener colonias, pero la presión de las empresas comerciales de Hamburgo y Bremen impulsaron, entre 1883 y 1884, el establecimiento de factorías comerciales en la costa de Togo, Camerún, Namibia y Tanganika (actuales Tanzania, Ruanda y Burundi). En 1890, tras la dimisión de Bismarck, dio inicio la conquista del interior, por presión de los mismos medios económicos y el impulso nacionalista del emperador Guillermo II.

Portugal también intentó crear su imperio continuo, de oeste a este, desde Angola a Mozambique. Sin embargo, aunque logró dominar amplios territorios en el interior, no pudo llegar a conectar las dos colonias entre sí. Italia, por su parte, se anexionó Somalia y Eritrea, pero fue derrotada en Abisinia y tuvo que renunciar a la conquista hasta 1936. Más tarde, en 1912, se apoderó de la Libia dependiente del Imperio otomano.

La cuestión de Marruecos de 1912 envenenó las relaciones entre Alemania, Francia, Gran Bretaña y España, y fue el acto final del reparto de África. Estuvo a punto de anticipar el estallido de la guerra en dos ocasiones. En su origen está el reparto franco-italiano de Marruecos para Francia y de Libia para Italia. Italia consiguió ejecutarlo al vencer a Turquía en la guerra de 1911 a 1912, en la que también obtuvo el Dodecaneso, o sea, Rodas y otras islas del Egeo; pero Francia chocó en Marruecos con los intereses de otros países.



Colonias africanas en 1914

La primera crisis, acontecida en 1905, fue pequeña y se resolvió con el Tratado de Algeciras al año siguiente. En él, Alemania y Gran Bretaña reconocieron los mayores intereses franceses y españoles en Marruecos. Pero la segunda crisis, en 1911, fue grave porque Francia envió tropas a Fez para proteger al sultán contra los rebeldes contrarios al mismo, incumpliendo el Tratado de Algeciras, ante lo cual Alemania replicó enviando una cañonera al puerto de Agadir. Alemania pretendía humillar a Francia para demostrar que no tenía aliados, pero Gran Bretaña la apoyó, así que Alemania tuvo que retirarse.



Imagen de prensa de la conferencia de Algeciras. Tras 18 sesiones celebradas en dicha localidad entre enero y abril, en las que participaron representantes de 11 Estados europeos, más el de Estados Unidos y el de Marruecos, el 7 de abril Francia y España se comprometían a ejercer el protectorado sobre el sultanato marroquí.

El conflicto se resolvió con el reconocimiento del protectorado francés sobre Marruecos, mientras que la ciudad de Tánger, en el estrecho de Gibraltar, quedaba como territorio neutral. A cambio Alemania extendió su territorio en el Camerún a costa de parte del Congo francés. Finalmente, en 1912 se hizo el definitivo reparto de Marruecos entre Francia, que recibía el sur y el centro, y España, que obtenía el Rif en el norte.



Batalla de Adwa. Grabado de épica aparecido en la prensa. El 1 de marzo de 1894, las tropas italianas fueron derrotadas por las abisinias, más de cuatro veces superiores en número, aunque peor armadas. El desastre significó el freno momentáneo de las aspiraciones italianas sobre el reino africano.

Tras la ocupación de Marruecos, solo quedaron dos Estados africanos independientes, Liberia y Abisinia. Liberia fue creada en 1834 para establecer a los esclavos norteamericanos liberados y convertida en república en 1847 bajo un sistema neocolonial dominado por Estados Unidos y Gran Bretaña. Abisinia (actual Etiopía), por su parte, era un viejo imperio cristiano, consolidado por el emperador Menelik II y que sobrevivió a la constante amenaza italiana, al vencer en la batalla de Adwa (1894). Más tarde, Abisina sería conquistada temporalmente, entre 1936 y 1940, por la Italia fascista.

En lo referido a Asia, la expansión de las potencias europeas se completó mediante la anexión o el dominio indirecto de los territorios del interior de las anteriores conquistas coloniales. Gran Bretaña tuvo dominio más extensamente en el norte de la India, en Birmania (1885) y Malasia, convirtiendo en protectorados varios sultanatos. Consiguió también establecerse con eficacia en las costas de la península arábiga, que en su mayor parte seguía en manos del decadente Imperio turco, mediante protectorados sobre Adén, Omán, Qatar, Bahréin y Kuwait.



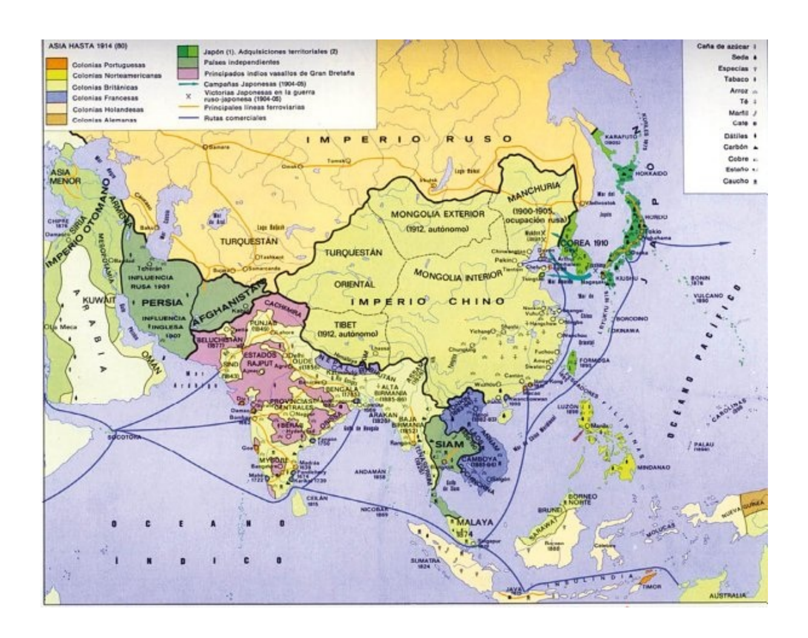
Escena de la guerra franco-china de 1884-1885. Ilustración de la prensa francesa de la época. Representa la toma de Bac Ninh (norte del actual Vietnam) el 12 de marzo de 1884 por las tropas galas.

Francia completó su conquista de Indochina tras una guerra con China (1884-1885), con el reino de Tonkín, que unió al resto de sus territorios en la Unión de Indochina (1887), a la que posteriormente añadió Laos (1893, reconocido en 1896). España amplió su dominio en las

Filipinas en 1880, con la ocupación de las islas sureñas musulmanas de Joló, pero lo perdió todo en 1898 tras la derrota bélica a manos de Estados Unidos. Holanda dominó Indonesia, mediante la integración de protectorados o con la anexión de varios reinos vasallos.

Japón, más al norte, surgió como potencia colonial debido esencialmente a su desarrollo económico y social. Su expansión comenzó ya en el año 1870 al anexionarse las pequeñas islas vecinas de Ryukyu (1872), Ogasawara (1873) y Kuriles (1875). Japón pronto pasó a atacar a otras potencias. Tomó a China las islas de Formosa y Pescadores (1895), y a Rusia el sur de la isla de Sajalín (1905), al tiempo que ocupó Corea en 1905 y la anexionó en 1910.

Además de China, solo unos pocos países asiáticos mantuvieron su independencia en este período: Tailandia, Afganistán, Persia y el Imperio otomano. Tailandia, entonces denominada Siam, mantuvo su independencia en el juego de equilibrio entre Gran Bretaña, que tenía Birmania y Malasia, y Francia, que ocupaba Indochina. En el Oriente Medio la rivalidad y el equilibrio entre las potencias por controlar Afganistán, Persia (actual Irán) y Turquía explica que estos países mantuvieran su independencia como grandes Estados tapón que protegían puntos vitales como los Dardanelos, el canal de Suez o la India.



China sufrió las derrotas frente a Gran Bretaña en las guerras del Opio (1839-1842) y frente a Francia en varias ocasiones (1856-1858 y 1884-1885). China debió ceder Hong Kong a Gran Bretaña y abrir los puertos al comercio con los países occidentales. Perdió el dominio del protectorado que ejercía sobre Birmania, Vietnam y Corea. Además, también perdió ante Rusia amplios territorios en Asia central y septentrional, aunque la soberanía china de estos era discutible. A finales de siglo, China sufrió incluso más el imperialismo indirecto de las grandes potencias. Tras la nueva derrota ante Japón (1895), fracasó la rebelión de los bóxers (1900), otro intento fallido de oponerse al dominio extranjero con un claro componente nacionalista e incluso supremacista frente a Occidente y que supuso el posterior pago de una enorme indemnización.



Escena de la película *55 días en Pekín*, producción estadounidense de 1963 que se desarrolla durante la rebelión de los bóxers en China. Curiosamente, fue rodada en Las Rozas, Madrid.

China no fue repartida territorialmente porque era demasiado grande y poblada, y porque los intereses comerciales eran demasiado ventajosos como para permitir que una sola potencia dominara el país, así que hubo un entendimiento entre las potencias para una política de puertas abiertas propugnada por Estados Unidos. Esta suponía la apertura de factorías, la extraterritorialidad de estas, el comercio libre y el control de las aduanas. Por último, la crisis de la revolución de 1911 contra la dinastía imperial china permitió que se declararan autónomas Mongolia (1911) y Tíbet (1912).

En Oceanía, en un primer período, entre 1884 y 1890, las potencias establecieron protectorados en los principales archipiélagos, con factorías comerciales y estaciones de abastecimiento de carbón para los buques. Un acontecimiento decisivo fue el acuerdo anglo-alemán firmado en 1886 de reparto de zonas de influencia. Alemania ocuparía Micronesia y Gran Bretaña tendría influencia en el resto de islas. En el siguiente período, entre 1890 y 1900, Gran Bretaña, Francia, Alemania y Estados Unidos consolidaron su posición en sus respectivas áreas, sobre todo gracias a que la pérdida del imperio colonial español en 1898 permitió renegociar las respectivas posiciones en un tratado de 1899 firmado por las tres potencias mencionadas. Como consecuencia, hacia 1900 no quedaban islas independientes en Oceanía.



Liliʻuokalani, última reina de Hawái. Fue derrocada por las facciones proestadounidenses de la isla en 1893. La república de Hawái tuvo una breve vida, pues en 1898 fue anexionada a los Estados Unidos. Liliʻuokalani murió en Honolulu en 1917.

Gran Bretaña no tenía interés directo en expandirse por el Pacífico, pero sí tenía ya control sobre Australia y Nueva Zelanda, que eran colonias de poblamiento, y los habitantes de las mismas presionaron para que se ocuparan numerosas islas: parte de Samoa, Cook, Tonga, Fidji. Para su dominio se utilizó, en general, la forma de protectorados. Francia, que ya tenía Nueva Caledonia desde 1853, ocupó las islas Marquesas y Tahití. Alemania, tras ocupar parte de Nueva

Guinea y Samoa, compró a España en 1899 todas las islas Marianas menos Guam, perdida por los españoles en 1898, las islas Carolinas y Palau, forjando con estas y otras incorporaciones anteriores un poderoso imperio marítimo en el Pacífico. Estados Unidos conquistó en 1898 Filipinas y Guam, más Puerto Rico en el Caribe, y anexionó en 1899 las islas Hawái y un rosario de pequeñas islas en la ruta a Asia. Hubo, además, situaciones de condominio o reparto en Samoa entre Alemania y Gran Bretaña, en las Nuevas Hébridas entre Francia y Gran Bretaña y en Nueva Guinea entre Holanda, Alemania y Gran Bretaña.

La supremacía étnica. Nacionalismo y violencia imperialista

Ya desde la conquista de América por parte de las tropas españolas en el siglo XVI, el colonialismo contó con una justificación ideológica basada en la supuesta superioridad cultural de la civilización cristiana europea sobre el salvajismo de los indígenas. En algunos casos esto tomó derivas paternalistas basadas en la misión que tenía el hombre blanco de llevar el progreso y la religión verdadera a los bárbaros. Sin embargo, en numerosas ocasiones, esta ideología supremacista conllevó el uso continuado de la violencia y la explotación sobre las poblaciones conquistadas.

Dentro de esta construcción ideológica, el nacionalismo jugó un papel fundamental, puesto que tuvo como objetivo definir cada caso nacional según unas características identitarias en busca de la constitución de una comunidad homogénea. De esta forma se hacía especial hincapié en la valoración de los rasgos nacionales propios de cada grupo y se menospreciaban los pertenecientes a grupos ajenos.

Uno de los autores de mayor relevancia en este proceso es Joseph Arthur, conde de Gobineau, cuya obra *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, publicada entre 1853 y 1855, es una de las primeras muestras de racismo basado en cuestiones aparentemente científicas. En ella se

establece la superioridad de la raza blanca aria sobre los eslavos o los negros, de forma que pone las bases de una justificación científica, siempre según los estándares de la época, del dominio colonial sobre el África subsahariana.

El proceso de expansión colonial iniciado tras la Conferencia de Berlín se basó en la pura violencia física dedicada a la ocupación de territorio y el sometimiento de las poblaciones. No poseía objetivos políticos claros a largo plazo, lo que supuso el uso de estrategias carentes de principios que se iban justificando sobre la marcha. El supuesto objetivo de llevar la civilización a los salvajes irracionales hacía necesario el control militar de la sociedad. Se niega la humanidad de los indígenas y se impone sobre ellos un sistema burocrático despótico que anula su individualidad.

La violencia de dominación colonial se fundamenta, en primer lugar, en la sustitución de la esclavitud por trabajos forzados donde los castigos dejan de ser físicos para basarse en la supresión de bienes y derechos. A esto debemos sumar la creación de impuestos personales exclusivos para los indígenas o la implantación de modelos judiciales mixtos que beneficiarían siempre al colonizador.

5

El nacionalismo y la Gran Guerra

EL NACIONALISMO EN EUROPA A PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

Ya desde finales del siglo XIX y a principios del XX se hizo evidente que el nacionalismo como ideología había sufrido importantes cambios y que las tendencias imperantes se alejaban del nacionalismo liberal clásico vinculado con las ideas de liberación, con los derechos y valores cívicos de los pueblos. Primaba ahora entre las grandes potencias una visión del nacionalismo basado en la unidad de una comunidad nacional homogénea, con unas características propias diferenciadas y con un derecho histórico a su completa realización.

Un aspecto del nacionalismo del siglo XIX, sin embargo, se mantuvo vigente durante estos primeros años del siglo XX y es su enorme capacidad transformadora, que compite en relevancia con los cambios económicos, sociales y tecnológicos a la hora de explicar los importantísimos cambios históricos que se sucederán especialmente en la primera mitad del nuevo siglo. Esto se debe, esencialmente, tanto a su capacidad de proporcionar cohesión social como al uso que se hará de esta ideología a la hora de tomar una serie de decisiones políticas determinantes para la historia.

Durante este período el nacionalismo se mostró como uno de los principales factores de desestabilización de la política europea. Asistimos a una multiplicación de movimientos nacionalistas, tanto en países ya consolidados que buscan ampliar su influencia como en algunos recién creados que pretenden asegurar su independencia política. En este sentido, y en línea con lo explicado en el capítulo dedicado al imperialismo, el nacionalismo en Europa fue tomando formas cada vez más agresivas e intolerantes, basadas en la grandeza de las naciones y en la necesidad de su expansión aun a costa de conflictos bélicos. Se generalizan, además, las ideas racistas preconizadas para justificar la expansión imperial.

En muchos casos, el imperialismo supuso el laboratorio en el que se puso en práctica en un primer momento un nuevo modelo de violencia que luego llegaría al viejo continente a través de las dos guerras mundiales. De esta forma, el autoritarismo colonial comenzó a formar parte de la ideología nacionalista que comenzaba a su vez a adquirir tintes populistas y antiliberales que anticipan el posterior desarrollo del fascismo.

Los conflictos previos

Para comprender los motivos del estallido de la Primera Guerra Mundial es necesario explicar previamente una serie de conflictos que generaron una compleja red de alianzas y rivalidades entre las potencias europeas. Estas relaciones estaban claramente marcadas por los intereses nacionalistas

de cada país y, en esta línea, los medios propagandísticos procuraron justificar las actitudes de los Gobiernos sosteniendo que se basaban en los intereses patrios y en el rechazo a las agresiones externas.

Desde el establecimiento de un cierto equilibrio internacional en la década de 1870 asistimos a una escalada de la desconfianza entre las grandes potencias europeas. El principal punto de tensión era la rivalidad entre Francia y la recientemente unificada Alemania, debido a la anexión de esta última de los territorios de Alsacia y Lorena tras su victoria en la guerra franco-prusiana. Por otro lado, la conversión de Alemania en una gran potencia industrial y económica con pretensiones coloniales supuso la aparición de enfrentamientos con Gran Bretaña, que veía amenazada su hegemonía. En los Balcanes el enfrentamiento soterrado entre Rusia y Austria-Hungría provocaba roces constantes, mientras los territorios del Imperio turco luchaban por su independencia.

En cuanto a los conflictos coloniales, el reparto de África provocó la rivalidad entre Inglaterra y Francia, en particular por el control sobre la zona del valle del Nilo. A su vez, Túnez era una zona de enfrentamiento para Francia e Italia. Por su parte, Rusia intentaba aumentar su influencia sobre los territorios de India y Persia a costa del Imperio británico. Sin embargo, era la inclusión de Alemania en el panorama imperial, deseosa de ampliar sus mercados, la principal fuente de tensiones frente a Francia y Gran Bretaña.

En esta conformación de alianzas jugaron un papel fundamental las tendencias políticas de las distintas potencias. Por un lado, encontramos un bloque liberal encabezado por Gran Bretaña, mientras que Alemania, Austria-Hungría y Rusia poseían sistemas políticos de corte más autoritario. A esto debemos sumar el ya mencionado problema de los nacionalismos, en particular en las zonas en disputa entre Alemania y Francia, en las reivindicaciones serbias frente a Austria-Hungría y en los deseos de la recientemente unificada Italia también contra los intereses austrohúngaros.

A partir de 1871 fue el canciller alemán Otto von Bismarck el principal protagonista de la diplomacia internacional. Su objetivo esencial era aislar a Francia para ahogar sus deseos de recuperar Alsacia y Lorena. Un primer sistema de alianzas estuvo formado por Alemania, Austria-Hungría y Alemania, que conformarían la Entente de los Tres Emperadores, efectiva entre 1872 y 1873. A esta entidad se unió Italia en 1874. Sin embargo, la rivalidad entre Austria-Hungría y Rusia por el control sobre los Balcanes provocó una ruptura del sistema tras la guerra ruso-turca desarrollada entre 1877 y 1878, a través de la cual Rusia tenía las intenciones de disminuir la influencia otomana sobre la zona.

Ante esta situación, Bismarck se vio obligado a decidir entre mantener su fidelidad a Rusia o Austria-Hungría. Finalmente, la afinidad germana provocó que en 1879 Alemania y Austria-Hungría firmaran una alianza secreta contra Rusia bajo el nombre de la Dúplice Entente. Sin embargo, el acceso al trono ruso de Alejandro III, férreo opositor a la república francesa, provocó un retorno a la alianza con Rusia, a la que se sumó Italia en 1882 debido a su enemistad con Francia por el control sobre Túnez. Bulgaria se emancipó del protectorado ruso en 1887, desencadenando un nuevo conflicto en los Balcanes que en esta ocasión llevó a Bismarck a reforzar su alianza con Rusia. Además, los intereses de Francia de una expansión por el Mediterráneo conllevaron incluso un cierto acercamiento entre Alemania y Gran Bretaña, aunque un mantenimiento a largo plazo de esta alianza era inviable debido a los distintos intereses de ambas potencias.

A pesar de la situación internacional favorable para Alemania obtenida por Bismarck, este perdió su cargo de canciller en 1890 y fue sustituido por el emperador Guillermo II como encargado de la política exterior. Comienza entonces un proceso de aislamiento internacional para Alemania. En un primer lugar apoyó a Austria-Hungría en su expansión balcánica mientras intentaba que Turquía no perdiese su influencia en la zona, lo cual le granjeó la

oposición de Rusia. Además, desarrolló un proceso de rearme naval que provocó el miedo de Gran Bretaña. Ante esta situación, Rusia y Francia firmaron una alianza en 1894 y la tensión internacional fue creciendo de forma progresiva hasta el estallido bélico de 1914.

Más allá de los conflictos coloniales que se han repasado en el capítulo anterior, como se puede comprobar tras este breve repaso de las relaciones internacionales previas al estallido de la Primera Guerra Mundial, la zona de los Balcanes fue un hervidero de conflictos en el que entraron en juego los intereses de las tres potencias que pretendían imponer su dominio sobre la zona (el Imperio otomano, Rusia y Austria-Hungría), sus rivales y aliados y, además, las reivindicaciones nacionalistas de aquellos grupos étnicos sometidos durante siglos al dominio de Gobiernos ajenos a los mismos.

Como ya se ha explicado anteriormente, el nacionalismo en los Balcanes tuvo su estallido con las revoluciones liberales de la primera mitad del siglo XIX, si bien en general los éxitos de estos movimientos fueron escasos a excepción del caso griego. Esto cambió con la mencionada guerra ruso-turca de 1777 y 1778, que Rusia justifica por la necesidad de liberar a las naciones eslavas del dominio otomano, aunque son evidentes sus deseos de control sobre la zona y de obtención de una salida estratégica al Mediterráneo. A pesar de ello, muchos movimientos nacionalistas balcánicos toman este conflicto como el primer paso de su retomada independencia tras siglos de dominio turco.

El conflicto comenzó con un alzamiento en Bosnia-Herzegovina en 1875 debido a las reivindicaciones nacionalistas latentes y al rechazo a las fortísimas cargas fiscales impuestas por la administración otomana. A los bosnios se sumaron en 1876 los búlgaros, y el apoyo ruso a estos alzamientos supuso por último la unión a los mismos ese mismo año de los principados semiindependientes de Serbia y Montenegro, nominalmente inscritos en el Imperio otomano. A pesar de la propaganda de liberación utilizada por Rusia para promover los levantamientos nacionalistas de los pueblos eslavos, en 1876 firmó un pacto secreto con Austria-Hungría para la repartición de los Balcanes tras la presumible derrota otomana.

Las tropas sublevadas fueron, sin embargo, derrotadas, pero, amparándose en la violencia utilizada por los turcos, se llevó a cabo una conferencia en Constantinopla, en la que las grandes potencias europeas, a excepción del propio Imperio otomano, discutieron sobre la posibilidad de crear una serie de provincias autónomas dentro de los territorios turcos. Ante esta posibilidad de intrusismo, el Gobierno turco anunció una nueva Constitución, que proclamaba la igualdad de derechos entre búlgaros y turcos y garantizaba las libertades de las demás minorías étnicas.



La sublevación bosnia de 1875 según un grabado aparecido en la prensa europea. Representa a soldados turcos atacados por rebeldes cristianos.

Rusia, sin embargo, mantuvo su postura hostil y acabó declarando la guerra al Imperio otomano el 24 de abril de 1877. El apoyo de rumanos y búlgaros supuso una gran ventaja para el ejército ruso, que a principios de 1878 estaba próximo a Estambul. Esto alarmó al resto de potencias europeas temerosas del expansionismo ruso. Los británicos enviaron apoyo a los turcos con el fin de forzar a Rusia a firmar la paz, como así sucedió mediante el Tratado de San Stefano de marzo de 1878.

La firma de este tratado supuso el reconocimiento por parte del Imperio otomano de la independencia de una gran Bulgaria. Ante el temor del resto de potencias debido al dominio ruso sobre la zona, fue complementado por un nuevo acuerdo firmado en Berlín ese mismo año que supuso la disgregación de ese gran territorio búlgaro, todavía

parcialmente dependiente de los otomanos, a través de la total independencia de Rumanía, Serbia y Montenegro; el dominio austrohúngaro sobre Bosnia-Herzegovina y el control ruso de Besarabia. Aun, de esta forma, quedaron insatisfechos los deseos nacionalistas de búlgaros y bosnios.

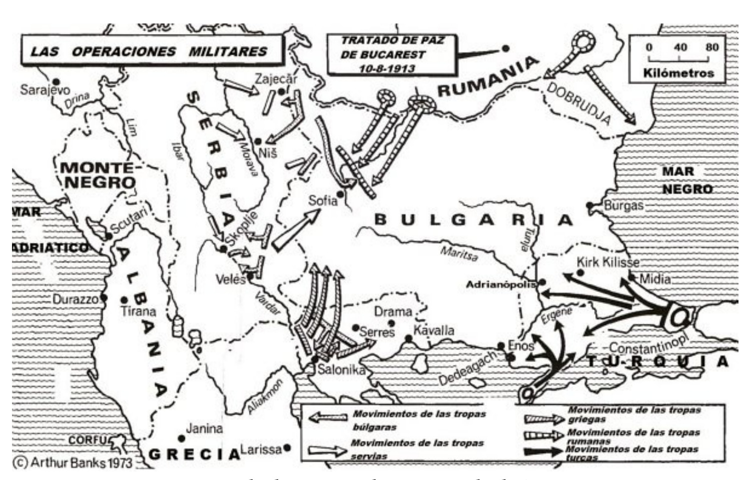
En 1908 ascendieron al poder en el Imperio otomano los Jóvenes Turcos, un grupo de políticos nacionalistas liberales que buscaban la renovación institucional y la recuperación del poderío perdido por parte del Imperio. Esto fue visto con recelo por las potencias europeas y, con el fin de reforzar la zona de los Balcanes, ese mismo año se le otorgó la completa independencia a Bulgaria y Bosnia-Herzegovina fue anexionada de forma efectiva por el Imperio austrohúngaro. Este último movimiento fue visto con rechazo por parte de los nacionalistas serbios partidarios de una gran unión paneslava.

Con el fin de consolidar sus posiciones ante la creciente tensión, Serbia y Bulgaria llegaron a un acuerdo de apoyo mutuo en 1912 que incluía, junto con Grecia, el reparto del territorio macedonio todavía en poder del Imperio otomano. Este acuerdo, sin embargo, era sumamente inestable, puesto que los intereses territoriales entre las distintas naciones de la zona chocaban constantemente. Finalmente, Montenegro fue la encargada de declarar la guerra al Imperio otomano el 8 de octubre de 1912, e inmediatamente se sumaron en su apoyo el resto de países balcánicos.

En este primer conflicto, que se extendió hasta mayo de 1913, la Liga Balcánica, compuesta por Bulgaria, Grecia, Serbia, Montenegro y Rumanía, venció al Imperio otomano, reduciendo sus posesiones en Europa a la ciudad de Estambul. Sin embargo, las grandes potencias no estaban dispuestas a perder su influencia sobre los Balcanes a manos de estas pequeñas naciones, por lo que impusieron sobre ellas el Tratado de Londres. El punto de mayor relevancia del mismo fue la declaración de independencia de Albania a costa de territorios ocupados por Serbia y Grecia y a petición de Italia y Austria-Hungría, que pretendían reducir la influencia serbia sobre la zona. Además, Bulgaria recibió la ciudad turca de Edirne. Esto fue visto con rechazo por parte del resto de potencias balcánicas, que veían cómo se favorecía el expansionismo búlgaro.

Este fue el principal motivo del estallido de la segunda guerra balcánica. Serbia y Grecia firmaron un pacto secreto de alianza mientras presionaban a Bulgaria para obtener un reparto de territorios, a su juicio, más acorde con el esfuerzo bélico llevado a cabo durante el primer conflicto. A este pacto se sumaron posteriormente Montenegro y Rumanía, esta última con intereses territoriales en la Dobrudja búlgara, e incluso contaron con el apoyo de su antiguo enemigo, el Imperio otomano. El 29 de junio estalló la guerra y rápidamente los ejércitos griegos, serbios, montenegrinos y rumanos sometieron a los búlgaros, que se vieron obligados a firmar la paz el 31 de julio de ese mismo año.

La principal consecuencia de este conflicto fue la pérdida de un enorme territorio por parte de Bulgaria. Rumanía obtuvo la ansiada Dobrudja, gran parte de la Macedonia búlgara fue repartida entre Serbia y Grecia, y el Imperio otomano recuperó la ciudad de Edirne y la Tracia oriental. Sin embargo, los conflictos se mantuvieron latentes y marcaron el sistema de alianzas en la zona de cara a la Primera Guerra Mundial. El Imperio otomano y Bulgaria se aliaron, entonces, con Alemania y Austria-Hungría contra Serbia, Rumanía, Rusia y los aliados occidentales.



Mapa de la segunda guerra balcánica

El nacionalismo como una de las causas fundamentales

DEL ESTALLIDO DE LA GRAN GUERRA

La causa inmediata del estallido de la Primera Guerra Mundial, el asesinato del archiduque Francisco Fernando de Austria a manos de Gavrilo Princip, tiene, de forma representativa, su origen en cuestiones nacionalistas. Princip formaba parte de un grupo nacionalista bosnio que, con ayuda de Serbia, buscaba forzar la independencia de Bosnia-Herzegovina respecto del Imperio austrohúngaro. Más allá de este hecho, sin embargo, el nacionalismo se halla como una de las causas subyacentes esenciales para comprender el estallido del conflicto bélico más violento que había conocido el hombre hasta ese momento.

Durante las décadas anteriores, en un acto de irresponsabilidad conjunta, todas las potencias habían bombardeado a su ciudadanía con propaganda destinada a propagar la idea de que su nación era superior al resto y que, de esta forma, en cualquier conflicto armado el verdadero sufrimiento caería sobre el enemigo. Así, en muchos casos, actos de agresión o políticas de armamento fueron apoyados por importantes sectores sociales que no cuestionaban las temerarias actitudes de sus Gobiernos.



Detención de Gavrilo Princip en Sarajevo el 28 de junio de 1914, justo después de matar a tiros al archiduque Francisco Fernando de Habsburgo y su esposa Sofía

Además, el nacionalismo llevado al extremo no solo conllevaba la creencia en la superioridad de su país, sino que demonizaba y caricaturizaba a los países rivales, que eran vistos como amenazas constantes que se encargaban de tramar complots en contra de los intereses de la gran nación.

Esta retórica, cargada con un fuerte componente militarista, hizo generar la ilusión de que no solamente la guerra era necesaria, sino que era deseable para eliminar rápidamente a las naciones rivales, puesto que no cabía duda de que la victoria sería prácticamente inmediata.

El imperialismo, por otra parte, había acostumbrado a Gobiernos y sociedad a un continuo estado de guerra. Estas guerras, sin embargo, estaban alejadas del territorio europeo y se luchaban contra rivales infinitamente peor preparados que los ejércitos de las grandes potencias. Aun así, el lenguaje belicista de la propaganda imperialista generó una suerte de indiferencia hacia las posibles consecuencias de un conflicto bélico en Europa. Además, el hecho de que en la inmensa mayoría de los casos las potencias europeas salieran victoriosas en los enfrentamientos coloniales creó una suerte de sensación de invencibilidad en las metrópolis.

La cultura popular se hizo eco de este sentimiento nacionalista generalizado. En el caso británico, la expansión de su imperio y su innegable superioridad naval eran temas recurrentes en los periódicos, las canciones o las obras literarias. Además, se generalizó la escritura de un nuevo género de novela basada en suposiciones sobre intrigas, espionajes o invasiones, generalmente llevadas a cabo por la principal potencia enemiga en el continente, el Imperio alemán. Estas novelas contribuyeron a la caricaturización de los alemanes como crueles y violentos.

En el caso alemán, por su parte, debemos tener en cuenta la reciente unificación, finalizada en 1871. En este caso la cultura popular se centró en la idea de expansión del imperio como una suerte de destino divino que lo llevaría a ocupar su posición predominante en el mundo. Así, el principal rival en este proceso expansivo era el Imperio británico. Los británicos fueron uno de los principales objetivos de la prensa alemana en los años previos a la guerra y eran generalmente mostrados como egoístas y avariciosos, no merecedores del poder imperial que poseían.

La exaltación nacional durante el conflicto

Al poco tiempo de iniciarse el enfrentamiento armado, se hizo evidente para los Gobiernos europeos que la presumible victoria fácil sobre los enemigos de la nación no iba a ser tal y que el conflicto iba a ser mucho más duro de lo esperado. De esta forma se hizo necesario el uso de medios propagandísticos dedicados a mantener el fervor bélico y el ánimo nacionalista tanto entre los soldados del frente como en la retaguardia, puesto que el nuevo modelo de guerra total suponía la implicación de todos los ciudadanos.

El uso de métodos persuasivos por parte de los Gobiernos para mantener el esfuerzo durante la Primera Guerra Mundial no tuvo parangón. Se llevaron a cabo masivas campañas de propaganda que no solo propugnaban el amor y el esfuerzo por la nación, sino que incidieron en la línea ya iniciada en años anteriores de odio y ridiculización del enemigo. Se buscaba, de esta forma, una respuesta por parte del conjunto de la sociedad, en una suerte de nacionalismo totalizador, igual que lo estaba siendo el conflicto.

Gran parte de esta propaganda nacionalista tenía, a su vez, objetivos económicos y militares. Se instaba a la población a dar el máximo por la nación, a trabajar todo lo posible en las fábricas de armamento, a ahorrar en el consumo de productos como combustibles y alimentos y a participar en todas las actividades voluntarias posibles. Además, se mostraba a los soldados como héroes a los que el resto de la nación debía respaldar y asistir.

Conforme avanzó el conflicto, la propaganda llegó a confundirse con la información. Se multiplicaron los órganos de censura dirigidos por los Gobiernos con el fin de evitar las noticias desalentadoras y proseguir con el bombardeo de mensajes de éxito nacional para evitar la pérdida de moral de la ciudadanía. Esta es otra muestra más del componente totalizador de la Primera Guerra Mundial, pues los Estados participantes en el mismo se hicieron cargo de gran parte de los medios de comunicación.



Cartel de propaganda austriaco de 1917. Su texto, traducido, dice así: «¿Y vosotros? Suscribid la 7.ª emisión de bonos de guerra en el *Creditanstalt*».

La influencia del papel de la propaganda nacionalista durante la Primera Guerra Mundial fue tal que, durante los primeros años de la misma, era complicado mostrar posturas pacifistas sin ser tachado de traidor a la patria. Las campañas de reclutamiento promovieron el alistamiento masivo de hombres convencidos de que estaban jugando un papel fundamental en la consecución de los objetivos que el destino tenía marcados para su nación.

6

El período de entreguerras

Los catorce puntos de Woodrow Wilson

Con la guerra claramente decantada a favor de la Entente, el presidente estadounidense Woodrow Wilson proclamó el 18 de enero de 1918 una suerte de propuestas para la paz que satisficiesen en la medida de lo posible a los dos bandos de la contienda. Estas propuestas, plasmadas en catorce puntos, se basaban en el ideal estadounidense de liberalismo democrático y era desde este punto de vista desde el que se pretendía tratar el problema que iba a suponer la reestructuración de las fronteras y la satisfacción de los distintos deseos nacionalistas.

En general, la propuesta de Wilson estaba marcada por el pacifismo, la defensa de la democracia, el librecambismo económico y la cooperación entre todas las naciones, con el fin de evitar un conflicto semejante en el futuro. El aspecto de más relevancia para el tema de esta obra es, sin embargo, la propuesta de solucionar los problemas fronterizos mediante la aplicación del principio de las nacionalidades; es decir, otorgar la independencia a aquellas minorías nacionales con identidades culturales propias que se hallaban tradicionalmente sometidas a entidades políticas superiores.

Wilson defendía que las grandes entidades imperiales europeas, especialmente Rusia, el Imperio otomano y Austria-Hungría, se oponían al derecho democrático al haber impedido a los pueblos ejercer su derecho de autodeterminación. De esta forma, el quinto punto de los catorce impulsaba el desmantelamiento de estos imperios para organizar, a partir de los mismos, Estados organizados según las distintas comunidades nacionales y culturales. Las nuevas naciones debían poseer una lengua, unas costumbres y una cultura comunes.

Una vez puestas las bases teóricas, son varios los puntos que aluden a los problemas prácticos vinculados con las fronteras y las nacionalidades. En primer lugar, se aseguraba la evacuación y restauración de todos los territorios ocupados en Bélgica, Francia y Rusia. Por otro lado, el punto nueve proponía la reestructuración de las fronteras italianas según los criterios de nacionalidad, aunque este aspecto provocaría importantes discusiones en el seno de la sociedad italiana tras los acuerdos de paz definitivos.

En el caso de las potencias derrotadas, se proponía el desmembramiento de Austria-Hungría en los Estados de Austria, Hungría y Checoslovaquia, pero siempre garantizando la seguridad de sus habitantes y el desarrollo autónomo de las naciones. En lo referente al Imperio otomano, se le permitía mantener solamente la porción turca, puesto que el resto de nacionalidades bajo su dominio debían recibir por el Gobierno otomano la garantía de poder llevar a cabo su derecho a la autodeterminación sin ningún tipo de obstáculo.

Por último, una vez más los Balcanes supusieron una zona complicada a la hora de abordar las nuevas divisiones fronterizas. En primer lugar se proponía la total restauración de los territorios ocupados en Rumanía, Serbia y Montenegro. Por otro lado, se establecía la garantía internacional de que los territorios que integraban los Balcanes debían obtener, siempre de forma amistosa, su independencia económica y mantener su integridad territorial basada en las líneas históricas de apego y nacionalidad. Este punto marcaba el primer paso para la unión de los distintos pueblos balcánicos en lo que posteriormente se denominaría Yugoslavia.

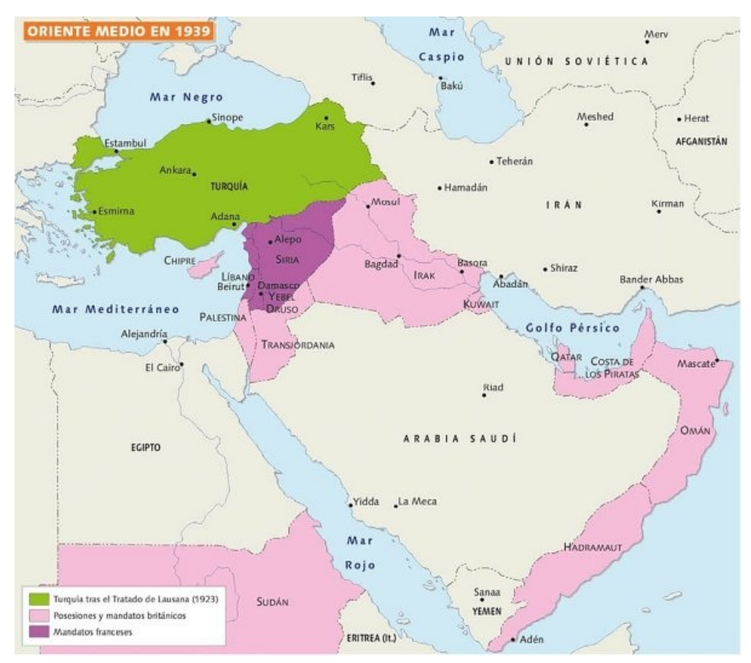
LA CONSTRUCCIÓN DE NUEVAS FRONTERAS Y NACIONES

Una vez finalizada la guerra, el presidente Wilson vio cómo la realidad dificultó de gran manera la aplicación de sus puntos e incluso imposibilitó la consecución de algunos. La gran perjudicada en cuanto a pérdidas territoriales fue Alemania. Este país se vio obligado a devolver Alsacia y Lorena a Francia, que además administró el territorio del Sarre hasta 1935, que despertó los ánimos nacionalistas de la inmensa mayoría alemana residente en la zona. Por otro lado perdió territorio en Jutlandia a favor de Dinamarca, algunas localidades en la zona fronteriza con Bélgica y parte de Pomerania, incluyendo el corredor de Danzig, para Polonia. Por último perdió sus colonias a manos de Reino Unido, Francia, Bélgica y Japón, en forma de mandatos que debían preparar posteriormente la independencia.



El nuevo mapa de Europa tras la Primera Guerra Mundial

En los Balcanes, Rumanía ganó el territorio de Transilvania a Austria-Hungría, Besarabia a Rusia y parte de la Dobrudja a Bulgaria. Grecia se extendió por la costa del sur de Bulgaria y temporalmente en la región de Esmirna al oeste de Turquía, hasta que una guerra greco-turca posterior (1919-1922) fijó las actuales fronteras. Bulgaria perdió algunos territorios limítrofes a favor de Grecia, Serbia y Rumanía. El Imperio turco se dividió entre una Turquía reducida y en parte ocupada por los aliados, que finalmente se retiraron en 1922, y unos territorios bajo mandato francés (Siria, Líbano) y británico (Palestina, Irak). Italia a su vez ocupó el Trentino y Trieste, tomadas a Austria-Hungría bajo el amparo del noveno punto de Wilson, aunque ello conllevó importantes fricciones con los austriacos y no satisfizo las reivindicaciones de los nacionalistas italianos más acérrimos.



Mapa de Oriente Próximo en 1939

La disgregación de los cuatro grandes imperios de Alemania, Austria-Hungría, Rusia y Turquía conllevó la aparición en Europa de nuevos Estados, algunos de los cuales nunca habían sido independientes: Finlandia, Lituania, Letonia, Estonia, Polonia, Austria, Hungría, Checoslovaquia y finalmente Yugoslavia, que se formó con la integración de los independientes Serbia y Montenegro e incluyó las zonas eslavas tomadas a los austrohúngaros de Bosnia-Herzegovina, Croacia y Eslovenia. En un principio Yugoslavia tomó el nombre de Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, y basó su formación en el compromiso de mantener la multiculturalidad y el equilibrio entre las distintas naciones que lo componían.

En último lugar, cabe destacar los problemas derivados de la disgregación del Imperio austrohúngaro y la conformación de varios Estados nuevos. Austria se redujo a la zona de población alemana desde Viena hasta el Tirol, pero grandes contingentes de población alemana quedaron

repartidos entre los Estados de Checoslovaquia, en especial en la zona de los Sudetes, Hungría y Rumanía. Esto supuso los consecuentes problemas de integración y las crecientes reivindicaciones nacionalistas desde Alemania.

Reivindicaciones nacionalistas entre 1918 y 1939

Los nacionalismos fueron uno de los principales puntos de tensión durante el convulso período de entreguerras. En un primer lugar, cabe mencionar que, de acuerdo con lo expuesto por el presidente Wilson, se creó con el fin del conflicto la conocida como Sociedad de Naciones con el fin de favorecer la cooperación internacional y evitar futuros conflictos. Esta organización contó desde su creación con un sistema de ayuda y protección de minorías que analizaría los distintos casos y las posibles peticiones de independencia. Con el paso de los años, sin embargo, se hizo evidente la inoperancia de la Sociedad de Naciones y aparecieron una serie de problemas que dejaron en un segundo plano las cuestiones vinculadas con las minorías.

Durante este período, además, más allá de las reivindicaciones nacionalistas de las grandes potencias, encontramos el crecimiento de los nacionalismos periféricos, movimientos no siempre independentistas pero con un importante papel cultural y político. El ejemplo más relevante es el del nacionalismo irlandés, que se había alzado en armas frente al dominio británico en la Pascua de 1916 y que acabaría obteniendo el autogobierno de Irlanda en 1921. Igualmente tomarían fuerza el nacionalismo flamenco en Bélgica y el vasco y el catalán en España, aunque no con la relevancia del caso irlandés.



Calle de Dublín controlada por los británicos durante la fracasada sublevación independentista de 1916

En Italia encontramos ya desde 1922 un país dominado por el fascismo, encabezado por Benito Mussolini. Este Estado buscaba la homogeneización étnica y cultural del territorio, lo cual actuó en perjuicio de las regiones adquiridas tras el fin de la guerra, puesto que en el Trentino, en el Tirol del Sur, en Trieste y en Gorizia encontramos minorías a las que se les impuso la enseñanza del italiano y cuyas lenguas (alemán, francés o esloveno) se vieron relegadas a la condición de segundo idioma.

La zona más conflictiva corresponde, sin duda, al área europea centro-oriental. En ella encontramos problemas relacionados tanto con las reivindicaciones de las minorías nacionales como con aquellos países que, tanto derrotados como victoriosos, veían insatisfechos sus deseos territoriales. Además, la heterogeneidad étnica en la zona era enorme, lo cual supuso una fuente constante de problemas.

En muchos casos los tratados de paz no tuvieron en cuenta a las minorías nacionales existentes en las regiones fronterizas, que fueron anexionadas arbitrariamente a las naciones vencedoras. Este es el caso, por ejemplo, de la región de Galitzia, que había contado con una relativa autonomía bajo el dominio austrohúngaro pero que fue anexionada por Polonia. Otro ejemplo relevante es el de la Transilvania occidental, unida a Rumanía pero con un importante porcentaje de población húngara.

De gran relevancia en la zona de Europa centro-oriental es también el problema relacionado con las minorías de población que, debido a los traslados y a los movimientos migratorios, se habían visto alejadas de sus lugares de origen. El caso más relevante, y uno de los puntos que marcan el expansionismo nacionalista del nazismo, es el de los alemanes, que habían quedado distribuidos como minorías por la Europa danubiana.

Gran parte de estas minorías fueron, además, las principales víctimas de las políticas represivas llevadas a cabo por los Gobiernos autoritarios que se fueron asentando en la mayor parte de los países de Europa oriental. Estos Gobiernos contaban, en muchos casos, con un importante componente nacionalista conservador que rechazaba la presencia de minorías. Así, esto supuso la propia radicalización de estas minorías, que comenzaron a reivindicar la actuación de sus Estados de origen. Este fue también un factor de aliento ideológico para el nazismo alemán, que contó con importantes apoyos entre las minorías alemanas que habían quedado fuera de las fronteras delimitadas por los tratados de paz.

Mención especial merece, por último, el caso de las minorías nacionales que habían quedado bajo el dominio de la recientemente constituida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Muchas de ellas se opusieron al dominio bolchevique durante la guerra civil rusa (1917-1923), pero la intervención del Ejército Rojo y el dominio del Partido Comunista aplastaron cualquier reivindicación. Se eliminó por la fuerza cualquier tentativa separatista, aunque, en cierta medida, se buscó la tolerancia a las minorías étnicas siempre que se mantuvieran dentro del nuevo Estado soviético.

Fascismos y nacionalismos

Michael Mann, en su obra *Fascistas,* define el fascismo como una ideología que persigue la consecución de una nación-estatismo superior y purificadora a través del militarismo destinado a la limpieza de todos aquellos enemigos de la nación alemana. Mann destaca, igualmente, el objetivo

fascista de trascender la división de la sociedad en clases con el fin de obtener una nación orgánica. El fascismo, pues, mantiene una concepción totalizadora de la nación, que debe ocupar todos los aspectos de la sociedad.

Esta visión de la nación estaba, a su vez, indisolublemente ligada al expansionismo de la misma. En el caso del fascismo italiano, Benito Mussolini siempre defendió la necesidad de resucitar las viejas glorias del pasado itálico y, en particular, de la antigua Roma y su dominio unificado del Mediterráneo. En esta línea encontramos la principal aventura colonial de la Italia fascista, la invasión de Abisinia llevada a cabo entre 1935 y 1936.

En lo referido a Alemania, el nazismo liderado por Adolf Hitler buscó la imposición de un Tercer Reich o Imperio alemán, en este caso encabezado por la raza superior germana y limpio de cualquier supuesto parásito que contaminara la nación. De esta forma, con apoyo de los nazis austriacos, Alemania llevó a cabo el Anschluss o anexión de Austria en 1938, con el fin de unir los dos principales territorios germanos y ante la inoperancia del resto de potencias europeas. Ese mismo año llevó a cabo la ocupación de los Sudetes en Checoslovaquia, zona con una importante minoría alemana. Tanto en el nazismo alemán como en el austriaco encontramos además una fuerte nación-estatismo derivado de las pérdidas territoriales impuestas con los tratados de paz tras la Primera Guerra Mundial.

En Hungría, por su parte, encontramos un grupo fascista minoritario denominado Cruz Flechada, dirigido por Ferenc Szalazi. Este partido solo llegó al poder en octubre de 1944, con Hungría ya ocupada por la Alemania nazi, y se caracterizó por el corporativismo, el nacionalismo y el estatismo. Defendió un nacionalismo liberador, proletario en su origen, y era profundamente antisemita, lo cual estaba derivado de la tensión que suponía que los judíos húngaros poseyeran la mitad del patrimonio capitalista de país. Una característica peculiar es, además, el hecho de que pretendía otorgar el derecho de autonomía a aquellas regiones no pobladas en su mayoría por magiares.



Billetes de mil pesetas de la España de Franco con la imagen de los Reyes Católicos, que para el régimen simbolizaban la unidad y grandeza del Estado.

En España, el nacionalismo en sus distintas vertientes jugó un papel importante a la hora de proporcionar un sustento ideológico al golpe de Estado del general Francisco Franco. Este siempre se rodeó de una iconografía vinculada con los Reyes Católicos y el imperio de los primeros Habsburgo. El hecho de que las fronteras de España no estuvieran disputadas supuso que el nacionalismo fascista español tuviera una orientación eminentemente doméstica.

Entre las causas del golpe destaca la macrocefalia del Ejército, lo que provocó que numerosos oficiales se vieran atraídos hacia el conservadurismo modernizador en forma de nacionalismo integral. A pesar de que en los primeros años de la República el Ejército se mantuvo fiel a ella, sus intereses fueron progresivamente entrelazándose con los principios políticos estadistas y corporativistas, con la moralidad cristiana y nacionalista. La guerra de Marruecos, finalizada en 1927, alimentó a su vez el odio moral hacia los enemigos extranjeros dentro y fuera de España.



Soldados croatas del movimiento Ustasha conduciendo a prisioneros serbios durante la Segunda Guerra Mundial. Los Ustasha (en croata, 'insurgentes') dirigieron Croacia, con el apoyo de los nazis, entre 1941 y 1945. El jefe de su Estado fue Ante Pavelić, fallecido en su exilio madrileño en 1959.

En la zona balcánica Croacia se convirtió en el principal Estado satélite fascista tras la invasión alemana. Estuvo gobernada por Ante Pavelić, líder del movimiento Ustasha. Entre las premisas de este movimiento destacan la consecución de una Croacia independiente que incluyera los territorios de Bosnia-Herzegovina habitados por croatas. Su discurso era muy crítico con la dominación serbia que, según los ustasha había contaminado el país, lo cual obligaba a llevar a cabo una purificación nacional a nivel social, económico y cultural.

En el norte de Europa el fascismo nunca llegó a convertirse en un movimiento con base de masas con la excepción de Finlandia en la década de 1930, caso explicable, según Stanley Payne, por la radicalización política provocada por la guerra civil de 1918 y por la proximidad y amenaza soviética. El nacionalismo fascista finlandés está representado por el movimiento de Lapua, que se desarrolló sobre todo a partir de 1929. Era un movimiento muy influenciado por el nazismo y su principal premisa era la reorganización corporativista drástica de la estructura social y económica para una comunidad del pueblo finlandés. Su mejor resultado electoral lo obtuvo en 1936 con un 8,3 % del voto.

7

El nacionalismo y la Segunda Guerra Mundial

Nacionalismos agresivos

Una de las causas que nos permiten comprender el estallido de la Segunda Guerra Mundial es, sin duda, la puesta en práctica de políticas nacionalistas expansionistas muy agresivas por parte de las potencias del Eje: Alemania, Japón e Italia. En el caso alemán, el principal sustento teórico de su expansión era la gran cantidad de alemanes que, tras la reordenación fronteriza del Tratado de Versalles, habían quedado fuera de su nación; en particular en países como Austria, Polonia y Checoslovaquia.

Además, un concepto fundamental para comprender la agresividad del nacionalismo nazi es el conocido como *Lebensraum* o espacio vital, acuñado en el siglo XIX por el geógrafo alemán Friedrich Ratzel. Esta idea establecía que era necesaria una correlación entre la población y el espacio

que ocupaba una nación, puesto que, si esto no era posible, dicha nación no podía satisfacer las necesidades de sus habitantes. Así, Adolf Hitler utilizó este concepto para justificar su política expansiva, que como ya hemos explicado comenzó con el *Anschluss* o anexión de Austria para luego ocupar Checoslovaquia y, finalmente, invadir Polonia el 1 de septiembre de 1939 y dar inicio, con ello, a la Segunda Guerra Mundial.



Cartel nazi. Los nacionalsocialistas alemanes estaban obsesionados con que su país no tenía tierras suficientes para alimentar a su población, por lo que consideraban necesario ampliar territorios mediante conquistas, sobre todo en el este. Estos territorios constituían el *Lebensraum* o espacio vital preciso para poder subsistir como pueblo.

Más allá de las teorías de Ratzel, Hitler utilizó además términos biológicos para establecer la necesidad de expandir la nación alemana hacia el este. Así, el expansionismo era necesario para garantizar la supervivencia de la raza aria, identificada con el Estado alemán, y eliminar a las razas inferiores, como la eslava, que podían contaminarla. Esta teoría fue puesta en práctica de forma definitiva con la invasión alemana de la Unión Soviética en 1941.

El caso del expansionismo japonés tiene su origen en las décadas anteriores al estallido de la Segunda Guerra Mundial. Desde los años veinte Japón se hallaba en manos de un Gobierno con un componente marcadamente nacionalista y militarista que buscaba su lugar entre las

grandes potencias mundiales. Así, ya en 1927, el primer ministro japonés, Tanaka Giichi, propuso un plan de expansión para ocupar territorios en Manchuria, el norte de China, Corea, Siberia y las Indias Orientales. China fue la principal afectada de esta política y sufrió numerosas intervenciones en la década de los veinte que mermaron su territorio en favor de la ocupación japonesa. Es de gran relevancia, en particular, la instauración de un Gobierno títere japonés en Manchuria en 1931.

Esto no fue, sin embargo, suficiente para los enardecidos militares japoneses que, desde posturas extremadamente nacionalistas presionaban a políticos y empresarios. El progreso económico japonés, además, requería nuevos mercados y fuentes de suministros que ya no podía encontrar dentro de los límites de la nación. Así, en 1937 reanudó el conflicto contra China, que se hallaba en esos momentos en plena guerra civil entre los nacionalistas de Chiang Kai-Shek y los comunistas de Mao Tse-Tung. Estos firmaron entonces una tregua para enfrentarse a su enemigo exterior.

El avance japonés fue, sin embargo, imparable, aunque insatisfactorio, puesto que China carecía de la industria y el material de guerra que Japón pretendía obtener para proseguir su expansión. Así, tras la ocupación alemana de Francia, Japón invadió las colonias de esta última en Indochina y las colonias europeas en el Pacífico. El nacionalismo expansionista japonés jugó, sin embargo, una arriesgada carta a la hora de atacar la base naval norteamericana de Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941, lo que supuso la entrada de Estados Unidos en la guerra y el fin de la expansión japonesa.

Por último, como ya se ha comentado a propósito de la Primera Guerra Mundial, el fascismo italiano tuvo como referente de su política expansiva al Imperio romano y, en particular, a sus dominios en el Mediterráneo. Ya en 1923, un año después del ascenso al poder de Mussolini, un incidente entre un grupo de griegos y unos militares italianos le proporcionó al líder fascista una excusa para bombardear e invadir la isla de Corfú, provocando la rápida capitulación de Grecia y la anexión de dicha isla como territorio italiano.



Tropas japonesas en la ciudad china de Nankín en 1937. La guerra de agresión japonesa contra China se caracterizó por la comisión de todo tipo de atrocidades.

La ciudad de Fiume (actual Rijeka y perteneciente a Croacia) había suscitado ya la polémica entre la sociedad italiana, puesto que los tratados de paz la habían dejado bajo jurisdicción croata. En 1919 un grupo de milicias italianas capitaneadas por el poeta Gabriele D'Annunzio la habían ocupado durante unos meses antes de ser expulsados por el propio ejército italiano. Sin embargo, Mussolini, a principios de 1924, firmó un tratado con Yugoslavia, temerosa de quedarse sin apoyo ante una posible agresión italiana, y la ciudad de Fiume pasó a ser territorio italiano.

El caso más relevante del expansionismo italiano previo al conflicto es, sin duda, la invasión de Abisinia (actual Etiopía). La invasión comenzó el 2 de octubre de 1935 ante la total inoperancia del resto de potencias europeas. La conquista tomó prácticamente un año, durante el cual las tropas italianas no dudaron en usar armas químicas prohibidas por la Sociedad de Naciones. El 9 de mayo de 1936 se firmó el fin de la guerra y la anexión de Abisinia por parte de Italia.



Milicianos (llamados *arditi*, 'ardorosos') italianos durante la ocupación de Fiume de 1919. La ciudad, disputada por italianos y yugoslavos, acabó en manos de Italia por deseo de Mussolini en 1924. Tras la Segunda Guerra Mundial pasó a Yugoslavia con el nombre de Rijeka y hoy pertenece a Croacia.

La última agresión de la Italia fascista antes del comienzo del conflicto fue la anexión de Albania. El Gobierno italiano, con apoyo alemán, lanzó un ultimátum al albanés el 25 de marzo de 1939 para obtener su anexión voluntaria, algo a lo que obviamente el Gobierno albanés se negó. Así, tropas italianas invadieron Albania el 7 de abril de 1939 y, solamente cinco días después, el Parlamento albanés votó a favor de la anexión, lo que supuso la implantación de un Gobierno títere fascista y la unión de su territorio a la Corona italiana.

El nacionalismo durante la Segunda Guerra Mundial

Igual que durante la Primera Guerra Mundial, el uso de propaganda nacionalista jugó un papel fundamental a la hora de instar a militares y civiles a mantener el esfuerzo bélico durante la contienda más sangrienta de la historia. En este caso encontramos, además, el uso no solo de carteles, sino también de nuevas tecnologías de la información, que habían alcanzado un mayor desarrollo durante el período de entreguerras, tales como el cine.

Esta propaganda nacionalista iba, a su vez, de la mano de imágenes degradantes y engañosas en las que representaban a los enemigos de la nación, tanto en el bando de los Aliados como en el Eje. El uso de estereotipos o incluso directamente de mentiras estaba destinado a poner la nación propia por encima de las demás, que magnifica tanto sus éxitos como los fallos y derrotas de los enemigos. De esta forma, y a pesar de que en Estados Unidos se primaba la propaganda destinada a promover la producción, mientras que en Alemania primaban los componentes xenófobos, ambos bandos propagaron imágenes fraudulentas de sus enemigos.

La Segunda Guerra Mundial tuvo un carácter incluso más total que la anterior y la propaganda buscó, en consecuencia, la colaboración en el esfuerzo bélico de absolutamente todos los componentes de la sociedad. Así, se buscaba instar a los ciudadanos a ayudar a su nación en la medida en la que les fuera posible y, de esta forma, hacerlos partícipes de la presumible victoria futura.

En el caso americano este tipo de propaganda no tiene precedente. Además, en este país los publicistas recurrieron a la propaganda no solo para promover el patriotismo, sino también simplemente para aumentar sus ventas. Se intentaba, además, que los trabajadores americanos aumentaran la productividad haciendo que se sintieran partícipes del esfuerzo bélico aunque ellos no estuvieran luchando directamente en el conflicto.



Cartel nazi de propaganda antijudía

En Alemania, como ya hemos avanzado, a pesar de que los medios propagandísticos eran similares a los estadounidenses, no focalizaron tanto su atención en la producción, sino en enardecer los ánimos nacionalistas y promocionar al partido Nazi. Hitler era un gran partidario de la propaganda, y tenía como encargado de la misma a su mano derecha, Joseph Goebbels. Igualmente, uno de los puntos fundamentales de la propaganda nazi era el odio a los judíos y las razas inferiores, mientras, enaltecían los rasgos de la raza aria.

La propaganda nazi recurría a carteles en los que el pueblo judío era representado como subhumano, con cuerpos deformes y anormales, enemigos de la supuesta raza perfecta, la raza aria. Se recurría al uso de estereotipos que enfrentaban a los decadentes judíos con los soldados nazis. Los judíos eran mostrados con narices enormes y espaldas jorobadas. Es evidente que el nacionalismo extremo y racista alemán pretendía hacer crecer el odio a los judíos entre todos los componentes de la sociedad alemana. No cabe duda de que la propaganda ayudó sobremanera al partido Nazi a crecer y conseguir muchos de sus objetivos.

Los alemanes, sin embargo, no fueron los únicos en utilizar imágenes deshumanizadoras de sus enemigos. Igualmente, en los Estados Unidos los propagandistas recurrieron a caricaturas de los japoneses, que aparecían como animales y monstruos agresivos y depravados. El ataque directo y sin aviso de Pearl Harbor ayudó a porpagar el odio hacia los japoneses en gran parte de la sociedad estadounidense, mientras hizo surgir el deseo de la venganza y la recuperación del honor nacional.

El uso de películas propagandísticas fue, a su vez, un recurso utilizado en ambos bandos debido a la velocidad y el gran alcance de su mensaje. Igual que se instaba a los trabajadores a ayudar en el esfuerzo bélico, los Gobiernos pidieron la colaboración de los cineastas para elaborar películas que contribuyeran en la difusión de la propaganda nacionalista.

En Alemania Joseph Goebbels fue el principal partidario del uso de películas propagandísticas. Ciudadanos de toda Alemania asistían con frecuencia durante prácticamente todo el conflicto a teatros en los que se proyectaban grabaciones sobre el desarrollo de la guerra en ambos frentes. Evidentemente, estas películas estaban compuestas solamente por escenas que ayudaran a la causa nazi. El uso de imágenes bélicas, marchas militares y lenguaje agresivo estaba destinado a enardecer a la nación alemana y crear un vínculo entre ella, el Ejército, y el partido Nazi. Se pretendía que las películas apelaran al patriotismo de los alemanes y los persuadieran de unirse tanto al partido como a la milicia.

Los Estados Unidos recurrieron, de la misma manera, al poder de las películas para promover el nacionalismo entre sus ciudadanos. Una imagen recurrente era el ataque sufrido en Pearl Harbor, con el fin de aumentar los deseos de venganza apelando tanto al orgullo personal como al de la nación herida. Tampoco cabe duda del éxito de la propaganda a la hora de levantar el nacionalismo estadounidense, puesto que la participación de la ciudadanía no solo como voluntarios, sino también en la compra de bonos de guerra, no tuvo parangón.

La reconstrucción del mapa mundial tras la guerra

Los resultados en la distribución de territorios tras la Segunda Guerra Mundial supusieron una profunda alteración del equilibrio de poderes a nivel planetario. La principal consecuencia fue la división del mundo en dos bloques, uno capitalista y otro comunista. Es de especial relevancia el caso de los países bajo el control de la URSS, puesto que esta potencia apenas tuvo en cuenta sus reivindicaciones nacionalistas y de independencia política y económica, lo que a la larga le supondrá la aparición de numerosos conflictos.

De gran importancia es, a su vez, la evidente debilidad de los países europeos, con unas pérdidas gravísimas, lo cual fue aprovechado por los países coloniales para potenciar los movimientos nacionalistas y dar inicio, especialmente durante la segunda mitad del siglo, al proceso de descolonización, que analizaremos más adelante. Este proceso tuvo el apoyo de los dos grandes bloques, deseosos de aumentar su área de influencia, lo cual acabó desembocando en una suerte de neocolonialismo.

De forma pormenorizada, la Unión Soviética recuperó los territorios ocupados por la Alemania nazi y se expandió a costa de las repúblicas bálticas de Estonia, Letonia y Lituania. Además ocupó la Carelia finlandesa, la parte de Prusia oriental de Polonia y Alemania, y la región rumana de Besarabia. Este cambio de fronteras supuso la movilización masiva de refugiados, lo que añadió todavía más dolor a unos habitantes que ya habían sufrido los horrores de la guerra. Por último, los soviéticos ocuparon también las islas japonesas de Kuriles y Sajalín.

Bajo control del bloque socialista quedaron, en Europa, Alemania Oriental, Polonia, Hungría, Bulgaria, Checoslovaquia, Rumanía, Albania y Yugoslavia. En la mayoría de estos países se establecieron Gobiernos títeres al servicio de la Unión Soviética, lo cual, como ya se ha avanzado, hizo aparecer un creciente descontento nacionalista que comenzaría a tomar fuerza durante la década de los cincuenta. Casos diferentes son los de Albania y Yugoslavia. Los regímenes comunistas de Enver Hoxha en Albania y la Yugoslavia de Tito buscaron una vía que los

alejara del control soviético. En este último caso, las disputas nacionalistas tradicionales de los Balcanes quedaron relativamente sofocadas, aunque existían protestas constantes y la situación acabaría por volverse insostenible tras la muerte del líder en 1980.

Estos países sufrieron, además, cambios territoriales. Además de las cesiones a la Unión Soviética, encontramos la pérdida por parte de Bulgaria de Macedonia, que pasó a ser controlada por Yugoslavia, y de Tracia, que se unió a Grecia. A cambio ocupó la Dobrudja rumana. Polonia, por su parte, a cambio de los territorios anexionados por la URSS, obtuvo de Alemania la región de Silesia y parte de la Prusia Oriental. Checoslovaqua, en cambio, recuperó su integridad excepto por la cesión a la URSS de la pequeña región de la Rutenia subcarpática.

Alemania, por su parte, recuperó los límites de 1918, por lo que la zona en disputa de Alsacia y Lorena quedó definitivamente bajo control francés. Su territorio, completamente ocupado por los Aliados, se dividió en cuatro zonas controladas por Estados Unidos, Reino Unido, Francia y la Unión Soviética. Lo mismo sucederá con la capital, Berlín, dividida en cuatro sectores. La definitiva partición de Alemania en dos se produjo en 1949. La zona capitalista pasaría a denominarse República Federal de Alemania, con capital en Bonn; y la comunista República Democrática Alemana, con capital en un Berlín, a su vez dividido en dos zonas.

Italia, a pesar de que había firmado un armisticio con los Aliados ya en 1943, se vio igualmente obligada a realizar la cesión de algunos pequeños territorios. La península de Istria, donde se hallaba la ciudad en disputa de Fiume (Rijeka en croata), pasó a control yugoslavo, aunque Italia consiguió mantener la ciudad de Trieste. Además, la isla de Rodas y el archipiélago del Dodecaneso fueron entregados a Grecia. Aparte, obviamente la Albania ocupada consiguió su independencia. Por último, Italia se vio obligada a ceder el control de sus colonias en África: Etiopía, Somalia, Eritrea y Libia.

Encontramos también cambios en Asia y Oceanía, puesto que Japón se vio obligado a renunciar a todo su imperio. La isla de Taiwán fue devuelta a China, aunque en 1949 se conformaría como un Estado independiente bajo el dominio de los nacionalistas chinos, expulsados tras la victoria de los comunistas en la guerra civil china. Corea quedó a su vez dividida en dos Estados distintos a la altura del paralelo 38°. El norte quedó bajo influencia soviética y el sur bajo protección estadounidense. Por último, Estados Unidos aprovechó las circunstancias para ocupar algunas islas del Pacífico.

Como se puede comprobar, los cambios territoriales fueron algo menores que los acontecidos tras la Primera Guerra Mundial, pero aun así supusieron el desplazamiento de millones de personas, lo que no hizo sino sumar más dolor a un mundo devastado por el conflicto. Los principales afectados fueron los alemanes, puesto que cerca de 12 millones de ellos fueron expulsados de los territorios bajo control comunista de la Unión Sovética, de los Sudetes checoslovacos, de Polonia y de los Balcanes.

En cuanto al resto de movimientos poblacionales, dos millones de polacos fueron realojados desde las zonas bajo control soviético hacia la nueva Polonia comunista. A su vez, unos 450 000 finlandeses habitantes de la Carelia se trasladaron tras la ocupación comunista. Además, una parte de la población húngara de Checoslovaquia fue expulsada a su país de origen. Por último, unos siete millones de japoneses dispersos por los territorios anteriormente conquistados fueron obligados a retornar a su archipiélago de origen.

Una nueva visión del nacionalismo

Tras una Segunda Guerra Mundial todavía más cruenta que la primera y en la que el nacionalismo había vuelto a jugar un papel fundamental como desencadenante y combustible del conflicto, la concepción global de esta ideología cambió de forma radical. Su zona de mayor relevancia se trasladó de

la Europa de las potencias en continua competición al mundo colonial, que despertaba y veía en ella el sustento teórico en el que basar la consecución de su independencia.

A diferencia del período de entreguerras, el nacionalismo en Europa tras la Segunda Guerra Mundial pareció desvanecerse. Era el momento de la reconstrucción y la cooperación, pero también del frío enfrentamiento contra la amenaza comunista. No cabía, entonces, un resurgir de la antigua concepción nacionalista que volviera a enfrentar a los países europeos capitalistas entre ellos. Por estas fechas se da, entonces, la aparición y el desarrollo de organizaciones internacionales de colaboración política, económica y militar como la OTAN en 1949 o la Comunidad Europea del Carbón y del Acero en 1950, germen de la futura Unión Europea. Sin embargo, problemas como la división de Alemania dejaban patente que las cuestiones vinculadas con el Estado nación tradicional seguían todavía vigentes.

El nacionalismo tras la Segunda Guerra Mundial, pues, dejó de tener la incidencia que había tenido en el pasado a la hora de influir sobre las políticas de las grandes potencias occidentales. Esto no supuso, sin embargo, la desaparición de conflictos vinculados con esta ideología en el seno del Viejo Continente, si bien son de carácter periférico y no llegarían a alcanzar la relevancia de los dos enfrentamientos mundiales.

Por supuesto, el nacionalismo como ideología distó mucho de desaparecer después de 1945, sino que, como ya se ha adelantado, se propagó por los países colonizados de Asia y África. En estas naciones cabe, además, destacar la importantísima influencia que el comunismo tuvo sobre los movimientos independentistas, hecho aprovechado por la Unión Soviética con el fin de aumentar su área de influencia. Los pormenores de la incidencia del nacionalismo sobre el proceso de descolonización los veremos a continuación.

8

Nacionalismo y descolonización

El despertar nacionalista en los países colonizados. Vinculación general entre nacionalismo y descolonización

No cabe duda de la relevancia de la aparición de la ideología nacionalista y el posterior desarrollo de movimientos bajo el signo de dicha ideología como causa fundamental de la consolidación de una mentalidad encaminada hacia la emancipación, que marcaría el camino de la descolonización durante el siglo XX. El nacionalismo aparecería en un primer momento en Asia de forma generalizada. África era un territorio menos desarrollado, por lo que el nacionalismo comenzó siendo más débil y se desarrollaría más tardíamente.

En la conformación de la ideología nacionalista en los países colonizados juega un papel fundamental la contradicción mostrada por las metrópolis, defensoras para sí de una plena autonomía política y económica que luego negaban a sus colonias. Además, la participación de tropas coloniales en ambas guerras mundiales y la existencia de una élite de jóvenes nativos que habían podido estudiar en universidades occidentales provocaron la difusión de ideologías democráticas y liberales vinculadas con las ideas de soberanía e independencia e incluso de denuncia al capitalismo imperialista. Asimismo, la situación de continua explotación por parte de las metrópolis generó un rechazo que llegó a provocar el odio racial contra los europeos. En último lugar, asistimos a un desarrollo de movimientos culturales dedicados a reivindicar las identidades nacionales y a recuperar los valores históricos frente a las imposiciones europeas.

Cabe, por otro lado, mencionar el proceso de conversión de los movimientos nacionalistas en auténticos movimientos de masas. Para ello fue crucial el papel jugado por los líderes nacionalistas, generalmente procedentes de esas clases privilegiadas que habían tenido la opción de recibir una educación occidental. Estos líderes carismáticos buscaron personificar el ideal nacionalista y, mediante su autoridad moral, establecer programas políticos que serían aceptados por los habitantes oprimidos de las metrópolis.

Más allá de estos aspectos, debemos señalar que las dos guerras mundiales acontecidas en la primera mitad del siglo XX tuvieron una notabilísima repercusión en la relación entre las metrópolis y las colonias. El esfuerzo bélico provocó una situación de dependencia, puesto que las potencias necesitaban urgentemente los recursos de sus colonias. Así, las consecuencias bélicas transformaron sobremanera las relaciones entre las potencias europeas y sus territorios coloniales.

Ya en la Primera Guerra Mundial comenzaron desde las metrópolis las promesas de autodeterminación a cambio de apoyo bélico, si bien en la gran mayoría de los casos estos pactos nunca se cumplieron. Se usaron además soldados provenientes de las colonias en la dura guerra de trincheras

y gran parte de los puestos de poder en las colonias fueron ocupados por locales, puesto que los funcionarios de origen europeo eran reclamados por las metrópolis. Además, el esfuerzo bélico provocó un estrangulamiento económico en los imperios que alentó el malestar entre sus habitantes.

A pesar de las gravísimas consecuencias de la Primera Guerra Mundial, las potencias occidentales parecían todavía convencidas de la pervivencia del sistema colonial. Durante el conflicto realizaron numerosas promesas de reformas a sus colonias con el fin de mantener su apoyo, pero estas fueron posteriormente incumplidas. Esto supuso un factor más a la hora de comprender el comienzo del proceso de desmantelamiento del sistema imperialista.

Además, el comentado auge de los nacionalismos en el período de entreguerras y la crisis económica global provocó el crecimiento de movimientos anticoloniales. En muchos casos, estos fueron apoyados tanto por Estados Unidos, a tenor de las premisas expuestas por el presidente Wilson, como por la Unión Soviética, que veía el colonialismo como una forma de dominación mundial capitalista.

La Segunda Guerra Mundial acarrearía unas consecuencias todavía más graves que la anterior. Durante el conflicto colapsaron en Asia tanto los imperios europeos como el japonés. Finalmente, Europa tomó conciencia de que había perdido su posición hegemónica en el mundo. Así, y ante la oposición de unos movimientos anticoloniales cada vez más fuertes, alentados tanto por Estados Unidos como por la Unión Soviética, resultaba inviable mantener el control sobre las colonias más importantes del continente asiático. La ONU mostró, además, una posición contraria al colonialismo que presionó todavía más a las potencias colonizadoras a abandonar el obsoleto sistema imperial.

Es momento, pues, de hablar del importantísimo papel jugado por los dos principales organismos internacionales de la primera mitad del siglo xx, primero la Sociedad de Naciones y luego la Organización de las Naciones Unidas. Ambas entidades dinamizaron y favorecieron el proceso de descolonización apoyando de forma decisiva a los movimientos opuestos al dominio imperialista.

Con el fin de la Primera Guerra Mundial y al amparo de las ideas del presidente norteamericano Woodrow Wilson, se constituía en 1919 la Sociedad de Naciones, una organización de carácter supranacional que tenía como objetivo velar por la paz mundial y convertirse en lugar de debate entre las naciones sin que estas tuvieran que recurrir a las armas. A pesar de que la consecución de una entidad de estas características fue ya un éxito de por sí, el devenir de los acontecimientos demostró su fracaso como garante de la paz.

A pesar de ello, debemos destacar su papel a la hora de gestionar los Gobiernos de los territorios coloniales que hasta el momento se hallaban bajo el control de las potencias que habían sido derrotadas en la Primera Guerra Mundial. Para ello instauraron un sistema de mandatos que imponía la tutela internacional sobre dichos territorios, representada por un país colonizador que debía rendir cuentas a la Sociedad de Naciones. Así, este nuevo sistema alteró de forma sustancial la administración y la división territorial de las colonias.

Tras la conclusión de la Segunda Guerra Mundial, sería la ONU la que tomaría el relevo de la disuelta Sociedad de Naciones. Esta nueva organización se basaba en la igualdad soberana de todos sus miembros. La ONU no se mostró firmemente partidaria de la descolonización en sus orígenes, aunque no tardó en convertirse en la principal plataforma desde la cual los representantes de los países colonizados pudieron dar alcance internacional a sus discursos en pos de la autodeterminación.

Ante esta situación, la ONU estableció un sistema perfeccionado de mandatos denominado «régimen de administración fiduciaria». Así, los pueblos que tuviesen la intención de acceder a un libre régimen administrativo se verían sometidos a una tutela internacional encargada de promover el desarrollo político, social y económico, y encaminada a proveerlos de los medios propios para acceder al autogobierno y la libre determinación. Por otra parte, la ONU se encargaría de controlar el conjunto de aquellos

territorios que se denominarían no autónomos, es decir, los que no se encontraban bajo el régimen de administración fiduciaria porque, o bien no habían conseguido su autogobierno, o bien todavía seguían siendo controlados por países que pertenecían a la propia ONU.

Nos encontramos entonces en la década de los cincuenta en un contexto internacional protagonizado por la Guerra Fría y la división del mundo en dos bloques opuestos. En este período asistimos a un acercamiento entre países asiáticos y africanos deseosos de obtener su independencia. Así se reforzaron los lazos entre los continentes y se estableció una neutralidad ante las potencias hegemónicas en un claro posicionamiento anticolonial que pretende la obtención de la independencia de los territorios todavía oprimidos.

La división del mundo en dos bloques durante la Guerra Fría, además, permitió a los grupos defensores de la independencia de las colonias proveerse de armas provenientes del bando al cual apoyarán. La carrera armamentística, la lucha por el poder y la competición entre las potencias animaron a emplear el recurso de la violencia por parte de los movimientos anticoloniales.

Este sentimiento de hermandad entre los pueblos subyugados desembocó en la convocatoria de una serie de conferencias, siendo la más importante la de Bandung, que se celebraría el 18 de abril de 1955. Sus principales promotores fueron el primer ministro de la India, Nehru, y el presidente de Indonesia, Sukarno. A ella no asistieron las grandes potencias occidentales. Serían veintinueve los países, tanto de Asia como de África y que habían alcanzado de forma reciente su independencia, los que se reunieron con el fin de favorecer la comprensión mutua y fomentar las relaciones entre ambos continentes. Se analizó la problemática económica, social y cultural en los nuevos países, con especial atención a las cuestiones vinculadas con la soberanía nacional, los conflictos racistas y el colonialismo todavía vigente en el resto de territorios. En el plano internacional, se estableció la neutralidad de Asia y de África ante la política de bloques y la necesidad de contribuir a la paz y la cooperación global.

Como se puede comprobar, los objetivos eran muy amplios y esto, sumado a los múltiples intereses en juego de los asistentes, provocó que los resultados de la conferencia de Bandung no fueran demasiado concretos. Sin embargo, no cabe duda del hito histórico que supuso dicha conferencia y del papel fundamental que jugó en el proceso de toma de conciencia de los pueblos oprimidos de los continentes de Asia y África.



Conferencia de Bandung. Celebrada en abril de 1955 en la localidad indonesia de Bandung, siendo el anfitrión el presidente del país, Ahmed Sukarno (en la foto, en el estrado) y en la que participaron veintinueve Estados de África y Asia. De dicha conferencia surgió el Movimiento de Países no Alineados, contrario a la división del mundo en dos bloques contrapuestos.

NACIONALISMO Y DESCOLONIZACIÓN EN ÁFRICA

El reparto colonial de África entre 1870 y 1900 supuso que, a principios del siglo XX, la práctica totalidad del continente africano estuviera bajo control de las metrópolis europeas. El continente se encontró, durante más de medio siglo, dominado por los poderes imperialistas. Desde el primer momento esto provocó la oposición de los nativos africanos, que intentaron resistir el Gobierno colonial y mantener la posesión de sus tierras, pero carecían del poder militar necesario para defenderse de la conquista europea.

La pérdida de poder de las administraciones locales y la introducción de sistemas de Gobierno extranjeros despertaron sentimientos de resistencia entre la gran mayoría de la población, pertenecieran o no a la clase política. La explotación extrema de los recursos humanos y naturales de África por parte de las potencias coloniales no hizo sino provocar el crecimiento de de los deseos de autodeterminación entre la población africana. Así, los movimientos anticoloniales crecieron de forma progresiva y se organizaron a escala global para, pacíficamente en algunos casos y violentamente en otros, desprenderse de toda forma de explotación colonial.

A la hora de comprender los factores que desembocaron en el auge del nacionalismo africano es conveniente señalar dos categorías. La primera es la de los factores internos, es decir, aquellos que tuvieron lugar en el seno del continente africano y que generalizaron los sentimientos nacionalistas entre sus habitantes. La segunda, la de los factores externos, son los eventos y circunstancias que tuvieron lugar fuera de África pero que influyeron de forma determinante a la hora de potenciar el nacionalismo en este continente.

Entre los factores internos debemos contar, en primer lugar, con el papel de la educación colonial. La introducción de sistemas de educación relativamente desarrollados en las colonias supuso la aparición de una élite intelectual que se encargó de liderar el auge del sentimiento nacionalista. Fueron pocos los africanos que disfrutaron de esta educación, pero ello permitió que la gran mayoría de ellos tomara conciencia de los derechos que les correspondían.

Por otro lado, la colonización supuso en la mayoría de sus consecuencias una experiencia negativa, basada en la opresión y la explotación con el fin de maximizar los beneficios económicos obtenidos desde las metrópolis. Obviamente, políticas como el trabajo forzado, los excesivos impuestos, la confiscación de tierras o la discriminación racial no hicieron sino generar descontento y odio entre los ciudadanos africanos.

El desarrollo de los medios de comunicación de masas jugó también un gran papel a la hora de expandir la información, tanto entre la aislada población rural como en las ciudades donde se gestó el núcleo de los movimientos independentistas. Se generalizó el uso de periódicos para exponer la explotación colonial y movilizar a los africanos hacia la lucha nacionalista.

Por último, entre los factores internos, debemos destacar la influencia tanto de los dos países independientes tras el reparto colonial, Liberia y Etiopía, como de Ghana, el primer país en deshacerse del dominio extranjero. Liberia y Etiopía sirvieron como ejemplo de cómo era posible para los africanos mandar en sus propios países e influyeron de forma determinante en el desarrollo del nacionalismo en el continente. Ghana, por su parte, logró la independencia en 1957 de la mano, esencialmente, del líder Kwame Nkrumah, que instó al resto de países africanos a seguir su ejemplo.

Entre los factores externos ya hemos adelantado la relevancia del impacto de la Segunda Guerra Mundial, donde combatieron un gran número de soldados africanos que, a la vuelta a las colonias, aplicaron sus recientemente adquiridas habilidades militares para organizar a sus compañeros africanos frente a los colonialistas. Además, la intensificación de la explotación económica sobre las colonias, debida a la guerra, no hizo sino profundizar en el rechazo africano frente al dominio europeo.

Debemos también tener en cuenta la influencia global del panafricanismo, un movimiento organizado desde África para oponerse al racismo y la opresión del hombre blanco. Un hito fundamental es la conferencia de 1945 de Manchester, a la cual asistieron una serie de representantes de los distintos países africanos que, en muchos casos, se convertirían posteriormente en líderes de los movimientos de independencia.

Ya se ha comentado, al comienzo de este capítulo, el papel de la Organización de las Naciones Unidas a la hora de facilitar la independencia de los países africanos. Como garante de la paz, la seguridad y el desarrollo, proveyó a los africanos de bienes y recursos y presionó a los poderes coloniales para que facilitaran el camino hacia la independencia de los países bajo su control.

Tras la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos se irguió como el líder indiscutible del bloque capitalista, gracias en gran parte al auge de su economía y al declive de la europea, ya que no sufrió el conflicto en su territorio (excepto el ataque de Pearl Harbor) y se encargó de proveer de material a las naciones europeas. Puesto que Estados Unidos no contaba con colonias de relevancia, se encargó de potenciar el nacionalismo en África con el fin de establecer su influencia como suerte de potencia neocolonial sobre los países independizados. Así, Estados Unidos ayudó a la formación de partidos políticos de corte nacionalista y proporcionó soporte financiero y militar a los movimientos independentistas.

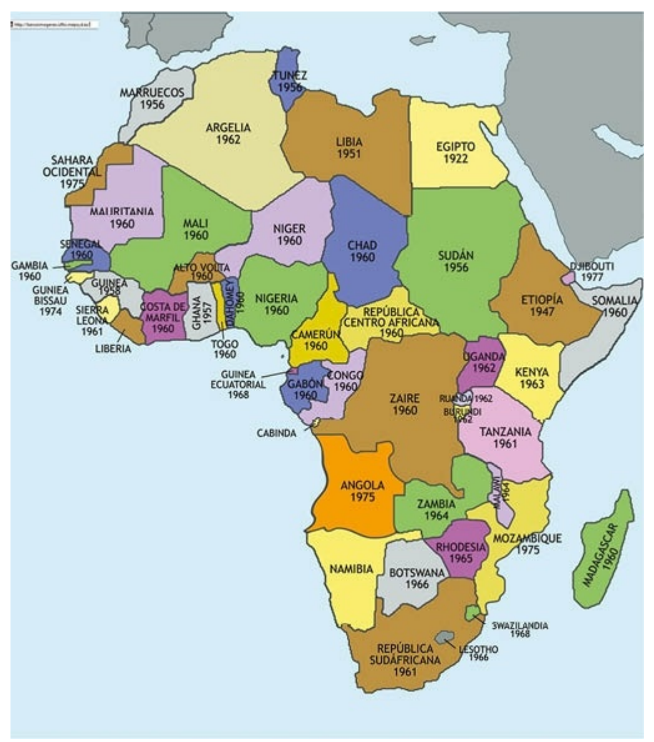
A su vez, la Unión Soviética jugó un papel semejante al estadounidense apoyando la descolonización de África tanto por cuestiones ideológicas como por el interés en propagar el socialismo en los países independientes. Igual que Estados Unidos, ayudó a la formación de partidos políticos nacionalistas de corte socialista y proveyó a las milicias independentistas de izquierdas de apoyo financiero y material militar.

Por último, la independencia de los países asiáticos, a pesar de sus peculiaridades y los caminos diferentes que tomaron respecto a los africanos, supuso un ejemplo en el mundo colonial. La independencia pacífica de India y Pakistán respecto a Gran Bretaña en 1947 y de Birmania en 1948 supuso una lección para los independentistas africanos y reforzó el sentimiento nacionalista en el resto de países bajo dominio colonial.

En cuanto al desarrollo del proceso de descolonización en África, debemos partir de un cambio de estrategia a partir del fin de la Primera Guerra Mundial, puesto que comienzan a dejarse de lado las luchas nacionalistas de resistencia para optar por vías más pacíficas, de la mano de asociaciones sociales y de bienestar, compuestas en su mayor parte por africanos trabajadores en distintos sectores económicos bajo el dominio de la administración colonial.

Estas asociaciones se formaron para luchar contra las terribles condiciones laborales de los africanos y contra la explotación de su territorio. No reclamaban específicamente una independencia política, sino que pedían una reforma en los Gobiernos coloniales para que estos respetaran los derechos de los ciudadanos africanos. Los ejemplos más comunes están vinculados con movimientos religiosos, asociaciones de obreros, asociaciones de campesinos o asociaciones tribales.

Los movimientos religiosos africanos nacidos a partir de las Iglesias misioneras de época colonial se opusieron a los líderes eclesiásticos europeos que discriminaban a la Iglesia africana y se oponían a las costumbres y tradiciones del continente. Además, tomaban parte en protestas contra la expropiación de tierras, el trabajo forzoso y la participación de los africanos en las guerras europeas. Consiguieron llamar la atención de la población sobre las injusticias sociales, estimularon la lucha hacia la independencia nacional y favorecieron la unidad de todos los africanos en la reivindicación de sus derechos. Sin embargo, estos movimientos carecían de fondos económicos y contaron con la oposición de la Iglesia y el Gobierno colonial, lo cual dificultó sobremanera su labor.



Mapa de la descolonización de África

Con el paso del tiempo estas asociaciones promovieron el crecimiento de un nacionalismo de masas que acabó desembocando en la formación de partidos políticos. Se utilizaron campañas de propaganda, periódicos y actos de boicot para llamar la atención entre los distintos grupos oprimidos. Su objetivo final era unir a las masas con el fin de luchar contra un enemigo común, el colonialismo. En esto jugaron un papel fundamental jóvenes y mujeres que alentaron a sus semejantes a sumarse a la lucha. La gran mayoría de estos partidos optaban por medios pacíficos para luchar por la independencia con el fin de evitar las pérdidas humanas y materiales en el proceso.

Sin embargo, sufrieron restricciones legales por parte de los Gobiernos coloniales con el fin de reducir sus actividades. En muchos casos, además, se opusieron entre sí a la hora de convertirse en los líderes de los movimientos independentistas, puesto que encontramos tanto partidarios

de una vía capitalista como de otras cercanas al socialismo. Por otro lado, no contaban con demasiados medios económicos y en muchos casos era muy difícil que su mensaje llegara a la totalidad de la población de unos países eminentemente rurales.

El definitivo proceso de descolonización contó con numerosas particularidades regionales, si bien en general podemos establecer tres formas de llevarlo a cabo: mediante medios pacíficos, mediante la lucha armada o mediante un alzamiento revolucionario.



Julius Nyerere en la revista estadounidense *Time* de marzo de 1964. Primer presidente de la república de Tanzania entre 1964 y 1985, intentó aplicar, sin demasiado éxito, los principios socialistas en su país.

Como ejemplos de descolonización a través de medios pacíficos podemos poner Tanganica (actual Tanzania) o Uganda. Tanganica, colonia británica, contó tras la Segunda Guerra Mundial con una delegación de la ONU dedicada a promover el desarrollo del país hacia el autogobierno. Allí además jugaron un papel esencial los medios de comunicación como el periódico *Sauti Ya Tanu*, no solo en las zonas urbanas sino en aquellas áreas rurales con un cierto grado de alfabetización. Un factor característico es, además, la unidad lingüística, puesto que la gran mayoría de habitantes de Tanganica hablaban el kiswahili, lo cual favorecía la comunicación y favorecía un sentimiento de unidad.

El principal obstáculo en la consecución de la independencia en Tanganica se encuentra en la rivalidad entre los dos principales partidos, la Unión Africana Nacional de Tanganica (TANU) dirigido por Julius Nyerere y el Partido Unido de Tanganica (UTP). Este último propugnaba la paridad racial en la elección del nuevo Gobierno y no creía en la necesidad de la independencia, mientras que el TANU buscaba una democracia total. El TANU contó con la oposición del Gobierno colonial británico, que a su vez apoyaba al UTP. Finalmente, la convocatoria de unas elecciones generales entre 1958 y 1959 supuso el ascenso al poder de Nyerere y la consecución de la independencia en 1961 como dominio dentro de la Mancomunidad Británica de Naciones y de forma definitiva como república ya en 1962.

En Uganda, por otro lado, encontramos un despertar tardío de la militancia nacionalista debido a las mejores condiciones de trabajo y propiedad de la tierra y la cierta autonomía que poseía el Gobierno local. Asistimos, además, a un fuerte tribalismo, a una clara división de la sociedad en clases y a un conflicto religioso entre protestantes y católicos. El poder de las potencias regionales obligó a la negociación política y a la coalición entre partidos, de forma que Uganda obtuvo su independencia definitiva a través de medios constitucionales en 1962.

La obtención de la independencia mediante el uso de la lucha armada es característica, esencialmente, de los países bajo dominio colonial portugués como Mozambique, Guinea-Bissau o Angola; aunque encontramos otros casos como la Argelia francesa o la Kenia británica. Esta vía se utilizó, en gran medida, debido a la oposición de los Gobiernos coloniales a garantizar la libertad de sus dominios. En estos casos las metrópolis se opusieron incluso al papel mediador de la ONU. De esta forma, a su población no le quedó otra vía para desprenderse del dominio y la opresión colonial que la lucha armada.

Por último, en cuanto al proceso de descolonización mediante revolución, es decir, mediante el derribo del Gobierno existente, cabe destacar el caso de la revolución de Zanzíbar, actual región semiautónoma de Tanzania, de 1964 y liderada por John Okello. Zanzíbar es un caso especial, puesto que el Gobierno colonial británico contaba con el apoyo de una poderosa clase árabe que había dominado el país desde mediados del siglo XVII. Así, el objetivo de la revolución de Okello era no solo derribar al Gobierno colonial, sino también a la minoría árabe para, de esta forma, obtener el poder para los africanos. Zanzíbar había sido reconocida independiente por el Gobierno británico en 1963, pero para los africanos este reconocimiento solo contaba para los árabes, por lo que llevaron a cabo un levantamiento armado que se hizo con el poder en 1964.

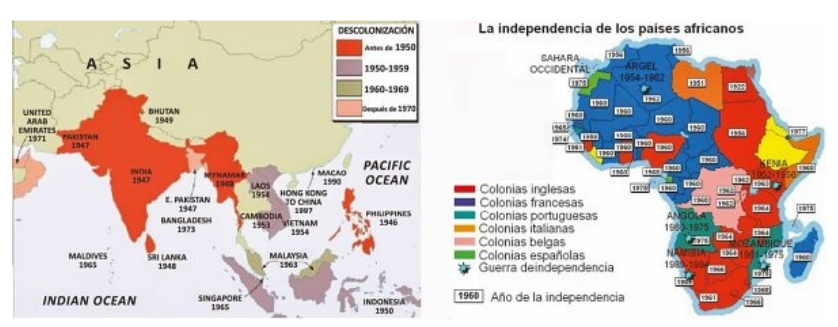
NACIONALISMO Y DESCOLONIZACIÓN EN ASIA

Igual que en el caso africano, los principales factores externos que afectaron al desarrollo del nacionalismo en Asia tienen su origen en el período comprendido entre 1914 y 1945. Los catorce puntos de Wilson proporcionaron el sustento ideológico a los movimientos independentistas, apoyados en muchos casos por los partidos comunistas asiáticos seguidores de las teorías de Lenin opuestas al imperialismo. Además, Francia utilizó tropas procedentes de Indochina e Inglaterra de la India; tropas que a la vuelta a sus países de origen favorecieron la expansión de las ideas de democracia, autogobierno e independencia nacional.

Ya desde 1914 encontramos en la práctica totalidad de Asia movimientos nacionalistas de distinta índole, desde los más moderados a los radicales y revolucionarios que, durante el conflicto, recibieron el apoyo de algunos de los países occidentales con el fin de crear dificultades a sus enemigos en las colonias. Debemos destacar en India el Partido del Congreso y la Liga Musulmana, partidaria a su vez de la independencia de Pakistán. En China encontramos el Kuomintang, de corte nacionalista y opuesto a los comunistas de Mao Tse Tung. Por último, cabe mencionar el Partido Nacional Indonesio en Indonesia y el Viet Minh en la Indochina francesa.

El nacionalismo asiático hunde sus raíces en la tradición e historia de sus propios pueblos y se profundiza a causa de las coordenadas impuestas por el colonialismo y el neocolonialismo. Su origen, reclutamiento, ideología y formas de acción son extremadamente complejas y variadas, aunque cimentadas en un objetivo común: la independencia y la recuperación de la identidad nacional. A ello hay que sumar la extraordinaria influencia de la Revolución rusa de 1917, que elevó los niveles de lucha de los pueblos oprimidos de Asia.

Si bien en los primeros años de las luchas nacionales liberadoras el papel predominante corresponde a los grupos feudal-terratenientes y burgueses, veremos cómo esa dirección recae paulatinamente en representantes de las capas medias, con el apoyo mayoritario de la clase obrera y el campesinado. El espectáculo característico de grandes masas desorganizadas, que siguen a un caudillo a partir de motivaciones variadas, cede progresivamente su lugar a la acción política organizada en partidos, movimientos, sindicatos, asociaciones, etc., de corte contemporáneo.



A la izquierda, evolución cronológica de la descolonización asiática. A la derecha, independencias africanas según el país respecto al que se independizan.

Objetivos y métodos de lucha siguen una evolución similar, destacándose entre los primeros desde las más elementales reformas sin cuestionar el dominio colonial, hasta la idea de la independencia nacional y no aislada, sino unida a nociones de transformaciones sociales y políticas. Los métodos, por su parte, incorporan la experiencia de la huelga tanto reivindicativa como política, la agitación estudiantil, la resistencia pacífica y la desobediencia civil, el boicot económico, la insurrección y la guerra de guerrillas, no como protestas espontáneas y carentes de contenido, sino como vías para alcanzar los objetivos propuestos

El proceso de auge de los movimientos nacionalistas en Asia y del conocido como asiatismo, una suerte de conciencia común en todo el continente caracterizada por la colaboración de los distintos países asiáticos frente al dominio europeo, atravesó tres fases que comenzaron a principios del siglo XX y desembocaron en la Conferencia de Bandung de 1955, que reunió a los Estados asiáticos y africanos que habían obtenido recientemente su independencia.

La primera fase se extiende desde principios del siglo XX hasta la Segunda Guerra Mundial y tiene a Japón como principal protagonista. Japón comenzó a destacar como potencia mundial tras la victoria sobre Rusia en 1905, asimismo, los distintos Gobiernos de principios de siglo promovieron una serie de políticas destinadas a reivindicar el papel de Japón como líder del mundo asiático. En 1926 se convocó el primer congreso panasiático en la ciudad de

Nagasaki, al que asistieron, además de representantes japoneses, delegados procedentes de China, India, Filipinas, Vietnam, Afganistán y Malasia. En él se decidió la creación de una liga de pueblos asiáticos con sede en Tokio y se impulsó la reivindicación de la independencia.

La derrota a manos de los japoneses de las fuerzas de ocupación imperiales de Gran Bretaña, Holanda y Francia durante la Segunda Guerra Mundial impulsó los sentimientos nacionalistas en la gran mayoría de los territorios conquistados por Japón. Numerosos grupos nacionalistas apoyaron, al menos en primera instancia, la ocupación japonesa, aunque en algunos casos esta resultó incluso más dura que la colonial. No cabe duda, sin embargo, de que esta fue una fase fundamental a la hora de comprender el auge del nacionalismo anticolonial en Asia.

La segunda fase, tras el fin de la Segunda Guerra Mundial y extendida hasta 1949, tiene a India como principal dirigente, puesto que encontramos a un Japón derrotado y ocupado por Estados Unidos. Se celebraron dos conferencias panasiáticas en Nueva Delhi que impulsaron la oposición frente a la ocupación europea, en particular en el sureste asiático, relativamente inactivo hasta entonces.

Ante esta situación, durante parte de la década de los cincuenta, Estados Unidos impulsó una forma particular de panasiatismo, favorable a sus intereses comerciales y políticos en una suerte de neocolonialismo. Un ejemplo de esta política es la conferencia de Baguio de 1950, con clara influencia estadounidense. Sin embargo, esta tendencia fue relativamente minoritaria y de menor relevancia que el asiatismo puramente antioccidental.

La Conferencia de Bandung de 1955, promocionada por India e Indonesia, mantuvo la postura de hostilidad ante el dominio occidental, pero expuso la preocupación por las tensiones de la Guerra Fría y la oposición a una posible nueva guerra mundial que conllevaría catastróficas consecuencias. Esta materialización plena del asiatismo se retroalimentó con los movimientos de índole similar en África.

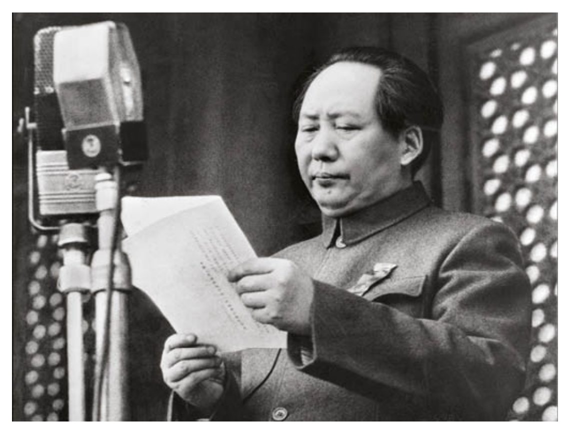
Las vías de obtención de la independencia por parte de las naciones asiáticas pueden dividirse en tres modalidades. La primera sería a través de una guerra civil, como ejemplifica el caso de China. La segunda se obtendría mediante un proceso de negociación política, como sucedió en India. La tercera supondría una descolonización incompleta, como podemos ver en los casos excepcionales de Palestina o Vietnam. Puesto que, por razones de espacio, es imposible abordar la totalidad de movimientos de independencia, estos cuatro casos servirán como ejemplo para comprender el papel del nacionalismo en estos procesos.

En China encontramos ya desde la década de los veinte un conflicto entre los comunistas de Mao Tse Tung y el Kuomintang de Chiang Kai Chek, si bien ambos partidos tienen en común reivindicaciones nacionalistas de oposición al dominio extranjero. Este conflicto se interrumpió por la invasión japonesa de 1931, que dio lugar a la aparición de un enemigo común. Durante la guerra el Partido Comunista Chino amplió su base, sobre todo a través de promesas de reparto de tierras entre los campesinos y apelando a la lucha nacionalista frente al invasor japonés. La guerra civil se reanudó tras la derrota japonesa en 1945 y concluyó en 1949 con la victoria de Mao y el exilio de los líderes nacionalistas a Taiwán.

Durante el conflicto, Mao apeló a un frente común de trabajadores, campesinos y pequeños burgueses chinos que se unieran con el fin de combatir al imperialismo y a las potencias capitalistas. Tras la victoria, desapareció la influencia colonial occidental, si bien en un primer momento la Unión Soviética procuró mantener su apoyo con el fin de promover su influencia en la zona. A la altura de 1958, sin embargo, en un nuevo llamamiento al nacionalismo chino, Mao decidió abandonar el modelo soviético y convertirse en una potencia comunista al margen de Moscú.

En el caso indio, a pesar de ser modelo de independencia negociada, encontramos ya en 1857 un conflicto anticolonial que sentó las bases de los movimientos nacionalistas. Esta guerra de independencia tiene su origen en las diferencias étnicas y culturales entre los soldados indios, tanto hindúes como musulmanes, con sus oficiales británicos. La chispa

que inició dicho conflicto fue el rumor de que se utilizaba grasa de vaca, animal sagrado para los hindúes, o de cerdo, prohibido para los musulmanes, para engrasar los cartuchos de un nuevo modelo de rifle introducido en el ejército británico.



Mao Tse Tung proclama, el 1 de octubre de 1949 en Pekín, la República Popular China tras vencer en la guerra civil

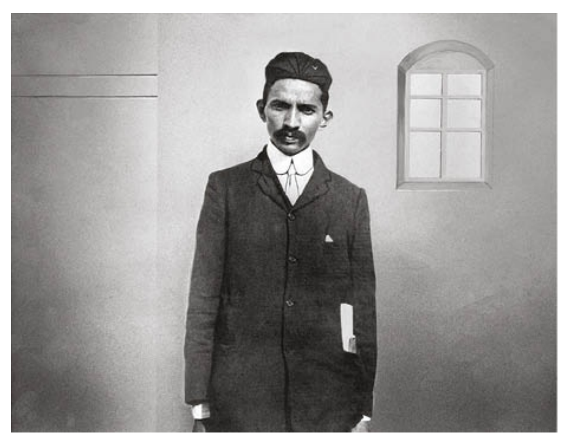
La organización del movimiento de independencia indio tiene como principal protagonista a una minoría intelectual educada según el modelo occidental que comenzó a realizar reivindicaciones políticas con el fin de modificar o directamente derribar el modelo de control colonial. El ejemplo más conocido es el de Mahatma Gandhi, nacido en Porbandar y estudiante de derecho en Gran Bretaña, que trabajó en Sudáfrica durante más de veinte años. La injusticia del régimen colonial le impulsó a participar en los asuntos políticos, primero en Sudáfrica y luego en su país de origen. Se convirtió en líder del nacionalismo indio y alcanzó el reconocimiento internacional por su defensa de tácticas no violentas en la lucha política.

La lucha de Gandhi comenzó ya en 1915 y se caracterizó por el boicot a los productos, trabajos y reconocimientos británicos. Ante el crecimiento de la oposición popular, desde 1931 los británicos se comprometieron a negociar con Gandhi y en 1935 promulgaron una nueva Constitución. Sin embargo, en 1942 Gandhi instó a los británicos a abandonar la India y organizó una campaña de desorden civil que provocó su arresto y encarcelamiento.

Además del papel de Gandhi, es importante destacar la Liga Musulmana dirigida por Ali Jinnah, que temía que la independencia de la India supondría un dominio de los hindúes sobre los musulmanes. Su principal reivindicación era la separación en dos naciones de las mayorías musulmana e hindú, como así instó al Gobierno británico desde la década de 1940.

Gran Bretaña accedió a acelerar el proceso independentista, pero los enfrentamientos violentos entre hindúes y musulmanes de 1946 provocaron que la independencia no se proclamara hasta 1947, tras una partición del territorio en dos países, la India eminentemente hindú y Pakistán, con mayoría musulmana, si bien la tensión y los conflictos han sido constantes desde entonces. La partición supuso expulsiones en masa que en algunos casos acabaron en masacres. Gandhi se opuso a esta medida, pero fue asesinado en 1948 por un fanático hindú mientras protestaba por la persecución a los musulmanes.

El caso particular de descolonización violenta e incompleta de Palestina se debe, en gran medida, a la presencia de grupos europeos de inmigrantes judíos desde la declaración Balfour de 1917, promovida por el Gobierno británico con el fin de fundar una nación judía en los territorios bajo su dominio colonial en Palestina. Desde entonces el número de inmigrantes se incrementó, en especial tras la Segunda Guerra Mundial, a consecuencia del Holocausto. En 1947 finalizó el dominio británico de Palestina y la ONU propuso una partición no aceptada por ninguna de las partes. En 1948 los judíos asentados en la zona establecieron el Estado de Israel, lo cual supuso el desarrollo de una serie de conflictos regionales que duran hasta nuestros días.



Gandhi cuando se encontraba en Sudáfrica como abogado en 1900

En Vietnam la principal causa de su proceso de descolonización violento y todavía incompleto se debe a los lazos coloniales de la metrópolis francesa y a la política de rivalidad entre bloques de la Guerra Fría. El dominio francés desde la década de 1880 se basó en la explotación económica de los recursos del país, en particular del arroz, la minería y el caucho. La riqueza de los recursos naturales del país hicizo que Francia obstaculizase cualquier intento de oposición al Gobierno colonial.

El principal líder político de la independencia fue Ho Chi Minh, otro ejemplo de minoría educada en Occidente. Fundó en 1941 el Viet Minh, principal partido nacionalista de corte comunista y que inició una guerra de guerrillas contra Francia entre 1946 y 1954, durante la cual contó con el apoyo chino. En 1954, tras la derrota francesa en Dien Bien Phu, la Conferencia de Ginebra dividió el país en dos, Vietnam del Norte controlado por comunistas y Vietnam del Sur bajo influencia estadounidense, que vio en Vietnam una oportunidad de frenar el avance del comunismo en Asia.

Esta presencia de la potencia militar y económica estadounidense se prolongó durante más de veinte años y la guerra llevada a cabo entre 1964 y 1975 se caracterizó por ser una de las más cruentas generadas por los Estados Unidos bajo el pretexto de combatir el comunismo. Su derrota en 1975 permitió a las fuerzas nacionalistas de Vietnam, bajo el liderazgo de Ho Chi Minh, unificar los dos territorios y fundar la República Socialista de Vietnam.

Nacionalismo y Tercer Mundo hoy en día

Por desgracia, son muchos los ejemplos de Estados fallidos en los Estados poscoloniales de Asia y África, debido a la incapacidad de formar y consolidar una esfera pública dentro de la cual los ciudadanos se sientan parte de la toma de decisiones políticas y, en consecuencia, se integren en las estructuras del Estado. De esta forma, la situación del tercer mundo contradice las premisas clásicas del nacionalismo que proponen la independencia de las naciones como objetivo esencial, puesto que aunque esta se ha conseguido, encontramos una falta generalizada de concordia y paz civil en la que la obediencia al poder central se asegura a través del uso de la fuerza o de las amenazas.

Así, como en el caso de numerosos territorios del tercer mundo, cuando el sentimiento de libre pertenencia y participación política no está ampliamente aceptado por la población, es muy difícil hablar de nación, con todas las connotaciones que este término implica. De esta forma, muchas entidades del tercer mundo se encuentran todavía implicadas en un proceso de construcción nacional, buscando instituciones que aseguren la lealtad al poder central sin recurrir a métodos que limiten la libertad individual de los ciudadanos.

En la gran mayoría de los casos, los Estados surgidos de los procesos de descolonización mantuvieron los sistemas de administración occidentales y se vieron incapaces de minimizar las influencias políticas de los clanes y clientes que habían colaborado en el mantenimiento del sistema previo. De esta forma no pudieron promover la creación de una esfera pública en la que se pudiera ejercer una ciudadanía política de carácter universal y que reflejara las bases del nacionalismo clásico liberal.

El papel del ejército en la construcción de estos sistemas nacionales desiguales ha sido fundamental. Es bastante común que esta institución se erigiera como adalid del nacionalismo anticolonial y, desde esta postura de superioridad, reprodujera las estructuras políticas desiguales

características del período colonial. Los ejércitos unificaron los países y, mediante el control de la propaganda y los medios de comunicación, lograron la adhesión de un importante porcentaje de la ciudadanía, pero mantuvieron una profunda desigualdad política.

En general, el corto alcance de los objetivos conseguidos por los movimientos nacionalistas en el tercer mundo se puede atribuir a la carencia de las herramientas intelectuales necesarias para la creación de un vínculo social desde una perspectiva política, ideológica e histórica. La inconsistencia política de los lazos tradicionales y religiosos sobre los que se fundamentan las naciones poscoloniales no ha hecho sino condenarlas a mantener las tradiciones, mientras perduran sistemas políticos sustentados en una profunda desigualdad.

Puede que estas estructuras tradicionales no posean una eficacia política, pero continúan influyendo sobre la cultura y el comportamiento de los ciudadanos. Así, perdura un espíritu tradicionalista que lucha contra la degradación de las costumbres frente a la amenaza de la modernidad, el dominio occidental y el mercado capitalista. Esta cultura concibe la comunidad nacional no como un grupo de ciudadanos, sino como una familia con lazos de sangre y religiosos. En este aspecto juegan un papel fundamental los mártires de las guerras de liberación, cuyos mitos ayudan a reforzar la unidad nacional.

Son, sin embargo, todavía comunes las tensiones entre distintos grupos regionales y locales herederas del regionalismo, el tribalismo y la división en clanes. Estas tensiones juegan un papel fundamental en la vida política de las sociedades tercermundistas. La internacionalización del sentimiento nacional durante los procesos de independencia no abolió los patriotismos locales, que mantienen su vigencia y contribuyen a su manera a la afirmación del nacionalismo. De hecho, al poco tiempo de la independencia de muchos países surgieron movimientos secesionistas y enfrentamientos entre clanes y tribus. Algunos de ellos promovidos por los intereses económicos de las metrópolis, como fueron los casos de Katanga (provincia meridional de

la actual República Democrática del Congo), Biafra (región sudoriental de Nigeria) o de la región nororiental de Sri Lanka, donde el Movimiento de Liberación del Tamil Eelam mantuvo una guerra civil contra el Gobierno cingalés de la isla entre 1983 y 2009 para lograr la independencia.

9

Conflictos periféricos

Introducción general

Hasta el momento se ha elaborado un seguimiento general de la aplicación práctica en la política de la ideología nacionalista, si bien no podemos olvidar la existencia de una serie de conflictos periféricos. Aunque estos no han tenido la relevancia internacional del imperialismo, las guerras mundiales o la descolonización, la innegable influencia del nacionalismo sobre estos conflictos hace que sea necesaria una breve referencia de cada uno de ellos con el fin de conocerlos mejor, puesto que en muchos casos estos están todavía vigentes hoy en día. Es, sin embargo, imposible por cuestiones de espacio recoger todos los conflictos periféricos basados en cuestiones nacionalistas (recordemos en el

mundo occidental los casos de los flamencos en Bélgica, los corsos y bretones en Francia, la Padania italiana, Escocia o el Quebec canadiense, todos ellos en general hoy día conviven democráticamente), por lo que se ha hecho una selección de los más relevantes.

El caso irlandés

Los orígenes del nacionalismo irlandés se encuentran en el dominio inglés sobre la isla durante la Edad Moderna. Posee, además, la característica particular de que en el norte de Irlanda encontramos un sector mayoritario de la población partidario de la unión con Inglaterra, por lo que el conflicto no fue solo contra el dominio inglés, sino entre los propios irlandeses.

Enrique VII, monarca inglés, impuso en 1495 la Ley de Poynings, según la cual el Parlamento irlandés quedaba subordinado a las decisiones del rey de Inglaterra. La ruptura de Enrique VIII con la Iglesia de Roma apenas tuvo incidencia sobre la población irlandesa, que en su gran mayoría se mantuvo fiel al catolicismo. Sin embargo, la Ley de Cesión y Devolución de 1541 determinó que las tierras pertenecían al rey, y que él podía devolverlas a su merced. Esto provocó que con Eduardo VI, sucesor de Enrique VIII, se reforzara la presencia británica mediante la donación de tierras a colonos ingleses, en las cuales trabajaban de forma precaria campesinos irlandeses católicos.

Así, las primeras protestas protonacionalistas irlandesas que se dieron a lo largo de los siglos XVI y XVII contaron con un importante componente religioso. Todas ellas fracasaron y motivaron una respuesta represiva que incrementó el endurecimiento de la política religiosa contra los irlandeses, a los que además se les privaba cada día más de la posibilidad de poseer tierras. En 1653 se establecía de forma definitiva la anexión de Irlanda por Gran Bretaña y se confirmó el poder de la élite gobernante de ascendencia anglicana.

Durante el resto de la Edad Moderna las protestas violentas fueron minoritarias, si bien se desarrolló una literatura con base nacionalista y se generalizaron las asociaciones secretas dedicadas a enfrentarse a los terratenientes anglicanos. La Revolución francesa inspiró, en 1798, una revuelta encabezada por Wolfe Tone, partidario del liberalismo y de la igualdad religiosa. Esta protesta fue, sin embargo, aplastada de forma violenta.

En 1801 entró en vigor el Acta de Unión, que hacía desaparecer el Parlamento irlandés y conformaba el Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda. Desde ese momento las reivindicaciones nacionalistas irlandesas se centrarán en la restauración de dicha institución y, en consecuencia, en la obtención de un Gobierno local autónomo, pero no tanto de una independencia absoluta. La Iglesia católica continuará respaldando las propuestas del nacionalismo irlandés.

Poco a poco los católicos comenzaron a obtener derechos en el plano político, y con la Ley Católica de Desagravio de 1829 se les permitió acceder al Parlamento y al funcionariado. Sin embargo, la situación en el campo seguía siendo de una gravísima opresión de los terratenientes anglicanos sobre los campesinos católicos. La crisis económica vigente en el momento provocó una multiplicación de las protestas. Progresivamente estos movimientos se fueron dividiendo en dos tendencias, una partidaria de la vía constitucional, cercana al catolicismo, y otra de la revolución violenta de carácter no confesional.

Desde el ascenso al poder del primer ministro Gladstone en 1868 encontramos la toma de una serie de medidas dedicadas a facilitar el acceso a la tierra por parte de los campesinos arrendatarios de la misma. Sin embargo, se hacía cada vez más evidente que la solución al problema irlandés pasaba por la concesión de la autonomía y ya no solo por la eliminación de los privilegios en la posesión de la tierra. Mientras tanto, los unionistas protestantes, ante el temor de perder sus privilegios, intensificaron la lucha frente a los independentistas.

La radicalización del nacionalismo irlandés dio lugar en 1916 al levantamiento de Pascua, que aprovechó la situación crítica de una Inglaterra involucrada plenamente en la Primera Guerra Mundial. Aunque la revuelta estaba condenada al fracaso, su seguimiento y relevancia y la consecuente dureza de la represión provocó un crecimiento en el número de partidarios del independentismo. Frente a ellos, los protestantes formaron la Fuerza de Voluntarios del Úlster, de corte paramilitar y dedicada a usar la fuerza contra aquellos que pretendieran la inclusión del norte de Irlanda en el proceso independentista.

El principal protagonista del movimiento nacionalista irlandés era, desde principios de siglo, el partido denominado Sinn Fein, que representaba tanto la tendencia parlamentaria como la revolucionaria, esta última copada por el Irish Republican Army o IRA, una suerte de brazo armado. En 1918 llevó a cabo una declaración de independencia y estableció un nuevo Parlamento de Irlanda, si bien desde el primer momento se hicieron evidentes las disidencias en el seno del Sinn Fein entre las dos tendencias mayoritarias. Así, dio comienzo a una guerra no declarada contra la dominación británica. Durante el conflicto se puso en vigor una nueva Acta de Gobierno que dividía Irlanda en dos regiones autónomas, pero el Sinn Fein la rechazó y confirmó su aspiración a conseguir una Irlanda unida e independiente.



El Four Courts, palacio de justicia de Dublín, incendiado por el bombardeo del 28 de junio de 1922, durante la guerra civil irlandesa. Las tropas del Estado Libre tuvieron que cañonear el edificio para rendir a los insurrectos.

Con la intención de poner fin al conflicto, el primer ministro británico Lloyd George estableció un acuerdo en 1921 que proclamaba el Estado Libre de Irlanda, pero manteniendo la fidelidad a la Corona inglesa y estableciendo la división de la isla. De esta forma, el acuerdo fue rechazado por los sectores más radicales del nacionalismo irlandés y se mantuvo la amenaza de reactivación de la guerra civil, como así sucedió en 1922. Sin embargo, el 6 de diciembre de 1922, en medio del conflicto, nacía de forma práctica el Estado Libre de Irlanda, y un día después se segregaba Irlanda del Norte, que se mantenía unida a Gran Bretaña.

Las disidencias entre los partidarios del tratado y los que lo rechazaban, en particular el IRA, provocaron una guerra civil en la que se cometieron numerosas atrocidades. La derrota de los antitratadistas llevó al IRA a pedir un alto el fuego en 1923, si bien las distintas vertientes del nacionalismo irlandés sufrieron una fractura prácticamente irreparable. Durante toda la década de los treinta, sin embargo, se vivió una guerra subyacente caracterizada por la violencia a pequeña escala. Definitivamente, el Estado Libre Irlandés se separó de cualquier vestigio de dominación británica en 1949 y se fundó la República de Irlanda.

El conflicto, sin embargo, prosiguió en Irlanda del Norte, donde el IRA, que había virado hacia el marxismo y mantenía su defensa de la unificación, llevó a cabo una guerra de guerrillas contra los Voluntarios del Úlster que se extendería hasta finales de la década de los noventa. De gran relevancia fueron las huelgas de hambre de 1981, llevadas a cabo por los presos del IRA. En 1994 se firmó un alto el fuego y el IRA abandonó definitivamente las armas. Aun así, hoy en día sigue vigente desde un sector del Sinn Fein la reivindicación de la unidad de Irlanda.

El conflicto armenio

A la altura de las primeras décadas del siglo XIX, momento del auge de los nacionalismos en Europa, el pueblo armenio se hallaba disperso en territorios bajo dominio ruso u otomano. En 1839 ascendió al poder en el Imperio otomano el sultán Tanzimat, cuyo objetivo era unir a todos los habitantes

dentro de los territorios del imperio bajo una ley secular y no tan ligada al Islam. Así, ese mismo año declaró la igualdad ante la ley de musulmanes y no musulmanes. En la línea de estas medidas, en 1863 se redactó la Constitución Nacional Armenia, con el fin de aumentar la autonomía de este territorio. Sin embargo, esto supuso también la toma de conciencia política de un incipiente movimiento nacionalista que, hasta el momento, había bebido de cuestiones culturales ligadas al Romanticismo imperante en la época.

Así, a partir de la década de 1860, asistimos a una multiplicación de instituciones escolares, filantrópicas y políticas ligadas con el nacionalismo armenio tanto en territorio ruso como en la zona turca. Aumentaron las publicaciones periodísticas y comenzó una secularización del movimiento nacionalista ligado tradicionalmente a la Iglesia ortodoxa armenia. Sin embargo, tras la derrota de Rusia en la guerra de Crimea en 1856 y la rebelión nacionalista polaca de 1861, el zar Alejandro II llevó a cabo un proceso de rusificación de su territorio que trataba de hacer retroceder la lengua y la cultura armenias con el fin de prevenir tendencias separatistas. De esta forma, en las décadas sucesivas el nacionalismo armenio tuvo una mayor incidencia en el territorio bajo dominio turco.

El desarrollo de las ideas nacionalistas liberales en la Armenia de las últimas décadas del siglo XIX tuvo como principal protagonista a una élite intelectual educada en Europa Occidental que trajo consigo las ideas de democracia liberal herederas de la Revolución francesa. El primer grupo dedicado a obtener la independencia fue la Unión de Salvación, con importantes contactos dentro del Gobierno ruso, que veía la posibilidad de liberación de los armenios del dominio otomano como una forma de ampliar su influencia en la zona. Por otro lado, en 1881 se constituyó como sociedad secreta la organización de los Protectores de la Madre Patria, con importante influencia de las ideas procedentes de la Revolución francesa y el proceso de independencia de Grecia.

En 1885 se fundó el Partido Armenio Democrático Liberal, que en secreto y a través de un periódico se encargó de promover las ideas nacionalistas y liberales. Pronto se dieron cuenta de que la única forma de obtener la autodeterminación para Armenia era a través de un proceso revolucionario, aunque defendían que este no debía ser violento, sino que debía consistir en un despertar nacional pacífico.

De gran relevancia es el hecho de que en 1887 se fundara el Partido Socialdemócrata de Hunchak, puesto que es el primero de corte socialista que aparece en territorio otomano. Su origen se encuentra en un grupo de estudiantes universitarios reunidos en Ginebra, y su objetivo esencial era la total independencia de Armenia. Hunchak significa campana, un símbolo para representar el despertar del pueblo armenio hacia la liberación.

En 1889 se fundó la Sociedad de la Joven Armenia, que comenzó las campañas armadas de guerrillas en territorio otomano. Su objetivo era tomar represalias por las persecuciones que los armenios sufrían dentro del territorio otomano a manos de los kurdos. Esta asociación era partidaria de la alianza con Rusia y pretendía la creación de una Armenia autónoma bajo el Gobierno ruso.

Por último, otra de las importantes asociaciones independentistas armenias fue la Federación Revolucionaria Armenia, creada en 1890. Esta organización también recurrió a las armas con el fin de defenderse de los ataques y la persecución sufridas por los armenios. Veían la lucha armada como la única forma de salvar al pueblo armenio. Su objetivo inicial era comenzar un camino de reformas que progresivamente acercaran a las provincias armenias a la independencia.

La precaria situación de los armenios provocó una importante diáspora en la década de 1890, con un elevado porcentaje de inmigrantes que se dirigieron especialmente hacia Francia y los Estados Unidos. Ya en 1885 se había fundado en Reino Unido la Sociedad Patriótica Armenia de Europa, que se dedicaba a ayudar económicamente a aquellos que permanecían en Armenia y a extender la conciencia política sobre las condiciones en las que se encontraba su pueblo.

Durante los años finales del siglo XIX y los primeros del XX se sucedieron los actos de protesta protagonizados por nacionalistas armenios. Las manifestaciones fueron constantes, e incluso la FRA llevó a cabo un intento de asesinato contra el sultán Hamid II. Los conflictos entre guerrillas armenias y soldados otomanos fueron, a su vez, la tónica general de este período.

Durante la Primera Guerra Mundial, tanto rusos como otomanos ofrecieron a los armenios promesas de autodeterminación siempre y cuando se unieran a sus causas. En el caso de la Armenia rusa, el zar Nicolás II prometió la autonomía para el territorio, lo cual fue aceptado y cerca de 200 000 armenios se unieron a las filas del ejército ruso. La FRA, sin embargo, rechazó la propuesta otomana y los armenios dentro del Imperio otomano se negaron a la participación en el conflicto.

Durante el conflicto tuvo lugar el conocido como genocidio armenio, puesto que los otomanos vieron la postura prorrusa de los armenios como una amenaza y comenzó la persecución y el asesinato de los armenios residentes en Anatolia. Las cifras varían entre los 650 000 y los 1 500 000 asesinatos. A lo largo de los primeros años del conflicto, el ejército ruso fue capaz de ocupar la mayor parte de Armenia, pero la situación derivada de la Revolución de 1917 supuso la pérdida de estos territorios. Armenia, Georgia y parte de Azerbaiyán intentaron entonces unirse en la República Federativa Democrática Transcaucásica, pero el intento resultó infructuoso y, finalmente, Armenia alcanzaba su independencia el 28 de mayo de 1918.



Mapa de los pueblos caucásicos

Sin embargo, una vez finalizada la Primera Guerra Mundial, el Gobierno turco se opuso al tratado que reconocía una Armenia independiente, dando comienzo a un conflicto bélico en 1920. La derrota Armenia fue aprovechada por el ejército soviético, que entró en Ereván, la capital armenia, el 4 de diciembre de 1920, dando por finalizada la existencia de la breve República de Armenia. Finalmente, el Tratado de Lausana de 1923 estableció las fronteras de la actual Turquía, aunque es rechazado hoy en día por el Gobierno de la República de Armenia.

Durante prácticamente todo el período soviético, la FRA fue ilegalizada, pero mantuvo su actividad alentando el nacionalismo armenio no tanto frente al dominio soviético, sino reivindicando los territorios perdidos tras la derrota contra los turcos. También cabe destacar el enfrentamiento con sus vecinos de Azerbaiyán debido al territorio fronterizo en disputa de Najicheván. Tras la caída de la Unión Soviética en 1991, Armenia se convirtió en Estado independiente.

De gran relevancia todavía hoy en día es el conflicto entre Azerbaiyán y Armenia por la zona de Nagorno Karabaj, un territorio poblado por mayoría de armenios, pero rodeado completamente por territorio azerí. Entre 1988 y 1994 se dio entre ambos países una suerte de guerra no declarada que llevó a diferentes procesos de limpieza étnica. Tras años de combates, los armenios de Nagorno Karabaj se hicieron con el control del territorio, lo que obligó a Azerbaiyán a firmar un armisticio. A pesar de no ser reconocida internacionalmente, este alto el fuego dio lugar a la República de Nagorno Karabaj. Las tensiones desde entonces han sido constantes y ya en 2016 estalló un enfrentamiento armado entre tropas armenias y azerís en el Karabaj que se extendió durante cuatro días.

La guerra de Chechenia

El conflicto entre Rusia y los grupos nacionalistas e islamistas chechenos tiene un origen que se remonta a varios siglos, si bien es posible datar el inicio de las hostilidades formales en el año 1785. El interés de Rusia en el territorio checheno, al norte del Cáucaso, se debía esencialmente a su deseo de dificultar las comunicaciones de su enemigo, el Imperio otomano. Durante la primera mitad del siglo XIX los enfrentamientos entre el ejército ruso y los nacionalistas chechenos fueron constantes, en particular durante el proceso de anexión rusa del Cáucaso entre 1817 y 1864.

Desde el primer momento, el nacionalismo checheno se mostró muy ligado al islamismo, con unas tradiciones muy arraigadas de corte conservador. Es por ello que chocó de forma frontal con los intentos de rusificación del Imperio ruso durante el siglo XIX y se opuso constantemente a la Iglesia ortodoxa rusa. El primer líder del nacionalismo checheno fue, de hecho, el imán Sheikh Mansur, que a finales del siglo XVIII instó a las gentes del norte del Cáucaso a unirse bajo la bandera del Islam para enfrentarse a las amenazas externas. Mansur fue capturado en 1791 y falleció en 1794.

A lo largo del proceso de ocupación rusa del Cáucaso, las tácticas utilizadas por los ejércitos imperiales fueron de gran brutalidad, lo que supuso el rechazo de la sociedad chechena y despertó su deseo de defensa ante el invasor. En 1834 el líder religioso Shamil promovió la unión de todos los musulmanes del norte del Cáucaso y declaró la guerra santa a Rusia, lo que provocó importantes bajas en su ejército. Durante la guerra de Crimea, entre 1853 y 1856, los chechenos apoyaron al Imperio otomano frente a Rusia debido a su afinidad religiosa con los primeros. Sin embargo, los conflictos tribales internos entre las distintas etnias caucásicas debilitaron las fuerzas de Shamil, que fue capturado en 1859. Rusia prometió la autonomía a Chechenia y a otros grupos étnicos del Cáucaso, lo cual supuso el fin de las hostilidades en la zona, si bien en la práctica el territorio checheno pasó a formar parte del Imperio ruso.

Tras la Revolución rusa de 1917 y durante la guerra civil que la precedió, los pueblos del norte del Cáucaso aprovecharon la situación para proclamar su independencia y establecer la República de las Montañas del Cáucaso Septentrional. Sin embargo, su duración fue efímera, puesto que en 1921 fue forzada a someterse al dominio soviético. Se creó entonces la República Autónoma Socialista Soviética de la Montaña bajo la promesa de un elevado grado de autonomía, aunque esto nunca se cumplió en la práctica. Esta República fue abolida en 1924 y dividida en seis nuevas repúblicas. Finalmente, en 1934 se estableció la República Autónoma Socialista Soviética de Chechenia-Ingushetia.

Durante todo este proceso fueron constantes los conflictos entre chechenos y rusos, tanto por la cuestión de la autonomía como por la colectivización de las tierras por parte del Gobierno soviético. Estos enfrentamientos cesaron a mediados de la década de los treinta, ya con Stalin en el poder, debido al arresto o asesinato de los principales líderes políticos chechenos.

La Segunda Guerra Mundial supuso un punto de inflexión para el pueblo checheno. A pesar de la lucha en el frente del Cáucaso de muchos de sus miembros, el Gobierno soviético acusó, sin pruebas o usando pruebas falsas, a los chechenos de colaborar con el invasor nazi. Comenzó

entonces un proceso de deportación del pueblo checheno hacia Kazajistán que conllevó el fallecimiento de alrededor del 60 % de la población. Se cree que la razón de estos actos radicaba en el interés soviético de atacar Turquía. En 2004 el Parlamento europeo reconoció este proceso de deportación como un acto de genocidio.

No sería hasta 1957, con el Gobierno de Nikita Jruschev, cuando se permitió al pueblo checheno volver a su lugar de origen. En esos momentos había, sin embargo, un importante porcentaje de inmigrantes, sobre todo rusos, que habían ocupado los asentamientos de los que se habían visto forzados a irse los chechenos. De esta forma, la tensión racial fue una constante. En 1958 una disputa entre un marinero ruso y un joven de etnia ingusetia provocó una serie de enfrentamientos en los que los eslavos atacaron y saquearon las propiedades de chechenos e ingusetios. Los enfrentamientos se sucedieron durante toda la década de los sesenta, calmándose al final de la misma.

En 1991, con la caída de la Unión Soviética, Chechenia declaró su independencia bajo el nombre de República Chechena de Ichkeria. Hasta 1994 numerosas personas de origen no checheno se vieron obligadas a dejar la región debido a las persecuciones sufridas. La agresividad de Dzhojar Dudáyev, el presidente checheno, y las políticas nacionalistas de Boris Yeltsin desembocaron en la invasión de Chechenia por tropas rusas en 1994. Los combates duraron dos años hasta la retirada rusa y el reconocimiento de la independencia de Chechenia.



Imagen de Grozni, la capital chechena, en 1995, tras el ataque ruso

Tras el conflicto, la situación del territorio checheno era insostenible, con su estructura económica devastada, violencia constante y una proliferación de los secuestros. En este contexto el islamismo radical se sumó a las reivindicaciones nacionalistas y alcanzó un elevado grado de influencia. Esto llevó a una serie de enfrentamientos en 1998 entre la Guardia Nacional Chechena y militantes islamistas.

En 1999 una brigada de voluntarios islamistas comenzó una invasión hacia la provincia de Dagestán en pos de conseguir su independencia de Rusia, dando comienzo a un segundo conflicto en Chechenia. El terrorismo de los separatistas chechenos se convirtió en un peligro, puesto que llegó a asesinar a alrededor de 300 personas en toda Rusia, si bien ciertas fuentes sostienen que en algunos casos fueron actos de los servicios secretos rusos para justificar un ataque sobre Chechenia. Este comenzó en octubre de 1999 y rápidamente las fuerzas rusas tomaron el control de la región.

Esto no supuso el fin de las hostilidades, puesto que los rebeldes chechenos prosiguieron con los ataques a las tropas rusas y los actos terroristas. En respuesta, Rusia ha llevado a cabo una política de control cada vez más dura sobre Chechenia y ha multiplicado sus operaciones antiterroristas. En el país se ha establecido un Gobierno prorruso caracterizado por la corrupción y la continua violación de los derechos humanos. La insurgencia por parte de grupos islamistas partidarios de la independencia chechena sigue siendo una constante hoy en día, en particular a través del Emirato del Cáucaso, una organización terrorista bajo el control del Estado Islámico.

En la actualidad, el nacionalismo checheno se halla copado por extremistas islámicos, muchos de ellos procedentes de otras regiones pero que se han infiltrado en el movimiento con el fin de convertirlo en una guerra santa. Esto ha provocado un rechazo internacional de la causa nacionalista chechena, limitando las oportunidades de convertir el país en un Estado totalmente independiente y acercarlo a las estructuras modernas. Esto ha provocado que numerosos chechenos se hayan visto obligados a dejar el país ante una violencia constante que parece todavía lejos de su final.

Los kurdos, la etnia sin nación

El territorio del Kurdistán, habitado por los kurdos como una comunidad étnica más o menos homogénea, se halla hoy en día dividido entre Irán, Turquía, Irak y Siria, por lo que sus límites no coinciden con ninguna frontera reconocida internacionalmente y carece de cualquier división administrativa. Kurdistán es una zona montañosa, con dificultades para las comunicaciones, lo cual ha supuesto que los kurdos nunca hayan disfrutado de unidad política. Sin embargo, esta etnia posee una historia, un lenguaje y una cultura común que los ha llevado a buscar el reconocimiento como nación.

En su forma moderna, el nacionalismo kurdo nació durante la segunda mitad del siglo XIX, en la línea de los demás movimientos secesionistas en el seno del Imperio otomano. El primer líder fue Haji Qadir, un intelectual que instó a los jefes tribales a unirse y a reivindicar la lengua y la cultura kurdas frente a las imposiciones otomanas. Este movimiento tomó un cariz eminentemente cultural y no tanto político, por lo que apenas hubo enfrentamientos contra las autoridades otomanas.

Tras la derrota del Imperio otomano en la Primera Guerra Mundial, el Tratado de Sèvres parecía dedicado a satisfacer los deseos de autonomía de los distintos pueblos del imperio e incluía la creación del Estado de Kurdistán. Sin embargo, el ascenso al poder de Mustafá Kemal Atatürk en Turquía supuso que el tratado nunca se ratificara y fuera sustituido por el de Lausana, en el cual no se hacía ninguna mención ni a Armenia ni a Kurdistán. Así, el dominio de Kurdistán otomano se dividía entre Turquía, Irak y Siria, mientras los kurdos de Irán veían como se desvanecían sus esperanzas de unión.

Tras la ratificación del Tratado de Lausana en 1923 comenzaron los levantamientos armados de distinta relevancia por parte del pueblo kurdo. Estos movimientos solían tener una duración muy breve, si bien provocaron la firma del Tratado de Saadabad en 1937, que establecía la cooperación de los distintos países afectados por la amenaza kurda. Algunas de estas protestas poseían cierto

componente religioso, pero las más relevantes se hallaban en la línea de los movimientos de liberación en el sentido moderno. La represión y el uso de la fuerza contra las mismas fue brutal, en particular por parte del Gobierno turco.

El nacionalismo kurdo alcanzó sus mayores éxitos en Irak, donde han alcanzado el reconocimiento legal de minoría étnica. Esto se debe a que los kurdos suponen en torno a un quinto de la población iraquí y a que el dominio británico sobre la región tras la Primera Guerra Mundial instó a los Gobiernos iraquíes a reconocer los derechos de los kurdos. A pesar de algunos enfrentamientos potenciados por la presión otomana, entre 1933 y 1958 no hubo manifestaciones nacionalistas armadas por parte de los kurdos en territorio iraquí.

Durante este período el protagonismo pasó a los kurdos que habitaban el territorio iraní. Allí el principal problema radicaba en que la mayoría de los kurdos son sunníes, mientras que la religión oficial del Estado era el chiísmo, dos vertientes distintas dentro del Islam. Desde 1880 se tiene constancia de alzamientos nacionalistas kurdos frente al dominio iraní. La ocupación del territorio del norte de Irán por parte de tropas soviéticas conllevó la creación de una república kurda en diciembre de 1945, aunque solo se mantuvo independiente durante doce meses, puesto que en marzo de 1946 los Aliados acordaron retirar sus tropas y el Gobierno iraní se hizo de nuevo con el dominio de la región en diciembre de ese mismo año. Son de gran relevancia los alzamientos nacionalistas kurdos en 1950 y 1956, que se saldaron con numerosas ejecuciones y encarcelamientos.



Mapa del territorio del pueblo kurdo

El derribo de la monarquía iraquí por parte de una junta militar incrementó las esperanzas de los kurdos, puesto que se estableció una constitución provisional que equiparaba sus derechos con los de los árabes. Durante los primeros años del nuevo régimen, los kurdos pudieron reclamar abiertamente sus derechos y pedir la libertad de sus compañeros en el resto de países. Sin embargo, con el paso de los meses se hizo evidente que el nuevo Gobierno no iba a cumplir las promesas establecidas en la constitución provisional y en 1960 algunos líderes kurdos fueron encarcelados y sus periódicos suprimidos.

La situación estalló en 1961, cuando las fuerzas gubernamentales iraquíes se enfrentaron con gran dureza a la población kurda, que sufrió intensos bombardeos. Esto supuso la unidad de la opinión kurda hasta niveles sin precedentes y la lucha comenzó a tomar carices de un alzamiento nacional. Desde el lado kurdo la campaña fue encabezada por líderes tribales y el izquierdista Partido Demócrata del Kurdistán. El conflicto se extendió hasta 1970, con períodos interrumpidos de armisticio. En ese año se llegó a un acuerdo que concedía la unión de las provincias con mayoría kurda y el derecho de las mismas a ejercer su autonomía nacional.

Este acuerdo debía ponerse en marcha en un período de cuatro años, pero en 1974 se aprobó la Ley de Autonomía del Área de Kurdistán, mucho más moderada, lo que supuso un resurgir del conflicto. La situación se agravó en los ochenta, en particular durante la guerra entre Irán e Irak (1980-1988),

durante la cual los kurdos sufrieron detenciones masivas y el ataque con armas químicas por parte del ejército iraquí.

En 1992, tras la guerra del Golfo, la ONU estableció una zona de seguridad en el norte de Irak, en el que se instauró el Gobierno regional del Kurdistán, que permitió a la población gozar de unos derechos civiles de los que no habían disfrutado hasta el momento. Desde 2003 y tras la caída de Saddam Hussein la población kurda ha vuelto a verse en una situación de promesas incumplidas por parte del Gobierno iraquí debido, en gran medida, a la inestabilidad de la zona. El 25 de septiembre de 2017 se llevó a cabo un referéndum independentista en el Kurdistán iraquí, cuyo resultado demostró un apoyo masivo a la independencia. Sin embargo, existen territorios en conflicto y los enfrentamientos entre kurdos e iraquíes siguen vigentes hoy en día.

En el caso de los kurdos bajo dominio turco, la continua represión conllevó un resurgimiento del nacionalismo kurdo en las décadas de 1960 y 1970. Este movimiento partía inicialmente de unas bases pacifistas y buscaba la consecución de sus objetivos de autonomía a través de canales legales, pero el Gobierno turco se opuso frontalmente desde el primer momento.

Dada esta situación, en 1984 el Partido de los Trabajadores del Kurdistán comenzó una guerra de guerrillas contra el Gobierno turco. La violencia insurgente se extendió hasta el alto el fuego de 1999. A lo largo de este período comenzó a permitirse el uso de la lengua kurda en entornos informales, pero nunca como medio de comunicación política, educativa o informativa. La represión del Gobierno turco contra los kurdos sigue, sin embargo, vigente hoy en día, puesto que sus acciones son consideradas como terroristas, por lo que las represalias suelen ser de gran gravedad.

Por último, en Irán durante la revolución de 1979 numerosos grupos kurdos se aliaron con la izquierda iraní frente al alzamiento del Ayatollah Jomeini. La situación de incertidumbre fue aprovechada por los kurdos, que ese mismo año iniciaron una rebelión en pos de la consecución

de la autonomía. Esta rebelión fue sofocada por la fuerza desde Teherán, lo que provocó miles de muertos entre los rebeldes y los civiles kurdos.

El nuevo Gobierno teocrático del Ayatollah Jomeini llevó a cabo una política fuertemente marcada por una concepción religiosa del nacionalismo, en particular vinculada con el chiísmo, lo que supuso una exclusión de los sunníes kurdos. Así, Jomeini despidió a los altos funcionarios kurdos y restringió la libertad de expresión. Además, durante el conflicto con Irak, militarizó la zona del Kurdistán iraní.

Hoy en día los kurdos de Irán viven una situación relativamente aventajada en comparación con sus compañeros turcos o iraquíes. Desde 1997 el Gobierno iraní ha llevado a cabo medidas para promover la lengua kurda, a pesar de ciertas restricciones, y se le permite a los kurdos llevar a cabo manifestaciones culturales públicamente.

Nacionalismos en los Balcanes durante el siglo XX

Cuando hablamos del nacionalismo balcánico, debemos prestar especial atención a una serie de circunstancias que han dificultado una consecución satisfactoria de las pretensiones nacionalistas de los distintos grupos étnicos que pueblan la zona. La península de los Balcanes se encuentra en una posición geográfica fronteriza entre antiguos imperios, en particular el ruso y el otomano, lo que ha supuesto su sujeción a competencias contradictorias.

Los acuerdos alcanzados en el Tratado de Versalles de 1919 no satisficieron a ninguna de las partes. Bulgaria perdió territorios en su zona oeste, pero los ganó en el este a costa de Turquía. Esto supuso la aparición de una minoría búlgara en Serbia y una minoría turca en Bulgaria, lo que plantó la semilla de futuras tensiones y conflictos. Sin embargo, la mayor dificultad vino con la creación del Estado de

Yugoslavia. Las diferencias históricas, políticas, socioeconómicas, legales, religiosas y culturales entre los países que la compusieron supusieron, sin duda, que Yugoslavia fuera el país compuesto por la mayor variedad de grupos étnicos durante el período de entreguerras.



Mapa étnico de Yugoslavia basado en el censo de 1991. Fuente: CIA, *https://legacy.lib.utexas.edu/maps/europe/yugoslav.jpg.*

Así, en el caso de Yugoslavia, encontramos el desafío de unir en una única nación diferentes grupos étnicos, religiosos y culturales, con idiomas procedentes de distintos grupos lingüísticos y sistemas legales diferentes. Además, las naciones que la componían poseían distintos grados de desarrollo en asuntos políticos y de Estado y, en muchos casos, contaban con un historial de hostilidad entre ellas.

Por estos motivos, a la hora de componer el Estado de Yugoslavia, Serbia se vio con la necesidad de erigirse como la nación dominante en la organización política, administrativa y legal. Esto se debe a que Serbia era ya un reino independiente antes de la Primera Guerra Mundial, por lo que se veía como la encargada tradicional de proteger a las comunidades eslavas del sur. Además, el Gobierno serbio se oponía a una Yugoslavia dominada por las

potencias occidentales. Sumado a esto, los serbios se veían legitimados a poseer el liderazgo de la nueva nación debido a las pérdidas humanas y materiales durante la guerra. Por último, Serbia era capaz de aportar al nuevo Estado una élite política con experiencia gubernamental, un aparato de Gobierno estable, un ejército con experiencia militar y una dinastía monárquica nativa.

Sin embargo, y a pesar del peso de los argumentos serbios, era muy complicado para los demás grupos étnicos aceptar esta superioridad. De hecho, ya en diciembre de 1918 se produjeron alteraciones en Zagreb, la capital de Croacia, y en mayo del año siguiente se produjo una recogida de firmas para instar a los poderes occidentales a autorizar la independencia de Croacia. Los croatas fueron desde el primer momento los principales obstructores a la política serbia dentro de Yugoslavia.

Dadas estas circunstancias, podemos convenir que Yugoslavia era, evidentemente, una creación artificial que falló a la hora de unir a sus habitantes en una única nación política. En cambio, creó las condiciones para que cada grupo étnico alimentara sus propias reivindicaciones nacionalistas. No es de sorprender, entonces, que la evidencia final de este fallo viniera de la mano de la devastación de Yugoslavia tras los conflictos nacionalistas de la década de 1990.

A la hora de considerar el resurgir de la violencia nacionalista en los Balcanes tras la caída del comunismo en 1989 debemos tener en cuenta una serie de factores que contribuyeron tanto al desarrollo de este nacionalismo como a acelerar el proceso de caída del régimen comunista y de construcción de los posteriores sistemas democráticos.

En muchos casos se defiende que las ideologías nacionalistas no desaparecieron durante los regímenes comunistas en Europa, sino que fue suprimida y perseguida por las élites gobernantes. El marxismo asumía que, como resultado de la modernización, el nacionalismo desaparecería y daría lugar al internacionalismo proletario. Los resultados tras la implantación de los regímenes comunistas, sin embargo, se alejaron mucho de este precepto.

Ya desde mediados de la década de 1950, fueron comunes las peticiones de autonomía por parte de los países satélites dependientes de Moscú. Sin embargo, más importante para el caso yugoslavo son las tensiones nacionalistas entre las minorías componentes de los países multiétnicos. Estas tensiones no se daban solo en el seno de los propios países, sino que eran comunes entre países fronterizos que se acusaban mutuamente del maltrato a las minorías.

Específicamente en el caso balcánico podemos encontrar numerosos ejemplos de estos hechos. En el territorio búlgaro se proclamó una constitución en 1971 que aseguraba la igualdad de derechos para todos los ciudadanos, aunque la autonomía cultural de la minoría turca fue continuamente perseguida, lo cual culminó en una campaña abierta contra los turcos durante los años 1984 y 1985. En ese período se implantaron políticas para limitar la influencia cultural de los turcos búlgaros, a los cuales se les obligó a adoptar nombres búlgaros y no se les permitió llevar a cabo ceremonias religiosas, hablar turco en público o llevar ropajes tradicionales. Esto conllevó que con la apertura de la frontera entre Bulgaria y Turquía en 1989 aproximadamente 350 000 turcos búlgaros se trasladaran a Turquía en tan solo tres meses.

En Yugoslavia, por su parte, las principales tensiones se daban entre las regiones prósperas de Croacia y Eslovenia, que buscaban un mayor grado de autonomía dentro de la federación; y los serbios, que poseían un menor desarrollo económico pero más población, por lo que pretendían elevar el nivel de centralismo del Estado.

El colapso del comunismo en 1989 conllevó numerosos cambios en la región balcánica y, por lo tanto, diversos factores se combinaron a la hora de influir en el resurgir de los conflictos nacionalistas. En primer lugar encontramos una disminución de la influencia soviética y, por lo tanto, de su capacidad represiva. En segundo lugar, la liberalización de los medios de comunicación garantizó la libertad de expresión y permitió que los mensajes de protesta alcanzaran a un mayor número de personas. Por otro lado, el hecho de que el comunismo desapareciera del espectro

político llevó a muchos políticos a refugiarse en el populismo nacionalista, que en general viró hacia posturas derechistas. Por último, la costosa transición económica provocó resentimientos hacia aquellos que habían obtenido un mayor éxito a la hora de adaptarse al libre mercado.

Estos factores, sin embargo, se suman a las tensiones y conflictos étnicos inevitables tras la desaparición de un Gobierno autoritario sobre una nación multiétnica. Así, el proceso de democratización conllevaba abordar de forma directa estas cuestiones, y la forma en la que se hizo determinaría si las tensiones se iban a mitigar o iban a aumentar. Bulgaria y Yugoslavia son ejemplos de ambos casos.

En Bulgaria, a pesar de la vertiente antiturca del Gobierno, las tensiones étnicas eran escasas antes de la caída del comunismo. La minoría turca nunca había mostrado intenciones secesionistas, sino que demandaban igualdad de derechos y autonomía cultural. Estas pretensiones fueron rápidamente satisfechas por el nuevo Gobierno democrático, y a pesar de la inicial inmigración hacia Turquía una vez se abrieron las fronteras, aproximadamente la mitad de los trasladados retornaron a sus lugares de origen en Bulgaria durante los años próximos.

Durante la transición hacia la democracia se permitió a los turcos búlgaros fundar su propio partido, denominado Movimiento para los Derechos y las Libertades, que obtuvo representación parlamentaria. Además, recibieron autonomía religiosa y cultural, lo que permitió el estudio del turco en las escuelas locales, obtuvieron canales de televisión y se permitió la práctica pública de los ritos islámicos. A esto hay que sumar que Turquía no ha hecho ninguna reclamación sobre esta minoría habitante en Bulgaria y el tránsito fronterizo entre ambos países es completamente libre.

En el caso de Yugoslavia, son de gran relevancia la existencia de disputas históricas y la presencia de fuertes estereotipos étnicos. Durante toda su vida como país, el nacionalismo interno fue un factor fundamental. Además, el régimen comunista siempre se identificó más con el pueblo

serbio, que intentó liderar al resto de naciones eslavas, lo cual supuso una de las causas esenciales de la ruptura del país.

Otro conjunto de factores está vinculado con los lazos étnicos a través de las fronteras estatales. El Gobierno de Milosević siempre mostró su apoyo a los serbios en Croacia y Bosnia. Progresivamente, los líderes de los distintos grupos étnicos se radicalizaron y se negaron a aceptar los tratos que se les ofrecían. Por último, las tropas federales mostraron un mayor grado de lealtad hacia Serbia, lo cual provocó un gran impacto entre la población eslovena y croata. Sin embargo, como consecuencia última del estallido bélico encontramos las continuas negativas del Gobierno de Milosević ante las peticiones de reestructurar la federación por parte de eslovenos y croatas con el fin de obtener mayor autonomía. Ante esta situación, Milosević optó por la intervención armada para controlar ambas repúblicas mediante la fuerza.

La definitiva desintegración de Yugoslavia trajo consigo un desequilibrio en las relaciones de poder entre los distintos grupos, que ahora se veían responsables de su propia seguridad ante la desaparición de la entidad superior que era la federación. Esto supuso que, para garantizar la autonomía y protegerse de las amenazas, los grupos étnicos recurrieran en muchos casos a la violencia.

Esta teoría sirve para explicar los conflictos militares entre serbios y eslovenos y serbios y croatas durante el período de 1991 a 1993. En ambos casos, el complicado proceso de conformación de nuevas estructuras estatales y el poder todavía incipiente de las nuevas repúblicas fueron aprovechados por los serbios para usar la fuerza contra eslovenos y croatas. Además, Serbia veía cómo el poder emergente de ambas repúblicas suponía una amenaza para la federación y, en consecuencia, para su dominio sobre ella.

El uso de la violencia sobre Eslovenia fue arpobado por el primer ministro de la federación Ante Marković en junio de 1991, inmediatamente después de la declaración de independencia eslovena. Esta precipitación supuso que la intervención armada estuviera pobremente planeada y mal ejecutada, lo que conllevó la derrota del bando que a priori poseía la superioridad militar.

En el caso de Croacia, la ofensiva comenzó un mes después y estuvo precedida por una serie de actividades hostiles entre ambas partes que dejaban patente su animosidad y su intención de combatir. Los problemas habían comenzado ya en 1990, cuando los croatas comenzaron a reducir los derechos de los serbios en la región de Dalmacia y estos declararon la autonomía cultural como respuesta. De todas formas, la agresión serbia se basó en la creencia de que las todavía pobremente equipadas defensas croatas no podrían defenderse ante el ejército federal. En 1992 comenzó la guerra de Bosnia, la peor de todas las guerras balcánicas de finales del siglo xx, por cometer sobre todo los serbios masacres y actos de limpieza étnica contra la población musulmana.

No es objeto de este libro abordar de forma pormenorizada el desarrollo de los conflictos bélicos que terminaron por configurar el mapa de los Balcanes tal y como lo conocemos hoy en día. Los Estados Unidos actuaron en una suerte de intervención neoimperialista con el fin de apoyar a croatas y bosnios frente al Gobierno serbio. La brutalidad del conflicto fue terrible, con persecuciones y limpiezas étnicas que no se habían visto en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. El conflicto finalizó con los Acuerdos de Dayton de 1995, un compromiso muy delicado que supuso un reparto de territorios entre serbios, croatas y bosnios. Estados Unidos se convirtió en garante de este acuerdo con el apoyo de sus aliados europeos.

Sin embargo, y a pesar de las muertes y la destrucción provocada, el nacionalismo sigue siendo en la actualidad un problema de primer orden en la zona. El caso más importante es el de Kosovo, un Estado todavía no reconocido por todos los Gobiernos en el que una minoría serbia pretende la autonomía territorial frente a la oposición albanesa. El conflicto en Kosovo estalló en 1999 entre separatistas albaneses y el Gobierno de Belgrado. Estados Unidos actuó expulsando las tropas serbias y creando una suerte de protectorado que se independizó de forma definitiva en 2008.

10

Nacionalismos en España

INTRODUCCIÓN GENERAL

En este apartado vamos a analizar el desarrollo histórico del nacionalismo propiamente español y de los distintos movimientos nacionalistas periféricos que aparecieron dentro del Estado y que provocaron una serie de conflictos, a veces violentos y otras no, a lo largo de toda la contemporaneidad.

Tradicionalmente se ha argumentado que el nacionalismo español no supone una ideología unificada, sino que a lo largo de todo el siglo XIX contempló dos variedades. La primera ligada a una ideología liberal partidaria de la renovación de la nación y la segunda con un carácter más conservador, defensora de las costumbres y las tradiciones. Igual que en el resto de campos de la vida política, el liberalismo y el conservadurismo compitieron por hacerse con el control del discurso nacionalista, que sirvió de soporte para Gobiernos de ambas tendencias.

La emergencia de los nacionalismos periféricos, y en particular del vasco y el catalán, los dos de más relevancia, en la línea del despertar de los nacionalismo europeos de mitades del siglo XIX, provocó que en muchos casos las dos vertientes del nacionalismo español se unieran ante los posibles movimientos secesionistas o en pos de la autonomía de las regiones históricas. De hecho, es posible percibir el desarrollo de los movimientos nacionalistas en España durante el siglo XX como una lucha constante entre el poder central y la periferia.

La creación de la España moderna. Nacionalismo entre 1808 y 1898

A pesar de que es imposible fechar de forma exacta el momento en el que los habitantes de una nación adquieren la concepción nacionalista moderna de la misma, podemos convenir que el despertar de este sentimiento en España proviene de la lucha contra las tropas napoleónicas en la guerra entre 1808 y 1814. La invasión francesa supuso la unión y movilización de un importante sector de la población y favoreció un proceso de revolución liberal que acabaría desembocando en la Constitución de 1812. Esta constitución establecía que la soberanía recaía sobre la nación española, y reconocía a España como una entidad nacional, constitucional, parlamentaria y católica. Así, se daba forma legal al concepto de España como nación.

Este proceso legal estuvo acompañado de otro cultural, en el que se redescubrieron mitos y tradiciones con el fin de justificar el abandono del régimen absolutista y la adopción de uno liberal. Los liberales tomaron como referencia los Parlamentos medievales de Aragón y la oposición de los comuneros castellanos al autoritarismo de los Habsburgo para sostener que España poseía una herencia que ilustraba su carácter preliberal.

Durante todo el período isabelino, entre 1833 y 1868, el liberalismo moderado que copó el poder la mayor parte del tiempo prosiguió el proceso de elaboración de una mitología nacionalista en la línea de lo establecido en las Cortes de Cádiz, utilizando el conflicto contra los franceses como referencia. En esas fechas la guerra de 1808 comenzó a llamarse guerra de la Independencia, se erigieron numerosos monumentos conmemorativos y se proclamó el 2 de mayo como festivo nacional.

La literatura también contribuyó a conformar la identidad nacional española. El pueblo como entidad se convirtió en el principal protagonista de las obras literarias y académicas con el fin de subrayar la continuidad histórica del mismo. El objetivo subyacente de esta producción era legitimar la construcción del Estado liberal moderno y de los valores burgueses sobre los que se sustentaba.

En cuanto a la concepción política del Estado, el liberalismo moderado defendía un sistema uniforme y centralizado como la mejor manera de consolidar el nuevo orden. Mientras, mantenían una constante identificación étnica entre el catolicismo, cuya Iglesia estaba todavía muy activa en la vida política del país, y la identidad nacional española.

Los liberales progresistas y los republicanos, por su parte, hacían constantes referencias a instituciones medievales como las Cortes, a los fueros regionales y a los periodos de tolerancia religiosa como marcas de la identidad histórica española. Sostenían que el absolutismo y la intolerancia religiosa de los Habsburgo había conllevado la decadencia de la nación.

Desde el punto de vista político, a diferencia de los moderados, los liberales progresistas defendían un Estado descentralizado. Justificaban esta posición mediante la referencia a los poderes locales y municipales de origen medieval, si bien en todo momento defendían el mantenimiento de una estructura política tradicional de la nación. Sin embargo, la inestabilidad política durante la Primera República, entre 1873 y 1874, impidió a los progresistas llevar a cabo su ideal de Estado descentralizado.

Por otro lado, la visión conservadora del nacionalismo español compitió con el pensamiento liberal durante todo este período. También tiene sus orígenes en la guerra de Independencia, en la que los partidarios del Antiguo Régimen definieron la nación como intrínsecamente católica y procuraron la movilización del pueblo contra el invasor partidario del ateísmo.

Los absolutistas y, tras el fallecimiento de Fernando VII, los carlistas, consideraban que las liberales eran ideas antiespañolas que se oponían a las tradiciones de la nación. Esta retórica contra el liberalismo se usó de forma continuada como herramienta para preservar los privilegios de la Iglesia y la Corona. A partir de la segunda mitad del siglo XIX los conservadores se dieron cuenta del poder movilizador del nacionalismo, por lo que potenciaron una versión tradicionalista de la patria en la que la unidad católica era el fundamento de la nacionalidad española.

Los historiadores tradicionalistas hacían continuas referencias a la lucha de España frente a las herejías extranjeras y al proceso de evangelización de América durante los siglos XVI y XVII. Además, culpaban a la Ilustración francesa de la introducción artificial de ideas revolucionarias que iban a destruir la unidad de España. Encontraban en los Gobiernos de los Habsburgo la época dorada de la nación y culpaban al reformismo borbónico de la decadencia de la misma. Su ideal de nación consistía en una comunidad unida política y religiosamente bajo una poderosa Corona y una Iglesia católica independiente.

Este concepto tradicionalista de la nación era eminentemente étnico, puesto que enfatizaba en la cultura religiosa como alma de la unidad del pueblo y no hacía referencia a cuestiones políticas ni de derechos. En lo referido a la estructura estatal, los tradicionalistas defendían una España descentralizada en la que las distintas regiones mantendrían sus privilegios medievales. Su interés por reinstaurar el Antiguo Régimen supondría la restauración de los distintos estatutos territoriales. Esta defensa de los fueros regionales fue una importante fuerza de movilización para la causa tradicionalista en las áreas rurales de Navarra, el País Vasco y Cataluña.

Durante el período de la Restauración, entre 1874 y 1923, el sector más conservador del liberalismo defendió una concepción étnica semejante de la nación española comprendida dentro de un sistema liberal monárquico. Cánovas del Castillo concebía la nación como un sistema biológico con su propio carácter, moldeado durante los siglos a través de la tradición y la cultura. Sin embargo, a pesar de esta idea procedente del Romanticismo historicista, esto no suponía la idea liberal de la necesidad de una consciencia común y compartida a la hora de conformar una nación, aunque sí que daba una mayor relevancia en este proceso a la determinación divina. Más allá de los aspectos geográficos, culturales, raciales o lingüísticos, Cánovas creía que las naciones eran actos divinos.

Sin embargo, al contrario de lo que defendían los tradicionalistas, estos sectores del liberalismo conservador eran fuertemente unitarios. Siguiendo las ideas liberales moderadas, defendían el fin de los privilegios regionales herederos de la Edad Media y pretendían la unificación legislativa y la centralización de la administración estatal, como así mostraron sus políticas durante el último cuarto del siglo XIX.

ORÍGENES DEL NACIONALISMO CATALÁN

Desde finales de la Edad Media, Cataluña, como parte de la Corona de Aragón, mostró un elevado grado de desarrollo político, económico y cultural en comparación con el resto de territorio peninsular. Eso supuso el nacimiento de una consciencia de la propia identidad catalana en una suerte de protonacionalismo. De esta forma, el arraigo de unas fuerzas políticas y culturales puede considerarse la piedra fundacional de la identidad nacional catalana.

El final de las instituciones regionales catalanas llegó en 1716 como consecuencia de la guerra de Sucesión. Gran parte de la población catalana se puso de lado del archiduque Carlos, al cual proveyeron con tropas y recursos, puesto que presumiblemente este candidato iba a mantener

la legalidad vigente. Sin embargo, su derrota supuso el fin de los Parlamentos autónomos en la Corona de Aragón de la mano de Felipe V, que llevó a cabo un proceso de centralización estatal.

Ya en el siglo XIX asistimos al desarrollo de un movimiento cultural, histórico y literario en la línea del Romanticismo europeo que tomó el nombre de *Renaixença*, Renacimiento en catalán. Su objetivo esencial era la recuperación de la lengua y la literatura catalanas. Este movimiento se oponía al período de decadencia vivido tras la guerra de Sucesión y la desaparición de las instituciones tradicionales catalanas. Pretendía además dotar al catalán de una normativa estandarizada, hecho que no se consiguió hasta el primer cuarto del siglo XX.

Tras el fracaso del sistema instaurado con la revolución de 1868 y la caída en 1874 de la Primera República, muchos catalanes vieron cómo desaparecían sus esperanzas de conseguir un Estado federal en España. Esto supuso que el movimiento originalmente cultural adquiriera un claro compromiso político en pos de conseguir el autogobierno de Cataluña en el marco del Estado liberal español.

En la línea de los demás movimientos culturales del Romanticismo europeo, la *Renaixença* ahondó en el pasado histórico catalán para fundamentar la necesidad de hacer renacer a Cataluña. Se multiplicaron las obras de investigación histórica sobre el pasado de Cataluña con el fin de dejar patente su carácter nacional. De esta forma se legitimaban con el pasado las reivindicaciones políticas del presente. Muchas de estas publicaciones pretendían explicar por qué Cataluña constituía una nación por sí misma y no una mera región española.

Durante todo este período asistimos a la conformación de una identidad popular catalana que hacía especial hincapié en mostrar las diferencias con Castilla. Diversos autores defendían que el mayor desarrollo económico de Cataluña se debía a un carácter particular de su población, mucho más trabajadora y con un sentido común que los diferenciaba de

los castellanos. Esta concepción, sin embargo, no alcanzó la esfera política porque la burguesía catalana que la encabezada tenía como objetivo esencial dominar la economía española, por lo que no les interesaban conceptos que podían desembocar en tensiones separatistas.

Esta situación comenzó a cambiar a la altura de la década de 1880, debido a la discriminación continuada sobre los industriales catalanes y llevada a cabo por las élites españolas. En ese momento la burguesía catalana se dio cuenta de que nunca se le iba a permitir liderar la economía española, puesto que esta no había sido capaz de identificar sus intereses con los del resto de la nación española.

Es en este momento en el que toda la literatura producida durante la Renaixença sobre las particularidades de la nación catalana comenzó a jugar un papel fundamental en la vida política. La élite económica catalana la utilizó para tomar conciencia de las diferencias en el desarrollo económico y social entre Cataluña y el resto de España, por lo que el catalanismo pasó de ser un movimiento meramente cultural a dar el salto a la arena política.

Así, durante el último tercio del siglo XIX, el catalanismo comenzó a formular sus propias bases doctrinales como movimiento político entre los progresistas y entre los conservadores, mientras proseguía la producción cultural y se multiplicaban las asociaciones de carácter nacionalista. La pérdida de las colonias de Cuba y Filipinas tras la guerra de 1898 provocó una enorme crisis en la conciencia nacional que, a su vez, sirvió para dar un impulso todavía mayor al catalanismo. Ya en 1901 se fundó el primer partido político moderno de Cataluña, la Lliga Regionalista.

ORÍGENES DEL NACIONALISMO VASCO

A la hora de remontarnos a los orígenes del nacionalismo vasco debemos tener en cuenta una serie de mitos sobre los que se sustenta, mitos que a su vez tienen su apoyo en una serie de realidades históricas tales como la raza o la lengua, que dotan a este nacionalismo de una gran fuerza. Además,

los aspectos sociales, políticos y económicos particulares de la sociedad vasca, cuyos orígenes se remontan a la Edad Media, supusieron una serie de argumentos fundamentales para comprender el despertar del nacionalismo vasco a mediados del siglo XIX.

El mito más relevante para la justificación de la realidad política, social y económica del pueblo vasco es, seguramente, el de la batalla de Arrigorriaga (victoria legendaria frente al reino de León, acaecida a mediados del siglo IX), puesto que de la misma parte el concepto de hidalguía universal de los vascos y la existencia de una serie de privilegios económicos y jurídicos. Son dos las versiones de este mito, una procedente del siglo XIV y otra del XV que no cabe reproducir en esta obra, pero que sirvieron para dotar al nacionalismo vasco de un carácter pactista entre el pueblo y sus líderes, puesto que en ambos casos el conflicto se salda con la elección por parte del pueblo de su propio líder, que los encabeza hacia la victoria frente al opresor, asturiano en un caso y leonés en el otro.

Otro mito importante es el de Túbal, un nieto de Noé, primer habitante de la península ibérica y del que descendería todo el pueblo vasco. Sostiene que este habría traído directamente del paraíso la lengua vasca, que permaneció intacta, lo cual confiere a los vascos, o al menos a su lengua, la condición de haber sido elegidos por Dios. No cabe duda de la magnitud de este mito a la hora de justificar los fueros y las prerrogativas particulares en la organización política del territorio vasco.

A estos mitos debemos sumar que el desarrollo cultural del Romanticismo durante el siglo XIX trajo consigo un enaltecimiento de la paz y la tranquilidad del mundo rural, lo cual enlazaba con las características particulares del pueblo vasco, eminentemente rural, en oposición a los cambios económicos y sociales que comenzaban a llegar de la mano de la Revolución Industrial.

Todos estos mitos, eminentemente ligados con la religiosidad, junto con las tradiciones y la excepcionalidad jurídica y económica de la que gozaba la población vasca, facilitan la comprensión de por qué el nacionalismo vasco estuvo ligado en sus orígenes con planteamientos muy

tradicionalistas, en particular aquellos del partido carlista, que obtuvo un gran apoyo popular en la zona. Esto se debe a la defensa del carlismo de la Iglesia católica y de los fueros territoriales, dos puntos esenciales de la personalidad tradicional vasca.

La derrota del carlismo conllevó la toma de medidas por parte del liberalismo destinadas tanto al castigo de los perdedores como a la consecución de un Estado moderno y homogéneo. Así, en 1876, el Gobierno central tomó la decisión de abolir definitivamente los fueros de las Vascongadas, lo que inmediatamente desencadenaría un movimiento de defensa de los mismos de gran relevancia a la hora de conformar las bases ideológicas del nacionalismo vasco independentista.

Hay que resaltar el grado de privilegios y autonomía que los fueros habían proporcionado al pueblo vasco hasta su abolición. La autonomía política, por un lado, venía dada por la existencia de instituciones como las Juntas Generales en Vizcaya o las Cortes en Navarra. Por otro lado, encontramos la exención tributaria y del servicio de armas, por la que los vascos no tenían que participar en un servicio militar obligatorio para el resto de la población.

Las protestas en defensa de los fueros se extendieron incluso entre aquellas élites vascas involucradas en los partidos del turnismo durante la Restauración. Asistimos de esta forma a la división del fuerismo en dos corrientes. La primera sería partidaria de la colaboración con el Gobierno central, mientras que la segunda, más intransigente, únicamente buscaba el restablecimiento total de los fueros como un derecho histórico fundamental del pueblo vasco.

Este movimiento a favor de los fueros, sin embargo, carecía de un componente independentista. Esto supuso que, cuando a finales de siglo Sabino Arana comenzase a proclamar la necesidad de un Estado independiente, numerosos vascos vieran en ello una idea novedosa y atractiva, lo que permitió su rápida expansión. Arana formuló una ideología nacionalista basada en la defensa de

la religión, la existencia de una comunidad vasca preexistente a cualquier organización estatal, la concepción del euskera como una lengua diferente a las demás, el rechazo del liberalismo y la defensa de la raza vasca como superior a los demás habitantes de la península ibérica.

Bajo estas premisas, es fácil de entender que el nacionalismo independentista vasco rápidamente se identificara con las posturas más reaccionarias de la época. Arana recurrió desde el primer momento a todos los mitos ya explicados para justificar sus posiciones ideológicas. En cuanto a la organización de su movimiento, Arana pretendía convertirlo en un partido popular, alejado del elitismo de los partidos políticos de la época. Buscaba la creación de un movimiento con unas bases sociales y culturales que involucrarían a todo el pueblo vasco a través de los *batzokis*, algo más que sedes políticas, también lugares de organización cultural y social.

Arana fundaría de forma definitiva el Partido Nacionalista Vasco en 1895 bajo una dirección fuertemente personalista y como principales líderes tomó a personas cercanas y de confianza. Estos primeros años del PNV estarían marcados por un rechazo frontal al liberalismo, pero también al incipiente socialismo. En particular, el PNV se enfrentó al PSOE debido a la defensa que este último hacía de los obreros que habían llegado a Vizcaya a trabajar en las minas y la siderurgia. Arana consideraba a estos obreros inmigrantes invasores que iban a destruir la pureza vasca y los modos de vida tradicionales. Esta situación ejemplifica el sentimiento de superioridad étnica y cultural del aranismo.

Progresivamente, el PNV fue atrayendo a numerosos elementos procedentes del fuerismo y el carlismo. A los primeros les instó a superar sus deseos de autonomía para defender la total independencia. Con los segundos, por su parte, compartía gran parte del sustrato ideológico, pero debía convencerlos de la necesidad de abandonar el Estado español y conseguir una patria vasca independiente. A pesar de que los resultados fueron desiguales, el PNV consiguió llegar a copar la práctica totalidad del movimiento nacionalista vasco durante las primeras décadas del siglo XX.

Con el paso del tiempo, el nacionalismo vasco comenzó también a adquirir cierta sensibilidad hacia los conflictos sociales de la época. Arana siempre se mostró contrario a los cambios sociales provocados por el capitalismo, puesto que consideraba que iba a destruir las formas de vida tradicionales de la sociedad vasca. Así, el nacionalismo vasco acabó fundando su propio sindicato, Solidaridad de Trabajadores Vascos, en la línea del obrerismo cristiano y enfrentado con los socialistas de la UGT y los anarquistas de la CNT.

Nacionalismo español y nacionalismos periféricos entre 1898 y 1975

Durante los primeros años del siglo XX la tradición nacionalista española continuó dividida entre una vertiente liberal y otra conservadora que, progresivamente, se fue uniendo con el fin de oponerse a los crecientes partidos nacionalistas de la periferia. Esto se debe a que, como hemos visto en los apartados anteriores, a finales de siglo los nacionalismos vasco y catalán habían emergido como formas alternativas de identidad nacional que se oponían a la posición hegemónica del nacionalismo español.

Esta situación de incipiente conflicto se debe, en primer lugar, al sistema instaurado durante la Restauración, entre 1875 y 1923. En él, los partidos conservador y liberal se alternaban en el poder, desoyendo las peticiones de un elevado porcentaje de la población. En este período en el que comienza a nacer la sociedad de masas y en el que España se comienza a confirmar como nación moderna, el sistema de la Restauración mostraba numerosas carencias a la hora de permitir el tratamiento libre y justo de los asuntos políticos.

Por otro lado, la rápida industrialización de Cataluña y el País Vasco durante las últimas décadas del siglo XIX provocó una serie de cambios socioeconómicos de gran magnitud. De especial relevancia es el flujo continuo de inmigrantes castellanos hacia esas regiones, lo cual provocó el rechazo de

parte de las sociedades vasca y catalana, que veían amenazados sus modos de vida y sus posibilidades de obtener trabajo y beneficios económicos.

Por último, otro de los factores que explican esta situación es la derrota española en la guerra de Cuba y la pérdida de las colonias de Cuba, Puerto Rico y Filipinas. Esto no supuso solamente una reducción territorial, sino que significó la imposibilidad para el Estado español de involucrar a su población en la carrera imperial, al estilo de países como Reino Unido, Alemania o Francia, lo que permitió reforzar la unidad nacional en los mismos. En España, en cambio, la sensación de crisis del sistema y la incapacidad de la élite estatal de incorporar a todos los sectores de la sociedad en una idea nacional común favoreció el crecimiento de los nacionalismos vasco y catalán.

De forma paralela a este crecimiento de los nacionalismos periféricos, encontramos un importante sector de intelectuales liberales que veían imprescindible comenzar un proceso de regeneración de la nación española. Esta idea se llevaba fraguando ya desde finales del siglo XIX, pero será la pérdida de las colonias lo que le dará un mayor ímpetu. Parte de la labor de estos intelectuales consistió en indagar sobre el carácter nacional de España para comprender la realidad del momento y proveer de soluciones para los problemas que estaba viviendo el país.

A pesar de la diversidad de opiniones dentro de la corriente regeneracionista, podemos establecer una serie de paradigmas sobre su concepción de la nación. En general, esta era interpretada como un ser orgánico en continua evolución, idea en la línea del Romanticismo, el darwinismo social y el determinismo geográfico, muy en boga en la Europa del momento. Destacaban, además, el papel central de Castilla como núcleo fundador de la nación durante la Edad Media, igual que consideraban el castellano como el idioma nacional. Sin embargo, defendían la necesidad de revitalizar los poderes locales y regionales para comenzar desde ellos el proceso de reconstrucción nacional.

Estas posturas, por un lado, desafiaban el sistema centralista de la Restauración, a todas luces ineficiente y que había acabado con los poderes locales. Por otro, criticaban los nacionalismos catalán y vasco, puesto que consideraban que eran unas construcciones artificiales al servicio de la burguesía, más interesadas en indagar sobre el pasado que en construir un futuro mejor para el global de la sociedad española. Criticaban a las clases medias que se habían unido a los nacionalismos periféricos porque mantenían que esta era una postura egoísta y reaccionaria.

En última instancia, sin embargo, el principal objetivo de los ataques de los regeneracionistas era el sistema oligárquico de la Restauración, al que culpaban de la emergencia de ideas separatistas. De esta forma, el Regeneracionismo contribuyó al auge de un nuevo nacionalismo español de corte progresista que igualmente jugó un papel fundamental en la dialéctica entre el nacionalismo central y los nacionalismos periféricos que encontramos durante todo el siglo xx.

El nacionalismo regeneracionista tenía como objetivo esencial modernizar España a través de la industrialización, las reformas sociales y la democratización, en la línea de las principales potencias europeas. Por ello buscaba una mayor apertura hacia las influencias externas, aunque siempre en consonancia con las peculiaridades geográficas y el carácter de la sociedad española. Así, combina un interés modernizador con la necesidad de profundizar en el pasado nacional para comprender el espíritu popular y actuar en consecuencia.

En cuanto a los aspectos políticos, el nacionalismo regeneracionista poseía un carácter cívico basado en la necesidad de una comunidad unificada bajo una ley democrática. En este aspecto se asemejaba al nacionalismo liberal progresista de años previos, pero a diferencia de este poseía un profundo historicismo y vitalismo en la línea del positivismo que había dominado las posturas democráticas de finales del siglo xix.

No solo el nacionalismo progresista español sufrió cambios a principios de siglo. El desarrollo de los nacionalismos periféricos provocó una reacción entre grupos de derecha que favoreció el crecimiento de una nueva vertiente dentro del conservadurismo, que defendía un nacionalismo autoritario, antiliberal, católico y centralista. Un importante sector de la sociedad partidario de esta postura lo encontramos entre la oficialidad del Ejército, que combinaba los deseos regeneracionistas con un nacionalismo tradicional que creía que la mejor manera de modernizar el país era mediante un sistema autoritario.

Esta nueva tendencia alcanzó el poder y se hizo oficial cuando el Capitán General de Cataluña, Miguel Primo de Rivera, derribó el régimen liberal mediante un golpe de Estado en 1923 con el apoyo del monarca Alfonso XIII, los sectores más radicales del partido conservador, la Iglesia y el Ejército. Primo de Rivera justificó el golpe haciendo referencia a la amenaza separatista, la ineficiencia del sistema parlamentario y las actuaciones violentas de la clase obrera organizada.

El sistema de Primo de Rivera se basó en una idea de la nación ultracatólica y basada en la monarquía. La religión, el idioma castellano y el pasado común imperial representaban la esencia del pueblo español. En la línea de las teorías fascistas que se iban expandiendo por Europa, el objetivo era formar un nuevo Estado centralista y corporativista que integrara a todas las clases sociales y movimientos regionales bajo una idea autoritaria de nación ideal.

Esta concepción estatal conllevó una lucha continua contra los nacionalismos periféricos de la mano de políticas para promover el castellano, con el fin de privar a dichos nacionalismos de su sustento cultural. Sin embargo, la represión gubernamental no hizo sino reforzar los nacionalismos periféricos en los años veinte.

En el País Vasco encontramos durante la dictadura, ante la imposibilidad de participación política, una tendencia dentro del nacionalismo que dedicó sus esfuerzos a una regeneración de la cultura vasca. Ya con la caída de Primo de Rivera surge un movimiento vasco, mucho menos radical y romántico que en sus orígenes, que atrajo a un importante sector de las clases medias deseosas de defender sus

intereses socioeconómicos y sus modos de vida. En Cataluña, por su parte, durante la dictadura se multiplicaron las producciones culturales en catalán mientras que las tendencias republicanas, democráticas y catalanistas adquirían cada vez más fuerza.

Con la caída de la dictadura, liberales, republicanos y socialistas españoles alcanzaron un acuerdo con los nacionalismos periféricos con el fin de establecer una república laica, democrática y descentralizada. Esto muestra el fracaso del nacionalismo español más autoritario a la hora de lidiar con los nacionalismos periféricos, lo cual desembocó en esta evaluación de una versión de España liberal, democrática y descentralizada.

Así, con la proclamación de la Segunda República en 1931, socialistas y liberales españoles intentaron buscar soluciones a las cuestiones regionalistas a través de medidas descentralizadoras. Este discurso se basaba en una concepción cívica de la nación que identificaba al pueblo español con una comunidad política definida por una ley común. Aun así, podemos ver todavía ciertos tintes deterministas en la idea de patria defendida por los republicanos, que entendían la unidad española en términos históricos, lingüísticos y culturales.



Cartel propagandístico de Estat Català, partido quasi independentista catalán fundado en 1922

A pesar de ello, republicanos y socialistas eran plenamente conscientes de la existencia de distintas culturas y contemplaban la posibilidad de implantar estatutos de autonomía en aquellas regiones con fuertes sentimientos nacionalistas, pero siempre dentro de la estructura del Estado español. Así, la Constitución de 1931 definía España como un Estado integral en el que la soberanía recaía exclusivamente sobre la nación, pero que permitía la creación de autonomías en ciertas regiones. Cataluña la obtuvo en 1932 y el País Vasco en octubre de 1936, pero el estallido de la Guerra Civil tras el golpe de Estado del 18 de julio de ese mismo año impidió su desarrollo.

La lucha contra los nacionalismos periféricos no fue una de las causas esenciales del golpe de Estado franquista, si bien no cabe duda de que los militares rebeldes vieron en la concesión de las autonomías una amenaza a la unidad de España. Durante la dictadura franquista, entre 1936 y 1975, se potenció el nacionalismo conservador a través del nacionalcatolicismo, es decir, la interpretación del catolicismo como esencia del espíritu español. Además, Castilla se convirtió en el núcleo étnico de la patria.

Franco reprimió cualquier movimiento que pudiera amenazar el nuevo régimen. Los estatutos de autonomía del País Vasco y Cataluña fueron abolidos y el Estado dictatorial se construyó bajo un rígido centralismo administrativo, legal y territorial. A esto debemos sumar políticas de asimilación cultural. El español se convirtió en el único idioma oficial y se prohibió y persiguió a aquellos que mostraran públicamente símbolos de las identidades regionales.

El concepto étnico de la nación franquista iba de la mano de la idea de regeneración. La propaganda franquista pasó a referirse a la Guerra Civil como una cruzada contra todo lo antiespañol, que incluía a liberales, republicanos, izquierdistas y nacionalistas periféricos. Estos colectivos eran considerados un cáncer que debía ser curado y extirpado a través de una violencia purificadora.

Esta actitud violenta, provocó a su vez otra respuesta violenta por parte de una nueva generación de nacionalistas. En 1959 se fundaba en el País Vasco la banda terrorista Euskadi ta Askatasuna (País Vasco y Libertad), que puede ser considerado como un movimiento de liberación nacional

frente a España. La ideología de ETA mezclaba el nacionalismo radical vasco con una cierta retórica marxista. Las acciones violentas de ETA provocaron una represión desproporcionada por parte del régimen. Comenzó entonces una espiral de acción-represión-acción entre ETA y el régimen que sirvió para aglutinar a los nacionalistas vascos y a otros grupos de izquierdas que se oponían al franquismo.

La oposición catalana al franquismo, por su parte, tomó una opción muy distinta. A lo largo de las décadas de 1960 y 1970 fue acompañada por un resurgir cultural en la literatura, el arte y la música que pretendía reivindicar la identidad nacional catalana. Además, los nacionalistas catalanes unieron sus fuerzas con los comunistas, los socialistas y los liberales en su lucha contra la dictadura.



Mural a favor de ETA en una calle cualquiera del País Vasco en los comienzos del siglo XXI

Esta situación provocó en las décadas finales del régimen un crecimiento sin parangón de los nacionalismos periféricos, que obtuvieron un gran apoyo popular y se aliaron con el resto de opositores al franquismo. De esta forma, una vez muerto Franco en 1975, era evidente la asociación entre una España democrática y un sistema descentralizado que permitiera la autonomía de Cataluña y el País Vasco.

NACIONALISMOS EN DEMOCRACIA

Durante los primeros años de la transición política hacia la democracia en España, entre 1975 y 1978, encontramos un resurgir en el apoyo a la autonomía política en Cataluña y el País Vasco como reacción al autoritarismo del nacionalismo español impuesto en las cuatro décadas de franquismo. Estas peticiones, además, se extendieron a otras regiones como Galicia, Andalucía, Aragón, Valencia, Asturias y las Islas Canarias, que pretendían mostrar sus identidades regionales y pedían cierto poder político autónomo en un Estado descentralizado. Así, parecía evidente que el nuevo sistema debía basarse tanto en una democracia parlamentaria como en la autonomía regional.

La Constitución de 1978 surgió de un compromiso de las distintas fuerzas políticas, con el fin de abrir una vía que solucionara los distintos problemas que suponía la transición democrática. En lo referido a las nacionalidades, este texto pretendía reducir las tensiones entre el centro y la periferia asegurando la unidad indisoluble de España, pero también para garantizar la autonomía de las nacionalidades de las que se compone. El castellano se mantuvo como idioma oficial en todo el Estado, pero se permitía que las Comunidades Autónomas tuvieran además sus propias lenguas oficiales.

Durante la década de los ochenta, las distintas Comunidades Autónomas fueron adquiriendo sus propios estatutos hasta componer el actual mapa con diecisiete de estas entidades. Este Estado de las autonomías permitía a las distintas regiones poseer su propio Parlamento con carácter legislativo. La implementación de este sistema supuso que entre los miembros de la sociedad española los sentimientos de identidad nacional y regional se solapen.

Hoy en día es posible percibir tanto entre la derecha como entre la izquierda un nacionalismo español renovado, en la línea de la democracia liberal, que se describe como moderno, cívico, plural y europeísta. Este nuevo nacionalismo se basa en el concepto de patriotismo constitucional, que defiende la idea de ciudadanía universal,

basada en principios cívicos en lugar de en una cultura compartida. Para los partidos constitucionalistas, España es una nación multicultural unida bajo una Constitución democrática que garantiza la lealtad y el consenso entre los españoles.

Uno de los factores que más contribuyó a la consolidación del nacionalismo cívico fue la violencia política de ETA durante la década de 1990. Desde la caída del franquismo, ETA apenas cambió su discurso, el cual apelaba a la necesidad de recurrir a la violencia para liberar a la nación vasca de la opresión del Estado español. El uso continuado de prácticas terroristas (secuestros, ejecuciones, bombas) provocó el rechazo de gran parte de la sociedad española y vasca, que reforzó la identidad democrática de la nación. ETA no abandonaría las armas de forma definitiva hasta el año 2011.

En Cataluña, por su parte, la violencia nacionalista fue al principio escasa y estuvo protagonizada por el grupo terrorista independentista y de extrema izquierda Terra Lliure, fundado en 1978 y autodisuelto en 1991. Sin embargo, el nacionalismo catalán ha experimentado, a partir especialmente del año 2006, una transformación que lo ha llevado a defender la total independencia de Cataluña respecto al Estado español. Comenzó entonces a exigirse la necesidad de otorgar al pueblo catalán el derecho a decidir en qué medida respondía ante el Estado español, es decir, se instaba a convocar un referéndum independentista.

El 27 de septiembre de 2012 el Parlamento de Cataluña decidió convocar un referéndum de autodeterminación. Durante los años siguientes forzó un auténtico tira y afloja entre el Gobierno catalán y el nacional por la continua reivindicación del derecho unilateral a decidir del primero y la condición indisoluble del Estado español recogida en la Constitución.



Carles Puigdemont, presidente de la Generalitat de Cataluña (2016-2017), es ovacionado en el Parlament tras la declaración unilateral de independencia

Finalmente, el 1 de octubre de 2017 se llevó a cabo un referéndum en el que participó un 42 % del censo y en el que el sí a la independencia obtuvo un 89 % de los votos. Este referéndum fue seguido de una huelga general en Cataluña el 3 de octubre y, finalmente, de una declaración unilateral de independencia el 27 de ese mismo mes. Según el artículo 155 de la Constitución española, el Gobierno central destituyó al Gobierno de la Generalitat y convocó nuevas elecciones el 21 de diciembre, lo que provocó la fuga de algunos de los dirigentes catalanes para eludir los procesos judiciales abiertos contra ellos.

Otros nacionalismos

El origen del galleguismo lo encontramos en la década de 1840, dedicado a recuperar el poder provincial ante el progresivo proceso de centralización llevado a cabo por los Gobiernos liberales. Este provincialismo tuvo como principales representantes a un grupo de intelectuales cuya ideología se basaba en el liberalismo, el cristianismo social, el Romanticismo, el historicismo y un deseo de llevar el progreso a Galicia.

A finales del siglo XIX, ante la situación impuesta por el régimen de la Restauración, el provincialismo se acabó convirtiendo en un auténtico regionalismo con dos vertientes muy diferenciadas. La primera es de corte progresista que busca la modernización y recurre a la nación como una entidad orgánica que afirma la existencia de un espíritu nacional gallego existente a través de la etnicidad y del idioma. La segunda se encuentra en la línea del carlismo y el catolicismo, por lo que defiende la autonomía regional como medio de preservar las tradiciones frente al liberalismo. Es en este momento en el que nacen las primeras asociaciones políticas galleguistas, todavía muy marginales.

Poco a poco el regionalismo gallego fue evolucionando hacia el nacionalismo con la incorporación de activistas tanto republicanos como tradicionalistas, cuyas actuaciones, en un principio, solo se limitaban al campo de la cultura. Una primera asamblea se llevó a cabo en 1918, con el fin de unir ambas vertientes del nacionalismo en un programa reformista moderado, anticaciquil y federal. Sin embargo, este movimiento continuó siendo exclusivo de la intelectualidad pequeñoburguesa y no fue capaz de atraer al campesinado.

El sustento ideológico del galleguismo se basaba en una definición de la nación gallega basada en elementos de naturaleza cultural e historicista. La nación gallega sería un hecho natural y biológico nacido de la actuación de la raza celta y de la generación de un espíritu nacional que tiene su plasmación en la lengua propia. Estas teorías serían aceptadas por las dos vertientes ideológicas del galleguismo.

Con la instauración de la dictadura de Primo de Rivera parte del galleguismo más conservador vio un atisbo de esperanza, puesto que este nuevo sistema les propuso la creación de una mancomunidad que otorgaría a Galicia cierto grado de autonomía. Sin embargo esta concesión se fue demorando continuamente, dejando patente que la dictadura no iba a permitir la descentralización del estado español. Así, la mayoría de galleguistas acabaron engrosando las filas de la oposición política al régimen.

Tras la llegada de la Segunda República en 1931 los nacionalistas gallegos concentraron sus esfuerzos en la obtención de un Estatuto de Autonomía similar al obtenido por Cataluña en 1932, aunque esto no se obtuvo hasta 1936, en plena Guerra Civil. La libertad que trajo consigo el nuevo sistema permitió que el galleguismo alcanzara una expresión política estable de la mano de la fundación del Partido Galeguista en 1931, dentro del cual siguieron conviviendo las dos vertientes del galleguismo, aunque con un predominio de la progresista. Esto conllevó que en 1935 se escindiera un sector conservador que fundó Dereita Galeguista. Ambos partidos vivieron una importante expansión durante la República que fue frenada por el golpe de estado de 1936.

Los sublevados consiguieron hacerse rápidamente con el control de Galicia e, inmediatamente, el galleguismo comenzó a ser perseguido. Muchos de sus líderes se vieron obligados a exiliarse, sobre todo a Buenos Aires, que se convirtió en capital del galleguismo en el exilio. Sin embargo, las asociaciones galleguistas fueron, en general, ignoradas por el resto de fuerzas republicanas en el exilio. En España, se intentó reconstruir el PG en la clandestinidad, pero su persecución provocó el desaliento y, en consecuencia, la inactividad. El galleguismo quedó limitado a una cierta promoción cultural dentro de los limitados márgenes que marcaba el nuevo régimen.

La situación cambió debido a las transformaciones socioeconómicas sufridas por la España de los años sesenta. El crecimiento de la clase obrera y estudiantil provocó un acercamiento hacia la izquierda por parte del nacionalismo gallego. Aparecen, por lo tanto, partidos en la clandestinidad que combinaban el galleguismo con tendencias socialistas e incluso marxistas que participaron en protestas estudiantiles y obreras.

El nuevo sistema descentralizado promovido durante el proceso de transición hacia la democracia fue, en un primer momento, rechazado por las fuerzas políticas nacionalistas, que se mantenían fieles a la exigencia del derecho de autodeterminación. Finalmente, Galicia fue reconocida como

nacionalidad histórica, aunque no tanto por el peso de los nacionalistas gallegos, que se dieron cuenta del escaso apoyo popular de sus tesis, sino más bien gracias a la presión ejercida por nacionalistas catalanes y vascos. El estatuto de autonomía en Galicia fue aprobado en 1980.

En 1982 todos aquellos partidos y grupos defensores de un nacionalismo izquierdista acabaron uniéndose para fundar el Bloque Nacionalista Galego, que consideraba la autonomía como un primer paso hacia el autogobierno. Su estrategia se basó en la moderación con el fin de sumar el máximo apoyo posible entre la población gallega, en una suerte de dicotomía que opone la periferia de Galicia con el centralismo español. De esta forma busca un movimiento interclasista dedicado a defender la economía gallega amenazada por la reconversión industrial y las imposiciones de la Unión Europea.

El nacionalismo canario tiene un origen curioso, puesto que este se encuentra en la pérdida española de Cuba, lugar de residencia de numerosos inmigrantes canarios. La colaboración de estos inmigrantes con los residentes de la isla llevó a la fundación en 1901 del Partido Popular Autonomista, vinculado con sindicatos obreros. Ya en 1924 se fundaría en Cuba el Partido Nacionalista Canario. El movimiento nacionalista canario pasó inadvertido durante la primera mitad del siglo xx, si bien durante la Segunda República se iniciaron los trámites para obtener un estatuto de autonomía, el proyecto no pudo ser finalizado debido al golpe de estado de 1936.

Así, no encontramos un movimiento independentista canario hasta la década de los 60, en gran parte por a la influencia de la revolución cubana y la descolonización de África. En 1964 se fundó en Argelia el Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario (MPAIAC), que denuncia un control imperialista de la nación española sobre Canarios. De él surgirán las Fuerzas Armadas Guanches, un grupo independentista armado. En 1968 la Organización para la Unidad Africana, una organización regional panafricanista, votó a favor del derecho de autodeterminación canario, puesto que la consideraban parte de África y, por lo tanto, una colonia europea más.

Ya en democracia se funda en el año 1979 el partido Unión del Pueblo Canario, que llegará a obtener un diputado en el Parlamento. Sin embargo, las diferencias ideológicas internas entre una vertiente más izquierdista y otra más conservadora llevará a la desintegración del partido en varios grupos, siendo el más exitoso Izquierda Nacionalista Canaria. Este partido mantuvo las bases ideológicas del africanismo y la descolonización, lo que sumado a las continuas escisiones, han hecho que el independentismo canario haya perdido apoyos electorales hasta un escaso 1 %.

Actualmente existe en Canarias una gran cantidad de organizaciones y partidos políticos autodenominados nacionalistas, pero con unas reivindicaciones muy distintas entre ellos que van desde el regionalismo, como Coalición Canaria, hasta el independentismo izquierdista, con organizaciones juveniles como Inekaren o Azarug. Son varias también las organizaciones sindicales nacionalistas. Cabe, por último, mencionar la presencia de periódicos con reivindicaciones soberanistas como *El Día*.

El despertar del nacionalismo aragonés tiene su origen en la revolución de 1868, con los movimientos cantonalistas como principal inspiración. Los primeros movimientos poseen un espíritu burgués en la línea del republicanismo federalista, y tienen sus principales centros de actuación en Zaragoza y en Barcelona, donde residía un elevado número de inmigrantes aragoneses. Estos movimientos buscaban la reivindicación de los intereses económicos de Aragón, tanto mediante la obtención de un mayor peso político en Madrid como con la búsqueda de la autonomía política y económica.

En las dos ciudades mencionadas se fundaría a principios del siglo XX la Unión Aragonesista. Con el golpe de estado de Primo de Rivera en 1923 muchos de sus miembros vieron en el nuevo régimen la posibilidad de cumplir sus reivindicaciones de autonomía, pero rápidamente estas esperanzas desaparecieron y los recortes de libertades durante la dictadura provocaron una reducción en las actividades de las organizaciones aragonesistas.

De gran relevancia es la publicación de la revista *El Ebro* por parte de la Unión Aragonesista de Barcelona. En ella se publicarán artículos culturales y políticos vinculados con la ideología aragonesista. Con el paso de los años el movimiento nacionalista de esta asociación comenzará a evolucionar y se dividirá en dos vertientes, una más radicalizada que proclama el carácter de nación histórica de Aragón y la necesidad de su independencia; y otra moderada pero que irá desde el federalismo hasta la reivindicación de una autonomía plena.

Con la llegada de la Segunda República encontramos entre el sector más radical, asentado en Barcelona, la reclamación de un estatuto aragonés en la línea del catalán. Sin embargo, las disensiones internas eran muchas y la respuesta desde el núcleo zaragozano a esta propuesta fue escasa. Así, progresivamente el nacionalismo independentista fue perdiendo peso a favor del regionalismo. Esto no evitó que en 1934 se fundara el partido Estado Aragonés, un partido nacionalista que celebró un congreso en el que redactó una propuesta de autonomía frenada por el golpe de estado de 1936.

Hoy en día el nacionalismo aragonés tiene su representación política en dos partidos. El primero, Chunta Aragonesista, es de corte socialdemócrata; mientras que el segundo, el Partido Aragonés, se autodefine como nacionalista moderado, constitucionalista y de centro. Los grupos independentistas de izquierdas se unieron en 2007 en el Bloque Independentista de Cuchas, una coalición dentro de la que encontramos sindicatos como el Sindicato Obrero Aragonés u organizaciones juveniles como Purna.

El movimiento regionalista andaluz tiene sus orígenes en el último tercio del siglo xix. Su aparición se debe, como la de otros movimientos semejantes, al fuerte centralismo uniformador impuesto por el sistema liberal de la Restauración. Sin embargo, y a pesar de que el federalismo difundido durante la Primera República, el andalucismo tuvo unos inicios marcados por la debilidad política del movimiento.

La primera organización andalucista, denominada Unión Andaluza, data de 1858, y tiene como objetivos la defensa de los intereses colectivos de los andaluces por parte de los parlamentarios de la región. Ligado a esta organización se encuentra el diario *La Andalucía*. En la década de los sesenta hubo cierto interés por parte de un grupo de intelectuales de la región en definir la conciencia de la identidad andaluza. Se estudiaron entonces el folclore y las raíces culturales de Andalucía, dando lugar a la fundación del Ateneo de Sevilla en 1887. Esta era una corriente eminentemente cultural que no alcanzó la esfera política, si bien jugó un papel fundamental a la hora de difundir el naciente andalucismo.

La crisis de 1898 tuvo en el andalucismo un impacto semejante al sufrido por otros movimientos regionalistas al convertirlo en un movimiento regenerador y progresista. Sin embargo, la burguesía andaluza, fundamentalmente agraria, poseía unos intereses muy vinculados al poder central, por lo que se mantuvo al margen de este movimiento. Esto explica la escasa fuerza del impulso regionalista en Andalucía en un momento de auge de estos movimientos en otros lugares.

El principal aglutinador del andalucismo a principios del siglo xx fue Blas Infante, que en 1915 publicó su obra *Ideal Andaluz*. En ella sienta las bases ideológicas del movimiento andalucista. Defiende la necesidad de desarrollar el potencial de la región y sus gentes a través, esencialmente, de una adecuada distribución de la tierra. Además, en otras obras reivindica la vinculación de la personalidad andaluza con su pasado islámico.

En la Asamblea de Córdoba de 1919 el andalucismo político comenzó un camino cuyo objetivo era abolir el poder centralista sobre la región y defender el federalismo en España. Andalucía comenzó a definirse como una realidad nacional. La dictadura de Primo de Rivera ilegalizó y persiguió el andalucismo, por lo que se redujo considerablemente la actividad de este movimiento.

Durante la Segunda República el nacionalismo andaluz estuvo cerca de su deseada autonomía. En 1933 se publicaron las bases de su estatuto, que debía entrar en vigor en el verano de 1936. Sin embargo, y como ya hemos visto en otros casos similares, este proyecto quedó interrumpido

por el estallido de la Guerra Civil en 1936. El franquismo acabaría con cualquier reivindicación andalucista, y no sería hasta la década de 1960 cuando encontramos un débil resurgir de un movimiento nacionalista cultural de la mano de la intelectualidad andaluza pequeñoburguesa.

Durante la Transición, la gran dispersión del pueblo andaluz por la geografía española a lo largo de todo el franquismo debida a la emigración en busca de trabajo provocó una efervescencia identitaria que inundó tanto la política como la cultura andaluza. Así, se vivieron importantes manifestaciones en apoyo del Estatuto de Autonomía, el cual finalmente sería otorgado en diciembre de 1981. En democracia la principal fuerza política del andalucismo fue el Partido Andalucista, pero la pérdida progresiva de fuerza y las escisiones llevaron a su disolución en 2015.

11

Recapitulación. El nacionalismo hoy en día

EL NACIONALISMO COMO TEORÍA Y PRÁCTICA POLÍTICA EN LA ACTUALIDAD

No cabe duda de que hoy en día el nacionalismo sigue siendo una de las líneas que marcan las actuaciones políticas en todo el planeta, si bien las circunstancias particulares del siglo XXI han provocado una serie de desafíos para la pervivencia de esta ideología. Por ejemplo, la movilidad sin precedente de la que disponemos en la actualidad, al menos en los países desarrollados, ha provocado un auge de la inmigración que ha creado lazos que se extienden mucho más allá de países y continentes.

Esta movilidad de la población ha tenido un gran impacto sobre las naciones-Estado existentes ya que cambia la percepción de la comunidad nacional y el sentimiento de pertenencia a la misma de sus miembros. Así, se han dado desde posturas nacionalistas progresistas nuevas definiciones de nacionalidad y autodeterminación que permitan la inclusión de aquellos que se hayan visto obligados a migrar.

Sin embargo, la principal amenaza para el nacionalismo es la globalización, el proceso de internacionalización de la economía y la cultura que ha llevado a que prácticamente todo el mundo desarrollado comparta gran parte de sus características socioeconómicas. Algunos movimientos nacionalistas han reaccionado contra la globalización al considerarla un enemigo de sus postulados, si bien no cabe duda de que para algunos países este proceso ha supuesto un impulso a su poder e influencia.

Son varias las posturas desde las que se ha analizado la relación entre el nacionalismo y la globalización. La más generalizada sostiene que la interdependencia entre países y la eliminación de las barreras nacionales ha conllevado un declive de las ideologías nacionalistas. Además, la generalización del uso de medios de comunicación y redes sociales internacionales han provocado que las diferencias culturales entre países se hagan cada vez más imperceptibles.

Otra teoría defiende que la globalización, especialmente en su vertiente militar, ha provocado un auge del sentimiento nacionalista que en muchos casos se ha acercado al extremismo. Las actuaciones neocoloniales de los países desarrollados sobre los subdesarrollados han desembocado en la reaparición de miedos y demandas del pasado vinculados con conflictos étnicos y deseos de independencia y autodeterminación.

Por último, existe un argumento que sostiene que ha sido la consolidación de los Estados nación lo que ha llevado a la emergencia del fenómeno de la globalización que en otras circunstancias hubiera sido impensable. Así, las naciones siguen funcionando y promocionando la idea de un mundo interconectado en el que nacionalismo y globalización se retroalimentan.

De lo que no cabe duda es que la globalización, de una forma u otra, ha afectado a la autoridad y legitimidad de las naciones estado, que en la actualidad buscan compaginar su autonomía con la participación en alianzas regionales, redes de intercambio y organizaciones internacionales. Es por ello que los movimientos nacionalistas de hoy en día han tenido que recapacitar sobre lo que supone la autodeterminación, la autonomía y la soberanía en un mundo cada vez más interconectado.

A pesar de que algunos autores predijeron a finales del siglo XX el inminente final de la nación Estado, este hecho no parece haberse materializado en la actualidad. Lo que sí encontramos es una interrelación entre el nacionalismo y los movimientos transnacionales de población. Estos sucesos no tienen por qué ser antagonistas, sino que muchos movimientos nacionalistas han intentado adaptarse a ellos. De esta forma, podemos establecer que el nacionalismo no está sufriendo un proceso de declive, sino más bien de adaptación a un nuevo contexto.

Los principios de integración regional, también, están provocando cambios en las demandas de autodeterminación de distintas naciones. Como podemos comprobar en los recientes casos de Escocia y Cataluña, los movimientos nacionalistas han recurrido a la integración regional, en este caso en la Unión Europea, como forma de potenciar sus reivindicaciones de mayor autonomía o incluso de independencia.

Este proceso de creación de regiones supraestatales como es la Unión Europea ha supuesto la aparición de continuas tensiones con los movimientos nacionalistas. Existen tendencias que lo pueden interpretar tanto como un proceso positivo como negativo. Entre estas últimas podemos encontrar el denominado euroescepticismo que defiende que los Estados miembros de la Unión Europea han ido perdiendo soberanía conforme avanzaba el proceso de integración.

Sin embargo, si atendemos a casos más allá de la Unión Europea, podemos encontrar organizaciones regionales como la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático o el Tratado de Libre Comercio de América del Norte que no han supuesto una pérdida de soberanía para sus miembros. En

todo caso, han potenciado la legitimación y la prosperidad de los países miembros a través de las influencias internacionales.

Podemos encontrar, pues, por un lado, movimientos nacionalistas que critican la globalización porque la consideran responsable de la disolución de las tradiciones socioculturales. Por otro, nacionalistas partidarios de la globalización porque consideran que es un proceso portador de una prosperidad que facilita la construcción nacional y, en consecuencia, refuerza las posibilidades de obtener mayor autonomía.

Todo esto no debe hacernos olvidar que la vertiente intolerante y autoritaria del nacionalismo sigue teniendo hoy en día un peso muy importante dentro de la política global, como evidencia sin ir más lejos la elección de Donald Trump como presidente de los Estados Unidos, pero también otros casos, especialmente en Europa. Son visibles posturas políticas contrarias a la inmigración y a la cooperación entre países y partidarias de la defensa individual de cada nación.

En el caso europeo, los problemas derivados de la llegada de refugiados, especialmente desde Siria, ha provocado un auge de movimientos contra el Islam y partidarios del cierre de fronteras. A esto debemos sumar los todavía vigentes efectos económicos de la crisis de 2008, un caldo de cultivo perfecto para el auge de movimientos nacionalistas autoritarios como los que se están dando en Alemania, Austria o Gran Bretaña.

Conclusión

A lo largo de todo este recorrido histórico ha quedado patente la influencia que el nacionalismo, como ideología política en todas sus vertientes, ha tenido sobre el desarrollo de los acontecimientos y procesos durante la Edad Contemporánea. Además, se ha procurado demostrar que, aunque el origen del nacionalismo puede rastrearse en épocas anteriores a la Revolución francesa, es imposible definirlo en toda su complejidad sin tener en cuenta el contexto de construcción del Estado nación moderno.

Por otro lado, resulta evidente que el nacionalismo por sí mismo difícilmente puede explicar un proceso histórico. Su desarrollo como ideología va acompañado de una serie de cambios socioeconómicos y culturales que, en conjunto, han ido transformando la sociedad hacia el modelo que conocemos hoy en día. Por ello, sería simplista inculpar a los movimientos nacionales como únicos responsables directos de ciertos conflicto a lo largo de la historia.

Sin embargo, no podemos obviar que el nacionalismo ha ido de la mano de algunos de los movimientos que han provocado los más sangrientos sucesos de la historia de la humanidad. Un nacionalismo llevado al extremo resulta, en última instancia, una ideología excluyente y violenta que, sumada a otros factores, puede provocar enfrentamientos de gravedad. Debido a esto, es necesario prestar atención al resurgir de algunos nacionalismos radicales que estamos viviendo hoy en día.

De todas formas, lo expuesto en esta obra también ha mostrado que el nacionalismo ha servido, a lo largo de toda la contemporaneidad, para crear lazos de solidaridad fundamentales para la construcción de Estados modernos, igualitarios y democráticos. La evolución de la concepción de la soberanía nacional ha sido esencial para la consecución de la democracia tal y como la disfrutamos hoy en día.

Además, el desarrollo del nacionalismo ha sido fundamental en el despertar de la conciencia de los países bajo el yugo imperialista. Su contribución en el proceso de descolonización ha resultado esencial para que el tercer mundo reivindicara su lugar en la política global. Sin embargo, resulta evidente que todavía queda un largo camino por recorrer para que estas naciones emergentes obtengan su total independencia política y económica y puedan disfrutar de una autonomía plena que facilite su posterior desarrollo.

Podemos, pues, concluir esta obra afirmando que el nacionalismo propone una teoría cuyas interpretaciones y resultados pueden ser muy variados; que según las mismas y los factores que los acompañen, las consecuencias pueden ir desde el estallido de un conflicto bélico hasta la consecución de un sistema democrático. Es, por lo tanto, responsabilidad de todos nosotros el optar por una visión del nacionalismo cívica, inclusiva y respetuosa, que nos una y no nos separe, y que nos ayude a construir un mundo solidario del que todas las culturas y tradiciones puedan formar parte.

Bibliografía

ANDERSON, Benedict. *Comunidades imaginadas. Madrid:* Fondo de Cultura Económica de España, 2006.

ARÓSTEGUI, Julio. *La Europa de los nacionalismos (1848-1898).* Madrid: Anaya, 1981

BAUER, Otto. *La cuestión de las nacionalidades y la socialdemocracia.* México D. F., SigloXXI, 1979.

BICKFORD, Kiley. «Nationalism in the French Revolution of 1789». En *Honors College*, 2014; n.º 147. Disponible en: *https://digitalcommons.library.umaine.edu/honors/147.*

CONTRERAS, Francisco. «Cinco tesis sobre el nacionalismo». En *Revista de Estudios Políticos*, 2002, n.º 118: 257-290.

DROZ, Jacques. *Europa: Restauración y Revolución. 1815-1848.* Madrid: Siglo XXI, 1988.

— *La formación de la unidad alemana (1789-1871).* Barcelona: Vicens Vives, 1973.

FERRER, Manuel. «El nacionalismo irlandés: orígenes y desarrollo histórico». En *Revista mexicana de ciencias políticas y sociales*, 1996; n.º 163: 129-150.

FICHTE, Johann Gottlieb. *Discursos a la nación alemana.* Madrid: Tecnos, 2016.

GELLNER, Ernest. *Naciones y nacionalismo.* Madrid: Alianza, 2008.

GOBINEAU, Arthur de. *The inequality of human races. Londres, William* Heinemann, 1915.

GÓMEZ, Sergio. «Nacionalismo y ciudadanía en la era de la globalización». En *Aposta. Revista de ciencias sociales*; 2004, n.º 5. Disponible en: *http://www.apostadigital.com/revistav3/hemeroteca/sergio1.pdf*

HERMOSA, Antonio. «El (proto) nacionalismo de Maquiavelo y Rousseau y sus repercusiones en la política». En *Revista Co-herencia*, Medellín, Colombia, 2016; n.º 24: 61-83 (enero-junio).

HOBSBAWM, Eric. *La era del capital. 1848-1875.* Barcelona: Crítica, 2011.

— *La era del imperio (1874-1914).* Barcelona: Lábor, 1989.

— *La era de la Revolución (1789-1848).* Barcelona: Lábor, 1991.

— *Naciones y nacionalismo desde 1780.* Barcelona: Crítica, 2000.

JARILLO, Luis. «La idea de nación: Fichte y Hegel». En *Saberes. Revista de estudios jurídicos, económicos y sociales*, Universidad de Alfonso X el Sabio, 2005, vol. 3. Disponible en: *https://revistas.uax.es/index.php/saberes/article/download/763/719.*

LEOUSSI, Athena. *Encyclopaedia of nationalism*, Londres: Transaction Publishers, 2001.

LARA, María. «Los nacionalismos en Europa desde 1918 hasta 1939». En *Comunicaciones del I Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Contemporánea de la AHC*, Zaragoza: Universidad de Zaragoza, 2008.

MANN, Michael. *Fascistas.* Valencia: Universitat de Valencia, 2008.

MARINOVA–ZUBER, Boriana. «The rebirth of nationalism in the Balkans in the 1990s: causes, consequences and possible solutions». En *International relations and security network*, 2007.

MURO, Diego y QUIROGA, Alejandro. «Spanish nationalism». En *Ethnicities*, 2005; n.º 5 (1): 9-29.

PASTOR, Manuel. (2005), «Alexander Hamilton. Los orígenes del nacionalismo político contemporáneo». En *Revista de Estudios Políticos*, 2005; n.º 127: 25-55.

PAYNE, Stanley. *El fascismo.* Madrid: Alianza, 2005.

RENAN, Ernest. *¿Qué es una nación?* Madrid: Sequitur, 2010.

SIEYES, Emmanuel. *¿Qué es el tercer estado?* Madrid: Alianza, 2008.

SMITH, Anthony. *Nacionalismo y modernidad.* Madrid: Istmo, 2000.

SMITH, Woodruff. (1980), «Friedrich Ratzel and the origins of Lebensraum». En *German Studies Review.* John Hopkins University Press, 1980, vol. 3 n.º1: 51-68.

TUCCARI, Francesco. *La nazione.* Bari: Laterza, 2000.

VARELA, Javier. «Nación, patria y patriotismo en los orígenes del nacionalismo español». En *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 1994; vol. XII: 31-43.

ZERNATTO, Guido. «Nation: the history of a word». En *The review of politics*, 1944; vol. 6, n.º 3: 351-366.

Colección Breve Historia…

- *Breve historia de los samuráis*, Carol Gaskin y Vince Hawkins
- *Breve historia de la Antigua Grecia*
, Dionisio Mínguez Fernández
- *Breve historia del Antiguo Egipto*, Juan Jesús Vallejo
- *Breve historia de la brujería*, Jesús Callejo
- *Breve historia de la Revolución rusa*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de la Segunda Guerra Mundial*, Jesús Hernández
- *Breve historia de la Guerra de Independencia española*
, Carlos Canales
- *Breve historia de los íberos*, Jesús Bermejo Tirado
- *Breve historia de los incas*, Patricia Temoche
- *Breve historia de Francisco Pizarro*, Roberto Barletta
- *Breve historia del fascismo*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia del Che Guevara*, Gabriel Glasman
- *Breve historia de los aztecas*, Marco Cervera
- *Breve historia de Roma I. Monarquía y República*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de Roma II. El Imperio*, Bárbara Pastor
- *Breve historia de la mitología griega*, Fernando López Trujillo
- *Breve historia de Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico*
, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la conquista del Oeste*, Gregorio Doval
- *Breve historia del salvaje Oeste. Pistoleros y forajidos*, Gregorio Doval

- *Breve historia de la Guerra Civil española*, Íñigo Bolinaga
- *Breve historia de los cowboys*, Gregorio Doval
- *Breve historia de los indios norteamericanos*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Jesús de Nazaret*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de los piratas*, Silvia Miguens
- *Breve historia del Imperio bizantino*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la guerra moderna*, Françesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de los Austrias*, David Alonso García
- *Breve historia de Fidel Castro*, Juan Carlos Rivera Quintana
- *Breve historia de la carrera espacial*, Alberto Martos
- *Breve historia de Hispania*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de las ciudades del mundo antiguo*, Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia del Homo sapiens*, Fernando Díez Martín
- *Breve historia de Gengis Kan y el pueblo mongol*, Borja Pelegero Alcaide
- *Breve historia del Kung-Fu*, William Acevedo, Carlos Gutiérrez y Mei Cheung
- *Breve historia del condón y de los métodos anticonceptivos*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia del Socialismo y el Comunismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de las cruzadas*, Juan Ignacio Cuesta
- *Breve historia del Siglo de Oro*, Miguel Zorita Bayón
- *Breve historia del rey Arturo*, Christopher Hibbert
- *Breve historia de los gladiadores*, Daniel P. Mannix
- *Breve historia de Alejandro Magno*, Charles Mercer
- *Breve historia de las ciudades del mundo clásico*, Ángel Luis Vera Aranda

- *Breve historia de España I. Las raíces*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de España II. El camino hacia la modernidad*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la alquimia*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de las leyendas medievales*, David González Ruiz
- *Breve historia de los Borbones españoles*, Juan Granados
- *Breve historia de la Segunda República española*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de la Guerra del 98*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la guerra antigua y medieval*, Francesc Xavier Hernández y Xavier Rubio
- *Breve historia de la Guerra de Ifni-Sahara*, Carlos Canales y Miguel del Rey
- *Breve historia de la China milenaria*, Gregorio Doval
- *Breve historia de Atila y los hunos*, Ana Martos
- *Breve historia de los persas*, Jorge Pisa Sánchez
- *Breve historia de los judíos*, Juan Pedro Cavero Coll
- *Breve historia de Julio César*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de la medicina*, Pedro Gargantilla
- *Breve historia de los mayas*, Carlos Pallán
- *Breve historia de Tartessos*, Raquel Carrillo
- *Breve historia de las Guerras Carlistas*, Josep Carles Clemente
- *Breve historia de las ciudades del mundo medieval* , Ángel Luis Vera Aranda
- *Breve historia de la música*, Javier María López Rodríguez
- *Breve historia del Holocausto*, Ramon Espanyol Vall
- *Breve historia de los neandertales*, Fernando Díez Martín

- *Breve historia de Simón Bolívar*, Roberto Barletta
- *Breve historia de la Primera Guerra Mundial*, Álvaro Lozano
- *Breve historia de Roma*, Miguel Ángel Novillo López
- *Breve historia de los cátaros*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de Hitler*, Jesús Hernández
- *Breve historia de Babilonia*, Juan Luis Montero Fenollós
- *Breve historia de la Corona de Aragón*, David González Ruiz
- *Breve historia del espionaje*, Juan Carlos Herrera Hermosilla
- *Breve historia de los vikingos*, Manuel Velasco
- *Breve historia de Cristóbal Colón*, Juan Ramón Gómez Gómez
- *Breve historia del anarquismo*, Javier Paniagua
- *Breve historia de Winston Churchill*, José Vidal Pelaz López
- *Breve historia de la Revolución Industrial*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los sumerios*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de Cleopatra*, Miguel Ángel Novillo
- *Breve historia de Napoleón*, Juan Granados
- *Breve historia de al-Ándalus*, Ana Martos Rubio
- *Breve historia de la astronomía*, Ángel R. Cardona
- *Breve historia del islam*, Ernest Y. Bendriss
- *Breve historia de Fernando el Católico*, José María Manuel García-Osuna Rodríguez
- *Breve historia del feudalismo*, David Barreras y Cristina Durán
- *Breve historia de la utopía*, Rafael Herrera Guillén
- *Breve historia de Francisco Franco*, José Luis Hernández Garvi
- *Breve historia de la Navidad*, Francisco José Gómez
- *Breve historia de la Revolución francesa*, Iñigo Bolinaga

- *Breve historia de Hernán Cortés*, Francisco Martínez Hoyos
- *Breve historia de los conquistadores*
, José María González Ochoa
- *Breve historia de la Inquisición*
, José Ignacio de la Torre Rodríguez
- *Breve historia de la arqueología*, Jorge García
- *Breve historia del Arte*, Carlos Javier Taranilla de la Varga
- *Breve historia del cómic*, Gerardo Vilches Fuentes
- *Breve historia del budismo*, Ernest Yassine Bendriss
- *Breve historia de Satanás*, Gabriel Andrade
- *Breve historia de la batalla de Trafalgar*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los Tercios de Flandes*
, Antonio José Rodríguez Hernández
- *Breve historia de los Medici*, Eladio Romero
- *Breve historia de la Camorra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la guerra civil de los Estados Unidos*
, Montserrat Huguet
- *Breve historia de la guerra del Vietnam*, Raquel Barrios Ramos
- *Breve historia de la Corona de Castilla*, José Ignacio Ortega
- *Breve historia de entreguerras*, Óscar Sainz de la Maza
- *Breve historia de los godos*, Fermín Miranda
- *Breve historia de la Cosa Nostra*, Fernando Bermejo
- *Breve historia de la batalla de Lepanto*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia del mundo*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de los dirigibles*, Carlos Lázaro
- *Breve historia del Románico*
, Carlos Javier Taranilla de la Varga

- *Breve historia de la Literatura española*, Alberto de Frutos
- *Breve historia de Cervantes*, José Miguel Cabañas
- *Breve historia de la Gestapo*, Sharon Vilches
- *Breve historia de los celtas* (nueva edición), Manuel Velasco
- *Breve historia de la arquitectura*, Teresa García Vintimilla
- *Breve historia de la guerra de los Balcanes*
, Eladio Romero e Iván Romero
- *Breve historia de las Guerras Púnicas*, Javier Martínez-Pinna
- *Breve historia de Isabel la Católica*, Sandra Ferrer Valero
- *Breve historia del Gótico*, Carlos Javier Taranilla de la Varga
- *Breve historia de la caballería medieval*, Manuel J. Prieto
- *Breve historia de la Armada Invencible*, Víctor San Juan
- *Breve historia de la mujer*, Sandra Ferrer Valero
- *Breve historia de la Belle Époque*, Ainhoa Campos Posada
- *Breve historia de las batallas navales de la Antigüedad*
, Víctor San Juan
- *Breve historia de las batallas navales de la Edad Media*
, Víctor San Juan
- *Breve historia del Imperio otomano*, Eladio Romero
- *Breve historia de la Guerra de la Independencia de los EE. UU.*, Montserrat Huguet Santos
- *Breve historia de la caída del Imperio romano*
, David Barreras Martínez
- *Breve historia de los fenicios*, José Luis Córdoba de la Cruz
- *Breve historia de la Ciencia ficción*, Luis E. Íñigo Fernández
- *Breve historia de Felipe II*, José Miguel Cabañas
- *Breve historia del Renacimiento*, Carlos Javier Taranilla
- *Breve historia de Carlos V*, José Ignacio Ortega Cervigón
- *Breve historia de la vida cotidiana del Imperio romano*

, Lucía Avial Chicharro

- *Breve historia de la generación del 27*, Felipe Díaz Pardo
- *Breve historia de las batallas de la Antigüedad, Egipto-Grecia-Roma*
, Carlos Díaz Sánchez
- *Breve historia de la vida cotidiana del antiguo Egipto*
, Clara Ramos Bullón
- *Breve historia de las batallas navales del Mediterráneo,*
Víctor San Juan
- *Breve historia de la Guerra Fria,* Eladio Romero
- *Breve historia de la mitología de Roma y Etruria,*
Lucía Avial Chicharro
- *Breve historia de la Filosofía occidental*
, Vicente Caballero de la Torre
- *Breve historia del Barroco,* Carlos Javier Taranilla
- *Breve historia del Japón feudal,* Rubén Almagón
- *Breve historia de la Reconquista,* José Ignacio de la Torre
- *Breve historia del antiguo Egipto*, Azael Varas
- *Breve historia de los viajes de Colón*
, Juan Gabriel Rodríguez Laguna

Próximamente…

- *Breve historia de la mitología nórdica,* Carlos Díaz
- *Breve historia de las batallas navales de los acorazados,*
Víctor San Juan
- *Breve historia del liberalismo,* Juan A. Granados
- *Breve historia de la vida cotidiana de la Grecias clásica,*
Gonzalo Ollero de Landáburu
- *Breve historia de Juana I de Castilla,* Javier Manso
- *Breve historia del futbol,* Marcos Uyá Esteban



Iván Romero

Descubra la realidad del concepto de nacionalismo, no solo político sino histórico. Conozca, con *Breve historia de los nacionalismos*, las distintas formas de este movimiento a lo largo del mundo y la historia.

Desde principios del siglo XIX el nacionalismo ha sido uno de los grandes protagonistas de la evolución política a escala global. Su desarrollo, sin embargo, ha virado desde las ideas liberales de autodeterminación de las naciones y gobierno de los ciudadanos hasta justificar algunos de los actos más violentos de la historia de la humanidad. Este título abarca el nacimiento de los estados-nación europeos hasta la Guerra de los Balcanes pasando por el imperialismo y las dos guerras mundiales. Esta Breve Historia analiza el papel del nacionalismo para explicar el desarrollo de los procesos históricos a lo largo de los siglos XIX y XX.

Iván Romero, explica con rigor y amenidad, el concepto de nacionalismo, su influencia en la consolidación de los estados-nación, su expansión en Europa (a causa sobre todo de invasiones y conquistas de Napoleón), su evolución histórica, el cambio en su concepto y cómo ese cambio ha promovido el auge de los fascismos y el aumento de los conflictos bélicos, los procesos de descolonización y los movimientos políticos independentistas.



BREVE HISTORIA
www.BreveHistoria.com





Índice